

H.P. Lovecraft
El Caso de Charles
Dexter Ward



E LEJANDRIA

De un hospital privado para dementes cerca de Providence, Rhode Island, desapareció recientemente una persona sumamente singular. Llevaba el nombre de Charles Dexter Ward, y fue recluido de muy mala gana por el afligido padre que había visto cómo su aberración pasaba de ser una mera excentricidad a una oscura manía que implicaba tanto la posibilidad de tendencias asesinas como un cambio peculiar en el contenido aparente de su mente. Los médicos se confiesan bastante desconcertados por su caso, ya que presentaba rarezas de carácter general tanto fisiológico como psicológico.

En primer lugar, el paciente parecía extrañamente mayor de lo que sus veintiséis años justificaban. Es cierto que los trastornos mentales envejecen rápidamente, pero el rostro de este joven había adquirido un matiz que sólo los ancianos adquieren normalmente. En segundo lugar, sus procesos orgánicos mostraban una cierta rareza de proporciones, que nada en la experiencia médica puede igualar. La respiración y la acción del corazón tenían una desconcertante falta de simetría, la voz se había perdido, de modo que no era posible emitir sonidos más allá de un susurro, la digestión era increíblemente prolongada y minimizada, y las reacciones neuronales a los estímulos estándar no guardaban relación con nada registrado hasta entonces, ni normal ni patológico. La piel tenía una frialdad y sequedad mórbidas, y la estructura celular del tejido parecía exageradamente gruesa y floja. Incluso una gran marca de nacimiento aceitunada en su cadera derecha había desaparecido, mientras que en su pecho se había formado un lunar muy peculiar o una mancha negruzca de la que antes no había rastro. En general, todos los médicos están de acuerdo en que en Ward los procesos del metabolismo se habían retrasado hasta un grado sin precedentes.

Psicológicamente, también, Charles Ward era único. Su locura no tenía afinidad con ninguna de las registradas incluso en los últimos y más exhaustivos tratados, y se le atribuía una fuerza mental que le habría convertido en un genio o en un líder si no se hubiera retorcido en formas extrañas y grotescas. El Dr. Willett, que era el médico de cabecera de Ward, afirma que la capacidad mental bruta del paciente, medida por su respuesta a asuntos ajenos a la esfera de su locura, había aumentado realmente desde el ataque. Es cierto que Ward siempre fue un erudito y un anticuario, pero incluso sus primeros trabajos más brillantes no mostraban la prodigiosa comprensión y perspicacia mostrada durante sus exámenes por los alienistas. Fue, de hecho, un asunto difícil obtener una internación legal en el hospital, tan poderosa y lúcida parecía la mente del joven; y sólo por la evidencia de otros, y por la fuerza de muchas lagunas anormales en su stock de información, a diferencia de su inteligencia, fue finalmente confinado. Hasta el mismo momento de su desaparición fue un lector omnívoro y un conversador tan grande como su pobre voz le permitía; y los observadores astutos, al no prever su fuga, predijeron libremente que no tardaría mucho en obtener su libertad. Sólo el doctor Willett, que había traído al mundo a Charles Ward y había observado su crecimiento corporal y mental desde entonces, parecía asustado ante la idea de esta futura libertad. Había tenido una terrible experiencia y había hecho un terrible descubrimiento que no se atrevía a revelar a sus escépticos colegas. Willett, en efecto, presenta un pequeño misterio propio en su relación con el caso. Fue el último en ver al paciente antes de su huida, y salió de esa conversación final en un estado mixto de horror y alivio que varios recordaron cuando se conoció la huida de Ward tres horas después. Esa fuga en sí es una de las maravillas no resueltas del hospital del Dr. Waite. Una ventana abierta por encima de un desnivel de sesenta pies difícilmente lo explicaría, y sin embargo, después de aquella charla con Willett, el joven se había marchado de forma innegable. El propio Willett no tiene explicaciones públicas que ofrecer, aunque parece extrañamente más tranquilo que antes de la fuga. Muchos, de hecho, creen que le gustaría decir más si pensara que un número considerable le creería. Había encontrado a Ward en su habitación, pero poco después de su salida los asistentes llamaron en vano. Cuando abrieron la puerta, el paciente no estaba allí, y todo lo que encontraron fue la ventana abierta con una fría brisa de abril que soplaba en una nube de fino polvo gris azulado que casi los asfixiaba. Es cierto que los perros habían aullado un rato antes, pero eso fue mientras Willett estaba presente, y no habían atrapado nada ni mostrado ninguna perturbación más tarde. El padre de Ward fue informado de inmediato por teléfono, pero parecía más entristecido que sorprendido. Cuando el doctor Waite llamó en persona, el doctor Willett había estado hablando con él, y ambos negaron cualquier conocimiento o complicidad en la fuga. Sólo se han obtenido pistas de ciertos amigos íntimos de Willett y de Ward, e incluso éstas son demasiado fantásticas para ser creíbles. El único hecho que queda es que hasta el momento no se ha encontrado ningún rastro del loco desaparecido. Charles Ward fue un anticuario desde la infancia, sin duda adquiriendo su gusto por la venerable ciudad que le rodeaba, y por las reliquias del pasado que llenaban cada rincón de la vieja mansión de sus padres en Prospect Street, en la cima de la colina. Con el paso de los años, su devoción por las cosas antiguas aumentó, de modo que la historia, la genealogía y el estudio de la arquitectura, el mobiliario y la artesanía coloniales acabaron por desplazar todo lo demás de su esfera de intereses. Es importante recordar estos gustos al considerar su locura, pues aunque no constituyen su núcleo absoluto, desempeñan un papel destacado en su forma superficial. Las lagunas de información que los alienistas notaron estaban todas relacionadas con asuntos modernos y eran invariablemente compensadas por un conocimiento correspondientemente excesivo, aunque exteriormente oculto, de asuntos pasados, como se desprende de un hábil interrogatorio: de modo que uno hubiera creído que el paciente se había trasladado literalmente a una época anterior a través de una oscura especie de autohipnosis. Lo extraño es que Ward parecía no estar ya interesado en los anticuarios que tan bien conocía. Al parecer, los había perdido de vista por pura familiaridad; y todos sus últimos esfuerzos estaban obviamente dirigidos a dominar esos hechos comunes del mundo moderno que habían sido tan total e inequívocamente expulsados de su cerebro. Hizo todo lo posible por ocultar que se había producido esta supresión total, pero para todos los que le observaban era evidente que todo su programa de lectura y conversación estaba determinado por un deseo frenético de impregnarse de los conocimientos de su propia vida y del trasfondo práctico y cultural ordinario del siglo XX que debería haber tenido en virtud de su nacimiento y de su educación en las escuelas de nuestra época. Los alienistas se preguntan ahora cómo, a la vista de su reserva de datos totalmente deteriorada, el

paciente fugado se las arregla para enfrentarse al complicado mundo de hoy; la opinión predominante es que está "agazapado" en alguna posición humilde e inexacta hasta que su reserva de información moderna pueda ser llevada a lo normal. El comienzo de la locura de Ward es objeto de disputa entre los alienistas. El Dr. Lyman, la eminente autoridad de Boston, lo sitúa en 1919 o 1920, durante el último año del muchacho en la escuela Moses Brown, donde repentinamente pasó del estudio del pasado al estudio de lo oculto, y se negó a calificar para la universidad sobre la base de que tenía investigaciones individuales de mucha mayor importancia que hacer. Esto se desprende ciertamente de los hábitos alterados de Ward en aquella época, especialmente por su continua búsqueda en los registros de la ciudad y entre los antiguos cementerios de cierta tumba excavada en 1771; la tumba de un antepasado llamado Joseph Curwen, algunos de cuyos papeles dijo haber encontrado detrás del revestimiento de una casa muy antigua en Olney Court, en Stampers Hill, que se sabía que Curwen había ocupado.

En términos generales, es innegable que el invierno de 1919-20 fue testigo de un gran cambio en Ward, por el cual abandonó abruptamente sus actividades anticuarias generales y se embarcó en una desesperada investigación de temas ocultos, tanto en su país como en el extranjero, sólo variada por esta búsqueda extrañamente persistente de la tumba de su antepasado. Sin embargo, el Dr. Willett disiente sustancialmente de esta opinión, basando su veredicto en su estrecho y continuo conocimiento del paciente, y en ciertas espantosas investigaciones y descubrimientos que hizo hacia el final. Esas investigaciones y descubrimientos han dejado su huella en él, de modo que su voz tiembla cuando los cuenta, y su mano tiembla cuando intenta escribirlos. Willett admite que el cambio de 1919-20 parecería marcar el comienzo de una decadencia progresiva que culminó en la horrible y triste alienación de 1928, pero cree, por observación personal, que debe hacerse una distinción más fina. Concediendo libremente que el muchacho siempre estuvo mal equilibrado temperamentalmente, y propenso a ser indebidamente susceptible y entusiasta en sus respuestas a los fenómenos que le rodeaban, se niega a conceder que la alteración temprana marcara el paso real de la cordura a la locura; dando crédito, en cambio, a la propia declaración de Ward de que había descubierto o redescubierto algo cuyo efecto sobre el pensamiento humano podía ser maravilloso y profundo.

La verdadera locura, está seguro, vino con un cambio posterior; después de que el retrato de Curwen y los antiguos papeles habían sido desenterrados; después de un viaje a extraños lugares extranjeros, y algunas invocaciones terribles cantadas en circunstancias extrañas y secretas; después de que se indicaran claramente ciertas respuestas a estas invocaciones, y de que se escribiera una carta frenética en condiciones agónicas e inexplicables; después de la oleada de vampirismo y de los ominosos chismes de Pawtuxet; y después de que la memoria del paciente comenzara a excluir las imágenes contemporáneas, mientras su voz fallaba y su aspecto físico sufría la sutil modificación que tantos notaron posteriormente. Fue sólo por esta época, señala Willett con mucha agudeza, que las cualidades de la pesadilla se vincularon indudablemente con Ward, y el doctor se siente estremecedoramente seguro de que existen suficientes pruebas sólidas para sostener la afirmación del joven respecto a su crucial descubrimiento. En primer lugar, dos obreros de gran inteligencia vieron los antiguos papeles de Joseph Curwen encontrados. En segundo lugar, el muchacho le mostró una vez esos papeles y una página del diario de Curwen, y cada uno de los documentos tenía toda la apariencia de ser genuino. El agujero donde Ward afirmaba haberlos encontrado es una realidad visible, y Willett tuvo una visión final muy convincente de ellos en un entorno que apenas puede creerse y que quizá nunca pueda probarse. Luego estaban los misterios y las coincidencias de las cartas de Orme y Hutchinson, y el problema de la caligrafía de Curwen y de lo que los detectives sacaron a la luz sobre el doctor Allen; estas cosas, y el terrible mensaje en minúsculas medievales que se encontró en el bolsillo de Willett cuando recobró el conocimiento después de su impactante experiencia. Y lo más concluyente de todo son los dos horribles resultados que el doctor obtuvo de cierto par de fórmulas durante sus investigaciones finales; resultados que prácticamente probaron la autenticidad de los papeles y de sus monstruosas implicaciones al mismo tiempo que esos papeles fueron borrados para siempre del conocimiento humano. Hay que mirar la vida anterior de Charles Ward como algo que pertenece tanto al pasado como las antigüedades que tanto amaba. En el otoño de 1918, y con una considerable muestra de entusiasmo en la formación militar de la época, había comenzado su primer año en la escuela Moses Brown, que se encuentra muy cerca de su casa. El viejo edificio principal, erigido en 1819, siempre había encantado a su joven sentido anticuario; y el espacioso parque en el que se encuentra la Academia atraía su ojo para el paisaje. Sus actividades sociales eran escasas, y sus horas las pasaba principalmente en casa, en paseos, en sus clases y ejercicios, y en la búsqueda de datos anticuarios y genealógicos en el Ayuntamiento, la Casa del Estado, la Biblioteca Pública, el Ateneo, la Sociedad Histórica, las Bibliotecas John Carter Brown y John Hay de la Universidad de Brown, y la recién inaugurada Biblioteca Shepley en Benefit Street. Uno puede imaginárselo tal y como era en aquellos días: alto, delgado y rubio, con ojos de estudio y una ligera inclinación, vestido de forma algo descuidada y dando una impresión dominante de inofensiva torpeza más que de atractivo. Sus paseos eran siempre aventuras en la antigüedad, durante las cuales se las arreglaba para recapturar de la miríada de reliquias de una vieja y glamorosa ciudad una imagen vívida y conectada de los siglos anteriores. Su casa era una gran mansión georgiana situada en la cima de una colina casi escarpada que se eleva al este del río, y desde las ventanas traseras de sus alas ramificadas podía contemplar vertiginosamente todas las agujas, cúpulas, tejados y cimas de los rascacielos de la ciudad baja hasta las colinas púrpuras del campo más allá. Aquí había nacido, y desde el encantador pórtico clásico de la fachada de ladrillo de doble viga su nodriza lo había hecho rodar por primera vez en un carruaje; pasando por la pequeña granja blanca de doscientos años antes que la ciudad había superado hace tiempo, y en dirección a los majestuosos colegios a lo largo de la majestuosa y suntuosa calle, cuyas viejas mansiones cuadradas de ladrillo y pequeñas casas de madera con estrechos pórticos dóricos de pesadas columnas soñaban con solidez y exclusividad entre sus generosos patios y jardines. También había sido conducido a lo largo de la somnolienta calle Congdon, un nivel más abajo en la empinada colina, y con todas sus casas orientales en altas terrazas. Las pequeñas casas de madera promediaban aquí una

mayor edad, pues era por esta colina por donde había subido la creciente ciudad; y en estos paseos se había impregnado de algo del color de un pintoresco pueblo colonial. La enfermera solía detenerse y sentarse en los bancos de Prospect Terrace para charlar con los policías; y uno de los primeros recuerdos del niño fue el gran mar hacia el oeste de tejados y cúpulas brumosos y campanarios y colinas lejanas que vio una tarde de invierno desde aquel gran terraplén con barandilla, todo violeta y místico contra un febril atardecer apocalíptico de rojos y dorados y morados y curiosos verdes. La vasta cúpula de mármol de la Casa del Estado se destacaba en una enorme silueta, con su estatua coronada por un halo fantástico en una de las nubes de estrato teñidas que cerraban el cielo en llamas. Cuando fue más grande empezaron sus famosos paseos; primero con su enfermera, que se arrastraba con impaciencia, y luego a solas, en soñadora meditación. Más y más abajo de esa colina casi perpendicular se aventuraría, cada vez alcanzando niveles más antiguos y extraños de la antigua ciudad. Vacilaba con cautela bajando por la vertical Jenckes Street, con sus muros traseros y sus frontones coloniales, hasta la sombreada esquina de Benefit Street, donde tenía ante sí una antigüedad de madera con un par de portales de yeso jónico, y a su lado una prehistórica casa con tejado de cañón a la que le quedaba un poco de primitivo corral, y la gran casa del juez Durfee con sus caídos vestigios de grandeza georgiana. Aquello se estaba convirtiendo en un tugurio; pero los

titánicos olmos proyectaban una sombra restauradora sobre el lugar, y el muchacho solía pasear hacia el sur por delante de las largas hileras de casas prerrevolucionarias con sus grandes chimeneas centrales y sus clásicos portales. En el lado este, estaban situadas en lo alto de los sótanos con dobles tramos de escalones de piedra con barandilla, y el joven Charles podía imaginárselas tal y como eran cuando la calle era nueva, y los tacones rojos y las pelucas hacían resaltar los frontones pintados cuyos signos de desgaste se hacían ahora tan visibles.

Hacia el oeste, la colina descendía casi con la misma inclinación que la anterior, hasta la antigua "calle de la ciudad" que los fundadores habían trazado a la orilla del río en 1636. Aquí discurrían innumerables callejuelas con casas inclinadas y apiñadas de inmensa antigüedad; y, por muy fascinado que estuviera, pasó mucho tiempo antes de que se atreviera a enhebrar su arcaica verticalidad por miedo a que resultaran ser un sueño o una puerta a terrores desconocidos. Le resultó mucho menos formidable continuar por Benefit Street, pasando por la verja de hierro del oculto patio de la iglesia de St. John y la parte trasera de la Colony House de 1761 y el mohoso bulto de la Golden Bail Inn, donde Washington se detuvo. En Meeting Street -la sucesiva Gaol Lane y King Street de otras épocas- miraba hacia arriba, hacia el este, y veía la escalinata arqueada a la que tenía que recurrir la carreta a

para subir la pendiente, y hacia abajo, hacia el oeste, vislumbrando la vieja escuela colonial de ladrillo que sonríe al otro lado de la carretera, en el antiguo letrero de Shakespear's Head, donde se imprimía la Providence Gazette and Country-Journal antes de la Revolución. A continuación, la exquisita First Baptist Church de 1775, lujosa con su inigualable campanario Gibbs, y los tejados y cúpulas georgianos que se ciernen sobre ella. Aquí y hacia el sur el vecindario mejoró, floreciendo al final en un maravilloso grupo de mansiones tempranas; pero todavía las pequeñas y antiguas callejuelas bajaban por el precipicio hacia el oeste; espectrales en su arcaísmo de muchos picos, y que se hundían en un tumulto de decadencia iridiscente, donde el malvado y antiguo muelle recuerda sus orgullosos días de las Indias Orientales, entre vicios y mugre políglota, muelles podridos y talleres de barcos de ojos sombríos, y nombres de callejones supervivientes como Paquete, Lingote, Oro, Plata, Moneda, Doblón, Soberano, Guilden, Dólar, Dime y Cent.

A veces, cuando crecía y se volvía más aventurero, el joven Ward se aventuraba a bajar a esta vorágine de casas tambaleantes, travesaños rotos, escalones burbujeantes, balastradas retorcidas, rostros morenos y olores sin nombre; serpenteando desde South Main hasta South Water, buscando los muelles donde todavía se tocaban los vapores de la bahía y el sonido, y volviendo hacia el norte en este nivel más bajo, pasando por los almacenes de tejados empinados de 1816 y la amplia plaza del Gran Puente, donde la Casa del Mercado de 1773 toda ía se mantiene firme sobre sus antiguos arcos. En esa plaza se detenía a contemplar la desconcertante belleza de la vieja ciudad cuando se eleva en el acantilado del este, adornada con sus agujas georgianas y coronada por la nueva y enorme cúpula de la Ciencia Cristiana, como Londres está coronada por San Pablo. Le gustaba llegar a este punto sobre todo al final de la tarde, cuando la luz oblicua del sol toca de oro el Market House y los antiguos tejados y campanarios de la colina, y arroja magia alrededor de los muelles de ensueño donde los indios de Providence solían anclar. Después de una larga mirada, casi se mareaba con el amor de un poeta por la vista, y entonces escalaba la pendiente hacia su casa en el crepúsculo, pasando por la vieja iglesia blanca y subiendo por los estrechos caminos del precipicio, donde los destellos amarillos empezaban a asomar por las pequeñas ventanas y a través de las luces de abanico colocadas en lo alto de los dobles tramos de escaleras con curiosas barandillas de hierro forjado. En otras ocasiones, y en años posteriores, buscaba vivos contrastes; Pasaba la mitad del tiempo paseando por las desmoronadas regiones coloniales del noroeste de su casa, donde la colina desciende hasta la eminencia inferior de Stampers Hill, con su gueto y su barrio negro agrupados alrededor del lugar donde solía partir la diligencia de Boston antes de la Revolución, y la otra mitad en el gracioso reino del sur, alrededor de las calles George, Benevolent, Power y Williams, donde la antigua ladera mantiene inalteradas las bellas fincas y los trozos de jardín amurallado y el empinado carril verde en el que perduran tantos fragantes recuerdos. Estos paseos, junto con los diligentes estudios que los acompañaron, ciertamente explican una gran cantidad de la sabiduría anticuaria que finalmente abarrotó el mundo moderno de

la mente de Charles Ward; e ilustra el suelo mental sobre el que cayeron, en aquel fatídico invierno de 1919-20, las semillas que llegaron a tan extraña y terrible fructificación. El Dr. Willett está seguro de que, hasta este malogrado invierno del primer cambio, el anticuario de Charles Ward estaba libre de todo rastro de morbo. Los cementerios no tenían para él ninguna atracción particular más allá de su pintoresquismo y valor histórico, y carecía por completo de cualquier cosa parecida a la violencia o al instinto salvaje. Entonces, por medio de insidiosos grados, pareció desarrollarse una curiosa secuela de uno de sus triunfos genealógicos del año anterior; cuando había descubierto entre sus ancestros maternos a cierto hombre muy longevo llamado Joseph Curwen, que había llegado de Salem en marzo de

1692, y sobre el cual se agrupaba una serie súrrrada de historias muy peculiares e inquietantes. El tatarabuelo de Ward, Welcome Potter, se había casado en 1785 con una tal "Ann Tillinghast, hija de la señora Eliza, hija del capitán James Tillinghast", de cuya paternidad la familia no había conservado ningún rastro. A finales de 1918, mientras examinaba un volumen de registros originales de la ciudad en manuscrito, el joven genealogista encontró una entrada que describía un cambio legal de nombre, por el cual en 1772 una Mrs. Eliza Curwen, viuda de Joseph Curwen, retomó, junto con su hija de siete años Ann, su nombre de soltera, Tillinghast, con el argumento de que "el nombre de su marido se había convertido en un reproche público por lo que se supo después de su muerte; lo que confirma un antiguo rumor común, aunque no debe ser creído por una esposa leal hasta que se demuestre que ya no hay dudas". Esta anotación salió a la luz tras la separación accidental de dos hojas que habían sido cuidadosamente pegadas y tratadas como una sola mediante una laboriosa revisión de los números de página. Charles Ward comprendió de inmediato que había descubierto un tatarabuelo desconocido hasta entonces. El descubrimiento le entusiasmó doblemente porque ya había oído vagos informes y visto alusiones dispersas en relación con esta persona, de la que quedaban tan pocos registros disponibles públicamente, aparte de los que se hicieron públicos sólo en los tiempos modernos, que casi parecía como si hubiera existido una conspiración para borrarlo de la memoria. Lo que aparecía, además, era de una naturaleza tan singular y provocativa que uno no podía dejar de imaginar curiosamente qué era lo que los registradores coloniales estaban tan ansiosos por ocultar y olvidar, o sospechar que la supresión tenía razones demasiado válidas. Antes de esto, Ward se había contentado con dejar que su romance sobre el viejo Joseph Curwen permaneciera en la etapa ociosa; pero habiendo descubierto su propia relación con este personaje aparentemente "silenciado", procedió a cazar lo más sistemáticamente posible todo lo que pudiera encontrar sobre él. En esta excitada búsqueda, finalmente tuvo un éxito que superó sus más altas expectativas, ya que las viejas cartas, diarios y gavillas de memorias inéditas en las buhardillas de Providence, llenas de telarañas, y en otros lugares, arrojaron muchos pasajes esclarecedores que sus escritores no habían creído conveniente destruir. Un dato importante llegó desde un punto tan remoto como Nueva York, donde se guardaba parte de la correspondencia colonial de Rhode Island en el Museo de la Taberna de Frances. Sin embargo, lo realmente crucial, y lo que en opinión del doctor Willett constituyó la fuente definitiva de la pérdida de Ward, fue el asunto encontrado en agosto de 1919 detrás del revestimiento de la casa en ruinas de Olney Court. Fue eso, sin duda, lo que abrió aquellas negras perspectivas cuyo final era más profundo que la fosa.

Joseph Curwen, tal y como revelan las leyendas incoherentes plasmadas en lo que Ward escuchó y desenterró, era un individuo muy sorprendente, enigmático y oscuramente horrible. Había huido de Salem a Providence -ese refugio universal de los raros, los libres y los disidentes- al comienzo del gran pánico a la brujería, por temor a ser acusado a causa de sus costumbres solitarias y sus extraños experimentos químicos o alquímicos. Era un hombre de aspecto incoloro de unos treinta años, y pronto fue considerado apto para convertirse en un hombre libre de Providence, comprando a partir de entonces un terreno para su casa justo al norte de la de Gregory Dexter, más o menos al pie de la calle Olney. Su casa se construyó en Stampers Hill, al oeste de la calle Town, en lo que más tarde se convirtió en Olney Court; y en 1761 la sustituyó por otra más grande, en el mismo lugar, que aún sigue en pie. Ahora bien, lo primero que resulta extraño de Joseph Curwen es que no parece haber envejecido mucho más de lo que lo hizo a su llegada. Se dedicó a empresas navieras, compró muelles cerca de Mile-End Cove, ayudó a reconstruir el Gran Puente en 1713 y la Iglesia Congregacional de la colina pero siempre conservó el aspecto anodino de un hombre que no pasaba de los treinta o treinta y cinco años. A medida que pasaban las décadas, esta singular cualidad empezó a llamar la atención; pero Curwen siempre lo explicaba diciendo que procedía de antepasados robustos y que practicaba una sencillez de vida que no le agotaba. Los habitantes de la ciudad no entendían muy bien cómo podía conciliarse esa sencillez con las inexplicables idas y venidas del reservado comerciante y con los extraños destellos de sus ventanas a todas horas de la noche, y eran propensos a atribuir otras razones a su continua juventud y longevidad. En su mayoría, se sostenía que las incesantes mezclas y hervidos de productos químicos de Curwen tenían mucho que ver con su estado. Las habladurías hablaban de las extrañas sustancias que traía de Londres y de las Indias en sus barcos o que compraba en Newport, Boston y Nueva York; y cuando el viejo doctor Jabez Bowen llegó de Rehoboth y abrió su botica al otro lado del Gran Puente, en el Signo del Unicom y el Mortero, se habló incesantemente de las drogas, ácidos y metales que el taciturno recluso compraba o encargaba incesantemente. Suponiendo que Curwen poseía una maravillosa y secreta habilidad médica, muchos enfermos de diversa índole acudían a él en busca de ayuda; pero aunque parecía alentar su creencia de manera incondicional, y siempre les daba pociones de colores extraños en respuesta a sus peticiones, se observaba que sus atenciones a los demás rara vez resultaban beneficiosas. Al final, cuando habían pasado más de cincuenta años desde la llegada del forastero, y sin que se produjera un cambio aparente de más de cinco años en su rostro y su físico, la gente empezó a susurrar más oscuramente; y a satisfacer más de la mitad de ese deseo de aislamiento que siempre había mostrado. Las cartas privadas y los diarios de la época revelan también una multitud de otras razones por las que Joseph Curwen era admirado, temido y finalmente rechazado como una plaga. Su pasión por los cementerios, en los que se le veía a todas horas y en todas las condiciones, era notoria; aunque nadie había presenciado ningún acto suyo que pudiera calificarse de macabro. En la carretera de Pawtuxet tenía una granja, en la que vivía generalmente durante el verano, y a la que se le veía con frecuencia cabalgando a diversas horas del día o de la noche. Aquí, sus únicos sirvientes, granjeros y cuidadores visibles eran una hosca pareja de indios Narragansett; el marido, mudo y con curiosas cicatrices, y la mujer, con un semblante muy repulsivo, probablemente debido a una mezcla de sangre negra. En el cobertizo de esta casa estaba el laboratorio donde se realizaban la mayoría de los experimentos químicos. Los curiosos porteros y mozos de cuadrilla que entregaban botellas, bolsas o cajas en las pequeñas puertas traseras, intercambiaban relatos sobre los fantásticos frascos, crisoles, alambiques y hornos que veían en la habitación baja y con estantes; y profetizaban en susurros que el "quimista" de boca cerrada -con lo que querían decir alquimista- no tardaría en encontrar la piedra filosofal. Los vecinos más cercanos a esta granja -los Fenner, a un cuarto de milla de distancia- tenían cosas aún más extrañas que contar sobre ciertos sonidos que, según ellos, provenían de la casa de Curwen por la noche. Había gritos, decían, y aullidos sostenidos; y no les gustaba la gran cantidad de ganado que se agolpaba en los pastos, pues no se necesitaba tal cantidad para mantener a un anciano solitario y a unos pocos sirvientes con carne, leche y lana. La identidad del ganado parecía cambiar de semana en semana a medida que se compraban nuevos rebaños a los granjeros de Kingstown. Además, había algo muy desagradable en cierta gran dependencia de piedra que sólo tenía altas y estrechas rendijas como ventanas. Los ociosos de Great Bridge tenían mucho que decir de la casa de Curwen en Olney Court; no tanto de la nueva y elegante casa construida en 1761, cuando el hombre debía de tener casi un siglo de edad, sino de la primera casa baja con tejado en forma de gamba, con el ático sin ventanas y los laterales cubiertos de tejas, cuyos maderos tuvo la peculiar precaución de quemar después de su demolición. Aquí había menos misterio, es cierto; pero las horas a las que se veían las luces, el secretismo de los dos extranjeros morenos que eran los únicos sirvientes, el horrible murmullo indistinto del increíblemente anciano ama de llaves francesa, las grandes cantidades de comida que se veían entrar por una puerta en la que sólo vivían cuatro personas, y la calidad de ciertas voces que a menudo se oían en conversaciones apagadas a horas muy intempestivas, todo ello se combinaba con lo que se sabía de la granja de Pawtuxet para dar mala fama al lugar. En los círculos más selectos, el hogar de los Curwen no pasaba desapercibido, ya que, como el recién llegado se había ido incorporando gradualmente a la vida eclesiástica y comercial de la ciudad, había hecho naturalmente amistades de la mejor clase, de cuya compañía y conversación estaba bien dotado. Se sabía que su nacimiento era bueno, ya que los Curwens o Carwens de Salem no necesitaban presentación en Nueva Inglaterra. Se supo que Joseph Curwen había viajado mucho en sus primeros años de vida, viviendo durante un tiempo en Inglaterra y haciendo al menos dos viajes a Oriente; y su discurso, cuando se dignaba a usarlo, era el de un inglés culto y cultivado. Pero, por una u otra razón, a Curwen no le gustaba la sociedad. Aunque nunca rechazaba a un visitante, siempre levantaba un muro de reserva tal que a pocos se les ocurría algo que decirle que no sonara estúpido. En su porte parecía esconderse una arrogancia críptica y sardónica, como si hubiera llegado a considerar aburridos a todos los seres humanos por haberse movido entre entidades más extrañas y potentes. Cuando el Dr. Checkley, el famoso ingenio, vino de Boston en 1738 para ser rector de la Iglesia del Rey, no dejó de visitar a alguien de quien había oído hablar tanto; pero se marchó al poco tiempo debido a un trasfondo siniestro que detectó en el discurso de su anfitrión. Charles Ward le dijo a su padre, cuando hablaron de

Curwen una tarde de invierno, le daría mucho por saber lo que el misterioso anciano le había dicho al vivaz clérigo, pero que todos los diaristas coinciden en la reticencia del doctor Checkley a repetir nada de lo que había oído. El buen hombre había quedado horriblemente conmocionado, y nunca pudo recordar a Joseph Curwen sin una visible pérdida de la alegre urbanidad por la que era famoso. Sin embargo, la razón por la que otro hombre de buen gusto y de buena educación evitaba al altivo ermitaño era más definitiva. En 1746, el Sr. John Merritt, un anciano caballero inglés de inclinaciones literarias y científicas, llegó desde Newport a la ciudad que tan rápidamente la estaba superando en prestigio, y construyó una bonita casa de campo en el Neck, en lo que ahora es el corazón de la mejor sección residencial. Vivió con mucho estilo y comodidad, teniendo el primer carruaje y los primeros sirvientes de la ciudad, y sintiéndose muy orgulloso de su telescopio, su microscopio y su bien elegida biblioteca de libros ingleses y latinos. Al saber que Curwen era el propietario de la mejor biblioteca de Providence, el Sr. Merritt no tardó en hacerle una visita, y fue recibido con más cordialidad que la mayoría de los demás visitantes de la casa. Su admiración por los amplios estantes de su anfitrión, que además de los clásicos griegos, latinos e ingleses estaban equipados con una notable batería de obras filosóficas, matemáticas y científicas que incluían a Paracelso, Agrícola, Van Helmont, Sylvius, Glauber, Boyle, Boerhaave, Becher y Stahl, llevó a Curwen a sugerirle una visita a la casa de campo y al laboratorio, a los que nunca había invitado a nadie antes; y ambos se dirigieron de inmediato en el coche del señor Merritt. El señor Merritt siempre confesó que no había visto nada realmente horrible en la granja, pero sostenía que los títulos de los libros de la biblioteca especial de temas taumatúrgicos, alquímicos y teológicos que Curwen tenía en una habitación delantera eran suficientes para inspirarle una aversión duradera. Sin embargo, tal vez la expresión facial del propietario al exhibirlos contribuyera en gran medida al prejuicio. Esta extraña colección, además de una gran cantidad de obras estándar que el Sr. Merritt no se alarmó demasiado para envidiar, abarcaba casi todos los cabalistas, demonólogos y magos conocidos por el hombre; y era un tesoro de sabiduría en los dudosos reinos de la alquimia y la astrología. Hermes Trismogistus en la edición de Mesnard, la Turba Philosopharum, el Liber Investigationis de Geber y la Llave de la Sabiduría de Artephous; todos estaban allí; con el Zohar cabalístico, el conjunto de Albertus Magnus de Peter Jamm, el Ars Magna et Ultima de Raymond Lully en la edición de Zetzner, el Thesaurus Chemicus de Roger Bacon, la Clavis Alchimiae de Fludd, el De Lapide Philosophico de Trithemius, que se acercaban. Los judíos y los árabes medievales estaban representados en abundancia, y el señor Merritt se puso pálido cuando al tomar un buen volumen visiblemente etiquetado como el Qanoon-é-Islam, descubrió que era en realidad el Necronomicón prohibido del loco árabe Abdul Alhazred, del que había oído hablar de cosas tan monstruosas algunos años antes, tras la exposición de ritos sin nombre en el extraño pueblecito pesquero de Kingsport, en la provincia de la bahía de Massachusetts. Pero, curiosamente, el digno caballero se sintió impalpablemente perturbado por un simple detalle menor. Sobre la enorme mesa de caoba yacía boca abajo un ejemplar muy desgastado de Borellus, con muchos marginales e interlineados crípticos de la mano de Curwen. El libro estaba abierto hasta la mitad aproximadamente, y un párrafo mostraba unos trazos tan gruesos y temblorosos bajo las líneas de letras negras místicas que el visitante no pudo resistirse a oíjearlo. No podía saber si se trataba de la naturaleza del pasaje subrayado o de la pesadez febril de los trazos que formaban el subrayado, pero algo en aquella combinación le afectó de forma muy negativa y peculiar. Lo recordó hasta el final de sus días, escribiéndolo de memoria en su diario y tratando una vez de recitarlo a su íntimo amigo el Dr. Checkley, hasta que vio lo mucho que perturbaba al urbanita rector. Decía: "Las sales esenciales de los animales pueden ser preparadas y conservadas de tal manera que un hombre ingenioso puede tener todo el Arca de Noé en su propio estudio, y levantar la forma de un animal de sus cenizas a su antojo, y por el mismo método, a partir de las sales esenciales del polvo humano, un filósofo puede, sin ninguna necromancia criminal, llamar a la forma de cualquier antepasado muerto desde el polvo en el que su cuerpo ha sido incinerado". Sin embargo, fue cerca de los muelles, en la parte sur de la calle de la ciudad, donde se murmuraron las peores cosas sobre Joseph Curwen. Los marineros son gente supersticiosa; y los veteranos que tripulaban las infinitas balandras de ron, esclavos y melaza, los corsarios rimbombantes y los grandes bergantines de los Browns, Crawfords y Tillinghast, hacían extrañas señales furtivas de protección cuando veían la figura delgada, de aspecto engañosamente joven, con su pelo amarillo y su ligera inclinación, entrar en el almacén de Curwen en la calle Doubloon o hablar con los capitanes y supercargadores en el largo muelle donde los barcos de Curwen cabalgaban inquietos. Los propios empleados y capitanes de Curwen le odiaban y temían, y todos sus marineros eran gentuza mestiza de Martinica, San Eustaquio, La Habana o Port Royal. En cierto modo, la frecuencia con la que se sustituía a estos marineros era lo que inspiraba la parte más aguda y tangible del miedo que se tenía al viejo. Una tripulación quedaba suelta en la ciudad durante un permiso en tierra, y algunos de sus miembros quizá se encargaban de este o aquel recado; y cuando se volvía a reunir, era casi seguro que faltaban uno o más hombres. No se olvidaba que muchos de los recados se referían a la granja de la carretera de Pawtuxet, y que a pocos de los marineros se les había visto regresar de ese lugar, de modo que con el tiempo a Curwen le resultaba sumamente difícil mantener sus manos extrañamente variadas. Casi invariablemente, varios de ellos desertaban poco después de escuchar los chismes de los muelles de Providence, y su sustitución en las Indias Occidentales se convirtió en un problema cada vez mayor para el comerciante. Hacia 1760 Joseph Curwen era prácticamente un paria, sospechoso de vagos horrores y alianzas demoníacas que parecían aún más amenazantes porque no podían ser nombradas, comprendidas, ni siquiera se podía demostrar su existencia. La gota que colmó el vaso pudo ser el asunto de los soldados desaparecidos en 1758, ya que en marzo y abril de ese año dos regimientos reales que se dirigían a Nueva Francia fueron acuartelados en Providence, y se redujeron mediante un proceso inexplicable que superaba con creces la tasa media de desertión. Se rumoreó sobre la frecuencia con la que Curwen solía ser visto hablando con los forasteros de capa roja; y cuando se empezó a echar de menos a varios de ellos, la gente pensó en las extrañas condiciones entre sus propios marineros. Nadie puede decir qué habría ocurrido si no se hubiera ordenado el envío de los regimientos. Mientras tanto, los asuntos mundanos del comerciante prosperaban. Tenía prácticamente el monopolio del comercio de la ciudad en salitre, pimienta negra y canela, y lideraba fácilmente cualquier otro establecimiento naviero, excepto los Brown, en la importación de artículos de latón, índigo, algodón, lana, sal, jarcias, hierro,

papel y artículos ingleses de todo tipo. Comerciantes como James Green, en el Sign of the Elephant en Chesham, los Russell, en el Sign of the Golden Eagle al otro lado del puente, o Clark y Nightingale en el Frying-Pan and Fish cerca del New Coffee-House, dependían casi totalmente de él para sus existencias; y sus acuerdos con los destiladores locales, los lecheros y criadores de caballos de Narragansett, y los fabricantes de velas de Newport, lo convirtieron en uno de los principales exportadores de la Colonia. A pesar del ostracismo, no le faltaba ningún tipo de espíritu cívico. Cuando la Casa de la Colonia se quemó, suscribió generosamente a las loterías por las que se construyó la nueva casa de ladrillo -que aún se mantiene en la cabecera de su desfile en la antigua calle principal- en 1761. Ese mismo año también ayudó a reconstruir el Gran Puente tras el vendaval de octubre. Reemplazó muchos de los libros de la biblioteca pública que se consumieron en el incendio de la Casa de la Colonia, y compró una gran cantidad de dinero en la lotería que dio a la embarrada Market Parade y a la profunda calle de la ciudad su pavimento de grandes piedras redondas con un paseo o "causey" en el medio. También en esta época construyó la sencilla pero excelente casa nueva cuya puerta es un triunfo de la talla. Cuando los seguidores de Whitefield se separaron de la iglesia de la colina del Dr. Cotton en 1743 y fundaron la iglesia del diácono Snow al otro lado del puente, Curwen se fue con ellos, aunque su celo y asistencia pronto disminuyeron. Sin embargo, ahora volvió a cultivar la piedad, como si quisiera disipar la sombra que lo había sumido en el aislamiento y que pronto empezaría a arruinar su fortuna comercial si no se le ponía freno. La visión de este hombre extraño y pálido, con un aspecto apenas de mediana edad, pero ciertamente con no menos de un siglo de edad, tratando de salir por fin de una nube de espanto y detestación demasiado imprecisa para precisar o analizar, era a la vez algo patético, dramático y despreciable. Sin embargo, es tal el poder de la riqueza y de los gestos superficiales, que en efecto se produjo una ligera disminución de la aversión visible que se manifestaba hacia él; especialmente después de que cesaran bruscamente las rápidas desapariciones de sus marineros. También debió de empezar a practicar un cuidado y un secreto extremos en sus expediciones a los cementerios, ya que nunca más se le pilló en esas andanzas; mientras que los rumores de sonidos y maniobras extrañas en su granja de Pawtuxet disminuyeron en proporción. Su tasa de consumo de alimentos y de reposición de ganado siguió siendo anormalmente alta; pero hasta los tiempos modernos, cuando Charles Ward examinó un conjunto de sus cuentas y facturas en la Biblioteca Shepley, a nadie se le ocurrió -salvo a un joven amargado, tal vez- hacer oscuras comparaciones entre el gran número de negros de Guinea que importó hasta 1766, y el número inquietantemente pequeño de los que pudo presentar facturas de venta de buena fe a los traficantes de esclavos en el Gran Puente o a los plantadores del País Narragansett. Ciertamente, la astucia y el ingenio de este aborrecido personaje eran asombrosamente profundos, una vez que la necesidad de su ejercicio se le había impuesto. Pero, por supuesto, el efecto de toda esta reparación tardía fue necesariamente leve. Curwen seguía siendo evitado y desconfiado, como de hecho el hecho de su continuo aire de juventud a una gran edad habría sido suficiente para justificar; y él podía ver que al final su fortuna probablemente se vería afectada. Sus elaborados estudios y experimentos, cualesquiera que fuesen, requerían, al parecer, una fuerte renta para su mantenimiento; y puesto que un cambio de ambiente le privaría de las ventajas comerciales que había obtenido, no le habría beneficiado comenzar de nuevo en una región diferente justo en ese momento. El sentido común le exigía arreglar sus relaciones con los habitantes de la ciudad de Providence, para que su presencia dejara de ser una señal de conversación silenciosa, de excusas transparentes de recados en otro lugar y de una atmósfera general de restricción e inquietud. Sus empleados, reducidos ahora al residuo vago e impecable que nadie más empleaba, le daban muchas preocupaciones; y se aferraba a sus capitanes de barco y a sus compañeros sólo por la astucia de conseguir algún tipo de ascendencia sobre ellos: una hipoteca, un pagaré o un poco de información muy pertinente para su bienestar. En muchos casos, los diaristas han recogido con cierto asombro, Curwen mostraba casi el poder de un mago al desenterrar secretos familiares para un uso cuestionable. Durante los últimos cinco años de su vida, parecía que sólo las conversaciones directas con los muertos de larga data podrían haber proporcionado algunos de los datos que tenía tan fácilmente en la punta de la lengua. Por aquel entonces, el astuto erudito recurrió a un último recurso desesperado para recuperar su posición en la comunidad. Hasta entonces era un completo ermitaño, y ahora decidió contraer un matrimonio ventajoso, asegurando como novia a alguna dama cuya posición mencionada hiciera imposible todo ostracismo de su hogar. Es posible que también tuviera razones más profundas para desear una alianza; razones tan alejadas de la esfera cósmica conocida que sólo los documentos encontrados un siglo y medio después de su muerte hicieron sospechar de ellas; pero de esto nunca se podrá saber nada seguro. Naturalmente, era consciente del horror y la indignación con que se recibiría cualquier cortejo ordinario suyo, por lo que buscó algún candidato probable sobre cuyos padres pudiera ejercer una presión adecuada. Descubrió que no era nada fácil encontrar a esas candidatas, ya que tenía requisitos muy particulares en cuanto a belleza, logros y seguridad social. Al final, su encuesta se redujo a la casa de uno de sus mejores y más antiguos capitanes de barco, un viudo de alta alcurnia y reputación intachable llamado Dutie Tillinghast, cuya única hija, Eliza, parecía estar dotada de todas las ventajas imaginables, salvo las perspectivas de ser heredera. El capitán Tillinghast estaba completamente bajo el dominio de Curwen; y consintió, tras una terrible entrevista en su casa con cúpula en la colina de Power's Lane, en sancionar la blasfema alianza. Eliza Tillinghast tenía entonces dieciocho años, y había sido educada con toda la delicadeza que permitían las reducidas circunstancias de su padre. Había asistido a la escuela de Stephen Jackson, frente al Court House Parade, y había sido instruida diligentemente por su madre, antes de la muerte de ésta por viruela en 1757 en todas las artes y refinamientos de la vida doméstica. En las salas de la Sociedad Histórica de Rhode Island todavía se puede encontrar un muestrario suyo, realizado en 1753 a la edad de nueve años. Tras la muerte de su madre, se encargó de la casa con la única ayuda de una anciana negra. Las discusiones con su padre sobre la propuesta de matrimonio de Curwen debieron ser realmente dolorosas, pero no tenemos constancia de ellas. Lo cierto es que su compromiso con el joven Ezra Weeden, segundo oficial del paquete Crawford Enterprise, fue debidamente roto, y que su unión con Joseph Curwen tuvo lugar el 7 de marzo de 1763, en la iglesia baptista, en presencia de una de las asambleas más distinguidas de las que podía presumir la ciudad; la ceremonia fue celebrada por el joven Samuel Winson. La Gaceta mencionó el acontecimiento muy brevemente, y en la mayoría de los

ejemplares que se conservan en cuestión parece estar cortado o arrancado. Ward encontró un ejemplar intacto después de mucho buscar en los archivos de un coleccionista privado de renombre, observando con diversión la urbanidad sin sentido del lenguaje: "El lunes pasado por la noche, el Sr. Joseph Curwen, de esta ciudad, comerciante, se casó con la Srta. Eliza Tillinghast, hija del capitán Dutie Tillinghast, una joven que tiene verdadero mérito, sumado a una hermosa persona, para adornar el estado conyugal y perpetuar su felicidad". La colección de cartas de Durfee-Arnold, descubierta por Charles Ward poco antes de su primera supuesta locura en la colección privada de Melville F. Peters de George Street, y que abarca este período y otro algo anterior, arroja una vívida luz sobre el ultraje hecho al sentimiento público por este matrimonio mal avenido. Sin embargo, no se podía negar la influencia social de los Tillinghast, y una vez más Joseph Curwen se encontró con que su casa era frecuentada por personas a las que, de otro modo, nunca habría podido inducir a cruzar su umbral. Su aceptación no fue de ninguna manera completa, y su novia fue socialmente la que sufrió por su aventura forzada; pero en todo caso la caída del ostracismo total se desgastó un poco. En el trato con su esposa, el extraño novio sorprendió tanto a ella como a la comunidad al mostrar una extrema gentileza y consideración. La nueva casa de Olney Court estaba ahora totalmente libre de manifestaciones perturbadoras, y aunque Curwen estaba muy ausente en la granja de Pawtuxet, que su esposa nunca visitaba, parecía más un ciudadano normal que en cualquier otro momento de sus largos años de residencia. Sólo una persona permanecía en abierta enemistad con él, siendo ésta el joven oficial de barco cuyo compromiso con Eliza Tillinghast se había roto tan abruptamente. Ezra Weeden había jurado francamente vengarse y, aunque de carácter tranquilo y ordinariamente apacible, estaba adquiriendo ahora un propósito de odio que no auguraba nada bueno para el marido usurpador. El 7 de mayo de 1765 nació la única hija de Curwen, Ann, y fue bautizada por el reverendo John Graves, de la Iglesia del Rey, de la que ambos se habían hecho comulgantes poco después de su matrimonio para conciliar sus respectivas afiliaciones congregacional y bautista. El registro de este nacimiento, así como el del matrimonio dos años antes, fue eliminado de la mayoría de las copias de los anales de la iglesia y del pueblo donde debería aparecer; y Charles Ward localizó ambos con la mayor dificultad después de que su descubrimiento del cambio de nombre de la viuda le informara de su propia relación, y engendrara el febril interés que culminó en su locura. El registro de nacimiento, de hecho, se encontró de forma muy curiosa a través de la correspondencia con los herederos del lealista Dr. Graves, que se había llevado un duplicado de los registros cuando dejó su pastorado al estallar la Revolución. Ward había probado esta fuente porque sabía que su tatarabuela, Ann Tillinghast Potter, había sido episcopaliana. Poco después del nacimiento de su hija, un acontecimiento que parecía acoger con un fervor muy poco acorde con su frialdad habitual, Curwen decidió hacerse un retrato. Se lo hizo pintar un escocés de gran talento llamado Cosmo Alexander, entonces residente en Newport, y desde entonces famoso por ser el primer maestro de Gilbert Stuart. Se dice que el retrato fue ejecutado en un panel de la pared de la biblioteca de la casa de Olney Court, pero ninguno de los dos diarios antiguos que lo mencionan da ninguna pista sobre su destino final. En esta época, el errático erudito mostraba signos de inusual abstracción y pasaba todo el tiempo que podía en su granja de la carretera de Pawtuxet. Parecía, según se decía, en una condición de suprimida excitación o suspenso; como si esperara alguna cosa fenomenal o estuviera al borde de algún extraño descubrimiento. La química o la alquimia parecen haber desempeñado un papel importante, ya que se llevó de su casa a la granja la mayor parte de sus volúmenes sobre ese tema. Su afectación de interés cívico no disminuyó, y no perdió ninguna oportunidad de ayudar a líderes como Stephen Hopkins, Joseph Brown y Benjamin West en sus esfuerzos por elevar el tono cultural de la ciudad, que entonces estaba muy por debajo del nivel de Newport en su patrocinio de las artes liberales. Había ayudado a Daniel Jenckes a fundar su librería en 1763, y a partir de entonces fue su mejor cliente, prestando igualmente ayuda a la esforzada Gazette que aparecía cada miércoles en el Sign of Shakespear's Head. En política, apoyó ardientemente al gobernador Hopkins contra el partido Ward, cuya fuerza principal estaba en Newport, y su discurso realmente elocuente en Hacher's Hall en 1765 contra la creación de North Providence como ciudad separada con un voto previo en la Asamblea General hizo más que cualquier otra cosa para acabar con los prejuicios contra él. Pero Ezra Weeden, que lo observaba de cerca, se burló cínicamente de toda esta actividad externa; y juró libremente que no era más que una máscara para algún tráfico sin nombre con los más negros abismos del Tártaro. El joven vengativo comenzó a estudiar sistemáticamente al hombre y sus actividades siempre que estaba en el puerto; pasaba horas por la noche junto a los muelles con un bote preparado cuando veía luces en los almacenes de Curwen, y seguía la pequeña embarcación que a veces se escabullía tranquilamente por la bahía. También vigilaba lo más estrechamente posible la granja de Pawtuxet, y una vez fue gravemente mordido por los perros que la vieja pareja de indios le soltó. En el otoño de 1770 Weeden decidió que el momento era muy repentino, y se ganó un amplio reconocimiento entre los curiosos del pueblo; pues el aire de suspenso y expectación cayó como un viejo manto, dando lugar al instante a una mal disimulada exaltación de perfecto triunfo. Curwen parecía tener dificultades para abstenerse de hacer arengas públicas sobre lo que había encontrado, aprendido o hecho; pero aparentemente la necesidad de guardar el secreto era mayor que el deseo de compartir su regocijo, pues nunca ofreció ninguna explicación. Fue después de esta transición, que parece haber llegado a principios de julio, cuando el siniestro erudito comenzó a asombrar a la gente por su posesión de información que sólo sus antepasados muertos desde hace mucho tiempo parecían ser capaces de impartir. Pero las febriles actividades secretas de Curwen no cesaron en absoluto con este cambio. Por el contrario, tendieron más bien a aumentar, de modo que cada vez más de sus negocios navieros fueron manejados por los capitanes a los que ahora unía con lazos de temor tan potentes como los de la bancarrota. Abandonó por completo el comercio de esclavos, alegando que sus beneficios disminuían constantemente. Pasaba todo el tiempo posible en la granja de Pawtuxet; aunque de vez en cuando se rumoreaba su presencia en lugares que, aunque no estaban realmente cerca de los cementerios, estaban tan situados en relación con ellos que la gente reflexiva se preguntaba hasta qué punto era realmente profundo el cambio de hábitos del viejo comerciante. Ezra Weeden, aunque sus periodos de espionaje eran necesariamente breves e intermitentes debido a sus viajes por mar, tenía una persistencia vengativa de la que carecían la mayoría de los habitantes de la ciudad y los granjeros; y sometió los asuntos de Curwen a un escrutinio como

nunca antes habían tenido. Muchas de las extrañas maniobras de los barcos de los mercaderes extraños se habían dado por descontadas debido a la inquietud de la época, en la que todos los colonos parecían decididos a resistir las disposiciones de la Ley del Azúcar que obstaculizaban un tráfico importante. El contrabando y la evasión eran la norma en la bahía de Narragansett, y los desembarcos nocturnos de cargamentos ilícitos eran lugares comunes continuos. Pero Weeden, noche tras noche, siguiendo a los mecheros o pequeñas balandras que veía alejarse de los almacenes de Curwen en los muelles de Town Street, pronto se sintió seguro de que no eran sólo los barcos armados de Su Majestad los que el siniestro merodeador estaba ansioso por evitar. Antes del cambio de 1766, estos barcos contenían en su mayoría negros encadenados, que eran transportados por la bahía y desembarcados en un punto oscuro de la costa, justo al norte de Pawtuxet; después eran conducidos por el acantilado y a través del campo hasta la granja de Curwen, donde eran encerrados en esa enorme dependencia de piedra que sólo tenía altas y estrechas rendijas como ventanas. Sin embargo, después de ese cambio, todo el programa se alteró. La importación de esclavos cesó de inmediato, y durante un tiempo Curwen abandonó sus viajes de medianoche. Luego, hacia la primavera de 1767, apareció una nueva política. Una vez más, los cargueros se acostumbraron a salir de los muelles negros y silenciosos, y esta vez bajaban por la bahía una cierta distancia, quizás hasta Nanquit Point, donde se encontraban y recibían la carga de barcos extraños de tamaño considerable y aspecto muy variado. Los marineros de Curwen depositaban entonces esta carga en el punto habitual de la orilla, y la transportaban por tierra hasta la granja; encerrándola en el mismo edificio de piedra críptica que había recibido anteriormente a los negros. El cargamento consistía casi en su totalidad en cajas y estuches, de los cuales una gran proporción eran oblongos y pesados y sugerían inquietantemente ataúdes. Weeden siempre vigilaba la granja con una asiduidad infatigable, visitándola cada noche durante largos períodos, y rara vez dejaba pasar una semana sin verla, excepto cuando el suelo tenía una huella de nieve reveladora. Incluso entonces, a menudo caminaba lo más cerca posible en el camino recorrido o en el hielo del río vecino, para ver qué huellas podrían haber dejado otros. Como sus vigilias se veían interrumpidas por los deberes náuticos, contrató a un compañero de taberna llamado Eleazar Smith para que continuara la prospección durante sus ausencias; y entre los dos podrían haber puesto en marcha algunos rumores extraordinarios. El hecho de que no lo hicieran se debió únicamente a que sabían que el efecto de la publicidad sería advertir a su presa e imposibilitar el avance. En cambio, querían saber algo concreto antes de actuar. Lo que aprendieron debió ser realmente sorprendente, y Charles Ward habló muchas veces a sus padres de su pesar por la posterior quema de sus cuadernos por parte de Weeden. Todo lo que se puede contar de sus descubrimientos es lo que Eleazar Smith anotó en un diario no demasiado coherente, y lo que otros diaristas y escritores de cartas han repetido tímidamente de las declaraciones que finalmente hicieron, y según las cuales la granja era sólo la cáscara exterior de una vasta y repugnante amenaza, de un alcance y profundidad demasiado profundos e intangibles para una comprensión más que sombría. Se deduce que Weeden y Smith se convencieron pronto de que bajo la granja había una gran serie de túneles y catacumbas, habitados por un número muy considerable de personas, además del viejo indio y su esposa. La casa era una vieja reliquia de mediados del siglo XVII, con una enorme chimenea y ventanas de celosía con cristales de diamante, y el laboratorio estaba en un cobertizo hacia el norte, donde el techo llegaba casi al suelo. Este edificio estaba libre de cualquier otro; sin embargo, a juzgar por las diferentes voces que se oían en su interior en momentos extraños, debía ser accesible a través de pasajes secretos en su interior. Estas voces, antes de 1766, eran meros murmullos y susurros negros y gritos frenéticos, unidos a curiosos cantos o invocaciones. Sin embargo, después de esa fecha, adquirieron un carácter muy singular y terrible, ya que oscilaban entre zumbidos de aburrida aquiescencia y explosiones de frenética furia, ruidos de conversación y quejidos de súplica, jadeos de ansia y gritos de protesta. Parecían estar en diferentes idiomas, todos ellos conocidos por Curwen, cuyos rasposos acentos se distinguían con frecuencia para responder, reprender o amenazar. A veces parecía que había varias personas en la casa: Curwen, algunos cautivos y los guardias de esos cautivos. Había voces de un tipo que ni Weeden ni Smith habían oído nunca antes, a pesar de su amplio conocimiento de los puertos extranjeros, y muchas que sí parecían pertenecer a tal o cual nacionalidad. La naturaleza de las conversaciones parecía siempre una especie de catecismo, como si Curwen estuviera extorsionando algún tipo de información a los prisioneros aterrorizados o rebeldes. Weeden tenía en su cuaderno muchos informes literales de fragmentos escuchados, ya que el inglés, el francés y el español, que él conocía, se utilizaban con frecuencia; pero de ellos no se ha conservado nada. Sin embargo, dijo que, aparte de unos pocos diálogos macabros en los que se trataban los asuntos pasados de las familias de Providence, la mayoría de las preguntas y respuestas que podía entender eran históricas o científicas; en ocasiones, relativas a lugares y épocas muy remotas. Una vez, por ejemplo, un personaje alternativamente furioso y hosco fue interrogado en francés sobre la masacre del Príncipe Negro en Limoges en 1370, como si hubiera alguna razón oculta que debiera conocer. Curwen preguntó al prisionero -si es que era prisionero- si la orden de matar se había dado a causa del Signo de la Cabra encontrado en el altar de la antigua cripta romana bajo la catedral, o si el Hombre Oscuro del Aquelarre de la Haute Vienne había pronunciado las Tres Palabras. Al no obtener respuestas, el inquisidor había recurrido, al parecer, a medios extremos, ya que se produjo un terrible grito seguido de silencio y murmullos y un sonido de golpes. Ninguno de estos coloquios fue nunca presenciado por los ojos, ya que las ventanas estaban siempre muy tapadas. Sin embargo, una vez, durante un discurso en una lengua desconocida, se vio una sombra en la cortina que sobresaltó mucho a Weeden; Le recordó uno de los títeres de un espectáculo que había visto en el otoño de 1746, en el Hacher's Hall, cuando un hombre de Germantown, Pennsylvania, había dado un ingenioso espectáculo mecánico anunciado como una "Vista de la famosa ciudad de Jerusalén, en la que se representan Jerusalén, el Templo de Salomón, su Trono Real, las notables Torres y Colinas, así como los sufrimientos de Nuestro Salvador desde el Huerto de Getsemaní hasta la Cruz en la Colina del Gólgota; una pieza artística de estatuaria, digna de ser vista por los curiosos." Fue en esta ocasión cuando el oyente, que se había acercado a la ventana de la habitación delantera desde la que se hablaba, dio un sobresalto que despertó a la vieja pareja de indios y les hizo soltar los perros sobre él. Después de eso no se volvieron a oír más conversaciones en la casa, y Weeden y Smith concluyeron que Curwen había trasladado su campo de acción a las regiones de abajo.

El hecho de que tales regiones existieran en realidad, parecía ser la tierra sólida en lugares alejados de cualquier estructura; mientras que escondida entre los arbustos de la orilla del río en la parte trasera, donde el terreno alto descendía abruptamente hacia el valle del Pawtuxet, se encontraba una puerta arqueada de roble en un marco de pesada mampostería, que era obviamente una entrada a cavernas dentro de la colina. Weeden no pudo decir cuándo o cómo se construyeron estas catacumbas, pero señaló con frecuencia la facilidad con la que bandas de obreros invisibles podrían haber llegado al lugar desde el río. Joseph Curwen dio a sus marineros mestizos diversos usos. Durante las fuertes lluvias de la primavera de 1769, los dos vigilantes mantuvieron un ojo avizor en la escarpada ribera del río para ver si algún secreto subterráneo podía salir a la luz, y fueron recompensados con la visión de una profusión de huesos humanos y de animales en lugares donde se habían abierto profundos barrancos en las orillas. Naturalmente, podría haber muchas explicaciones para tales cosas en la parte trasera de una granja de ganado, y en una localidad donde los antiguos cementerios indios eran comunes, pero Weeden y Smith sacaron sus propias conclusiones. Fue en enero de 1770, mientras Weeden y Smith seguían debatiendo en vano sobre lo que debían pensar o hacer, si es que debían hacer algo, en todo este desconcertante asunto, cuando ocurrió el incidente de la Fortaleza. Exasperada por el incendio de la balandra Liberty en Newport durante el verano anterior, la flota aduanera bajo el mando del almirante Wallace había incrementado la vigilancia sobre los buques extraños; y en esta ocasión la goleta armada Cygnet de Su Majestad, bajo el mando del capitán Harry Leshe, capturó, tras una breve persecución una mañana temprano, la embarcación Fortaleza de Barcelona, España, bajo el mando del capitán Manuel Arruda, que se dirigía, según su cuaderno de bitácora, de El Gran Cairo, Egipto, a Providence. Cuando se registró este barco en busca de material de contrabando, se descubrió el sorprendente hecho de que su carga consistía exclusivamente en momias egipcias, consignadas al "marinero A. B. C.", que vendría a retirar su mercancía en un mechero frente a Nanquit Point y cuya identidad el capitán Arruda se sentía obligado por el honor a no revelar. El Tribunal del Vicealmirantazgo de Newport, sin saber qué hacer en vista de que la carga no era de contrabando, por un lado, y del secreto ilegal de la entrada, por otro, se comprometió con la recomendación del recaudador Robinson, liberando el barco pero prohibiéndole un puerto en aguas de Rhode Island. Más tarde hubo rumores de que había sido visto en el puerto de Boston, aunque nunca entró abiertamente en el puerto de Boston. Este extraordinario incidente no dejó de ser ampliamente comentado en Providence y no fueron muchos los que dudaron de la existencia de alguna conexión entre el cargamento de momias y el siniestro Joseph Curwen. Siendo sus estudios exóticos y sus curiosas importaciones químicas de dominio público, y siendo su afición a los cementerios una sospecha común, no hacía falta mucha imaginación para relacionarlo con una extraña importación que no podía estar destinada a nadie más en la ciudad. Como si fuera consciente de esta creencia natural, Curwen se encargó de hablar casualmente en varias ocasiones del valor químico de los bálsamos encontrados en las momias; pensando tal vez que podría hacer que el asunto pareciera menos antinatural, pero sin llegar a admitir su participación. Weeden y Smith, por supuesto, no dudaron en absoluto de la importancia del asunto, y se entregaron a las más descabelladas teorías sobre Curwen y sus monstruosos trabajos. La primavera siguiente, al igual que la del año anterior, tuvo fuertes lluvias; y los vigilantes siguieron cuidadosamente la pista de la orilla del río detrás de la granja de Curwen. Grandes secciones fueron arrastradas por el agua y se descubrió un cierto número de huesos, pero no se vislumbró ninguna cámara o madriguera subterránea. Sin embargo, se rumoreaba que había algo en el pueblo de Pawtuxet, a una milla más abajo, donde el río fluye en cascada sobre una terraza rocosa para unirse a la plácida cubierta sin salida al mar. Allí, donde las pintorescas y viejas casitas subían la colina desde el rústico puente, y los barcos de pesca estaban anclados en sus somnolientos muelles, circulaba un vago rumor de que había cosas flotando por el río y que aparecían durante un minuto al pasar por las cataratas. Por supuesto, el Pawtuxet es un río largo que serpentea a través de muchas regiones asentadas en las que abundan los cementerios, y por supuesto, las lluvias de primavera habían sido muy intensas; pero a los pescadores que se encontraban en el puente no les gustó la forma salvaje en que una de las cosas miraba fijamente mientras descendía hacia las aguas tranquilas de abajo, ni la forma en que otra medio gritaba, aunque su estado se había alejado mucho del de los objetos que normalmente gritan. Aquel rumor hizo que Smith -pues Weeden se encontraba en ese momento en el mar- se apresurara a ir a la orilla del río, detrás de la granja, donde seguramente quedaban las pruebas de un extenso derrumbe. Sin embargo, no había rastro de un pasaje en la escarpada ribera, ya que la avalancha en miniatura había dejado tras de sí un sólido muro de tierra y arbustos mezclados desde lo alto. Smith llegó a realizar algunas excavaciones experimentales, pero fue disuadido por la falta de éxito, o tal vez por el miedo al posible éxito. Es interesante especular sobre lo que habría hecho el persistente y vengativo Weeden si hubiera estado en tierra en ese momento. En el otoño de 1770, Weeden decidió que había llegado el momento de contar a otros sus descubrimientos, ya que tenía un gran número de hechos que relacionar y un segundo testigo ocular que refutara la posible acusación de que los celos y la venganza habían estimulado su fantasía. Como primer confidente eligió al capitán James Mathewson, del Enterprise, quien, por un lado, lo conocía lo suficientemente bien como para no dudar de su veracidad y, por otro, era lo suficientemente influyente en la ciudad como para ser escuchado a su vez con respeto. El coloquio tuvo lugar en una sala superior de la taberna de Sabin, cerca de los muelles, con Smith presente para corroborar prácticamente todas las declaraciones; y se pudo comprobar que el capitán Mathewson estaba tremendamente impresionado. Como casi todo el mundo en la ciudad, había tenido negras sospechas propias sobre Joseph Curwen; de ahí que sólo hiciera falta esta confirmación y ampliación de datos para convencerle absolutamente. Al final de la conferencia se mostró muy serio y ordenó a los dos jóvenes un estricto silencio. Dijo que transmitiría la información por separado a una decena de los ciudadanos más cultos y prominentes de Providence, averiguando sus opiniones y siguiendo cualquier consejo que pudieran ofrecer. En cualquier caso, el secreto sería esencial, ya que no se trataba de un asunto al que pudieran enfrentarse los alguaciles de la ciudad o la milicia; y, sobre todo, había que mantener a la excitable muchedumbre en la ignorancia, para que no se produjera, en estos tiempos ya problemáticos, una repetición de aquel espantoso pánico de Salem de hace menos de un siglo, que había traído a Curwen hasta aquí por primera vez. Las personas

adecuadas para contar, según él, serían el Dr. Benjamin West, cuyo panfleto sobre el último tránsito de Venus demostraba que era un erudito y un pensador agudo; el reverendo James Manning, presidente del colegio que acababa de trasladarse desde Warren y que estaba alojado temporalmente en la nueva escuela de King Street a la espera de que se terminara su edificio en la colina sobre Presbyterian Lane; El ex gobernador Stephen Hopkins, que había sido miembro de la Sociedad Filosófica de Newport, y era un hombre de muy amplias percepciones; John Carter, editor de la Gaceta; los cuatro hermanos Brown, John, Joseph, Nicholas y Moses, que formaban los reconocidos magnates locales, y de los cuales Joseph era un científico aficionado de partes; el viejo Dr. Jabez Bowen, cuya erudición era considerable, y que tenía mucho conocimiento de primera mano de las extrañas compras de Curwen, y el capitán Abraham Whipple, un corsario de fenomenal audacia y energía con el que se podía contar para liderar cualquier medida activa necesaria. Estos hombres, en caso de ser favorables, podrían ser reunidos para una deliberación colectiva; y en ellos recaería la responsabilidad de decidir si informar o no al Gobernador de la Colonia, Joseph Wanton de Newport, antes de tomar medidas. La misión del capitán Mathewson prosperó más allá de sus más altas expectativas; pues aunque encontró a uno o dos de los confidentes elegidos algo escépticos sobre el posible lado fantasmal del relato de Weeden, no hubo ninguno que no pensara que era necesario tomar algún tipo de acción secreta y coordinada. Curwen, estaba claro, constituía una vaga amenaza potencial para el bienestar de la ciudad y la Colonia; y debía ser eliminado a cualquier precio. A finales de diciembre de 1770, un grupo de eminentes ciudadanos se reunió en casa de Stephen Hopkins y debatió las medidas provisionales. Las notas de Weeden, que había entregado al capitán Mathewson, fueron leídas cuidadosamente; y él y Smith fueron citados para dar testimonio sobre los detalles. Algo parecido al miedo se apoderó de toda la asamblea antes de que terminara la reunión, aunque en ese miedo corría una sombría determinación que la fanfarronada y la resonante blasfemia del capitán Whipple expresaban mejor. No notificarían al Gobernador, porque un curso más que legal parecía necesario. Con poderes ocultos de alcance incierto aparentemente a su disposición, Curwen no era un hombre al que se pudiera advertir con seguridad que abandonara la ciudad. Podrían producirse represalias sin nombre y, aunque la siniestra criatura cumpliera, el traslado no sería más que el desplazamiento de una carga impura a otro lugar. Los tiempos eran sin ley, y los hombres que habían burlado a las fuerzas de recaudación del Rey durante años no eran de los que se negaban a hacer cosas más fuertes cuando el deber lo exigía. Curwen debía ser sorprendido en su granja de Pawtuxet por un gran grupo de corsarios experimentados y se le debía dar una oportunidad decisiva para explicarse. Si resultaba ser un loco, que se divertía con chillidos y conversaciones imaginarias en diferentes voces, sería debidamente confinado. Si aparecía algo más grave y si los horrores subterráneos resultaban ser reales, él y todos los que estaban con él debían morir. Podría hacerse en silencio, e incluso la viuda y su padre no tendrían que ser informados de cómo se produjo. Mientras se discutían estas serias medidas, ocurrió en el pueblo un incidente tan terrible e inexplicable que durante un tiempo apenas se habló de otra cosa en kilómetros a la redonda. En medio de una noche de enero a la luz de la luna y con una fuerte nevada bajo los pies, resonó sobre el río y en la colina una serie de gritos espeluznantes que hicieron que las cabezas adormecidas se asomaran a todas las ventanas; y la gente de los alrededores de Weybosset Point vio una gran cosa blanca que se precipitaba frenéticamente a lo largo del espacio mal despejado frente al Turk's Head. A lo lejos se oyó el aullido de los perros, pero se calmó tan pronto como se hizo audible el clamor de la ciudad despierta. Grupos de hombres con linternas y mosquetes se apresuraron a ver qué ocurría, pero nada recompensó su búsqueda. A la mañana siguiente, sin embargo, un cuerpo gigante y musculoso, completamente desnudo, fue encontrado en los atascos de hielo alrededor de los pilares del sur del Gran Puente, donde el Muelle Largo se extendía junto a la destilería de Abbott, y la identidad de este objeto se convirtió en un tema de interminables especulaciones y susurros. No eran tanto los más jóvenes como los más viejos los que susurraban, pues sólo en los patriarcas aquel rostro rígido con ojos de horror tocaba alguna fibra de la memoria. Ellos, temblorosos, intercambiaron furtivos murmullos de asombro y temor, pues en aquellos rasgos rígidos y horrendos había un parecido tan maravilloso que era casi una identidad, y esa identidad era con un hombre que había muerto hacía cincuenta años. Ezra Weeden estaba presente en el hallazgo; y recordando los aullidos de la noche anterior, se dirigió a lo largo de la calle Weybosset y al otro lado del puente Muddy Dock, de donde había venido el sonido. Tenía una curiosa expectación, y no se sorprendió cuando, al llegar al límite del barrio asentado donde la calle se fundía con la carretera de Pawtuxet, se encontró con unas huellas muy curiosas en la nieve. El gigante desnudo había sido perseguido por perros y muchos hombres con botas, y las huellas de regreso de los sabuesos y sus amos podían rastrearse fácilmente. Habían abandonado la persecución al acercarse demasiado a la ciudad. Weeden sonrió con tristeza y, como detalle superficial, rastreó las huellas hasta su origen. Se trataba de la granja Pawtuxet de Joseph Curwen, como bien sabía que sería; y habría dado mucho de sí si el patio estuviera menos confusamente pisoteado. Tal como estaba, no se atrevía a parecer demasiado interesado a plena luz del día. El doctor Bowen, al que Weeden acudió de inmediato con su informe, realizó una autopsia al extraño cadáver, y descubrió peculiaridades que le desconcertaron por completo. Las vías digestivas del enorme hombre parecían no haber estado nunca en uso, mientras que toda la piel tenía una textura áspera y suelta imposible de explicar. Impresionado por lo que los ancianos susurraban sobre el parecido de este cuerpo con el herrero Daniel Green, fallecido hace mucho tiempo, cuyo bisnieto Aaron Hoppin era un supercargo al servicio de Curwen, Weeden hizo preguntas casuales hasta que descubrió dónde estaba enterrado Green. Esa noche, un grupo de diez personas visitó el antiguo cementerio del norte, frente a Herrenden's Lane, y abrió una tumba. La encontraron vacía, precisamente como esperaban. Mientras tanto, se habían hecho arreglos con los carteros para interceptar el correo de Joseph Curwen, y poco antes del incidente del cuerpo desnudo se encontró una carta de un tal Jedediah Orne, de Salem, que hizo reflexionar a los ciudadanos cooperantes. Partes de ella, copiadas y conservadas en los archivos privados de la familia donde Charles Ward la encontró, decían lo siguiente "Me complace que sigas tratando los asuntos antiguos a tu manera, y no creo que se haya hecho mejor en casa del Sr. Hutchinson en Salem-Village. Ciertamente, no había nada más que la más viva horrorosidad en lo que H. planteó a partir de lo que pudimos recoger sólo una parte. Lo que enviaste no funcionó, ya sea porque faltó algo, o porque las palabras no eran correctas de mi parte o de tu copia. Solo estoy

pedido. No tengo el arte de la química para seguir a Borellus, y me he confundido con el VII Libro de Necronomicon. Libro del Necronomicon que recomiendas. Pero me gustaría que observarais lo que se nos dijo acerca de tener cuidado con quién llamar, pues sois conscientes de lo que el Sr. Mather escribió en los Marginalia de ---, y podéis juzgar la veracidad de ese horrendo hecho. Os vuelvo a decir que no invoquéis a nadie que no podáis derribar, con lo que quiero decir que cualquiera puede, a su vez, invocar algo contra vosotros, por lo que vuestros más poderosos dispositivos no pueden ser de utilidad. Pedid al menor, no sea que el mayor no quiera responder, y mande más que vosotros. Me asusté cuando leí que sabías lo que Ben Zaristnatmik tenía en su caja de ébano, pues era consciente de quién debía habértelo contado. Y de nuevo te pido que me escribas como Jedediah y no como Simon. En esta comunidad un hombre no puede vivir demasiado tiempo, y tú conoces mi plan por el cual regresé como mi hijo. Estoy deseando que me pongas al corriente de lo que el hombre negro aprendió de Sylvanus Cocidius en la bóveda, bajo la muralla romana, y te agradeceré que me prestes el manuscrito del que hablas".

Otra carta de Filadelfia, sin firma, provocó igual reflexión, especialmente por el siguiente pasaje: "Observaré lo que usted dice con respecto al envío de las cuentas sólo por medio de los buques, pero no siempre puedo estar seguro de cuándo esperarlas. En el asunto mencionado, sólo requiero una cosa más; pero deseo estar seguro de que lo entiendo exactamente. Usted me informa que no debe faltar ninguna parte para obtener los mejores efectos, pero no puede dejar de saber lo difícil que es estar seguro. Parece un gran peligro y una gran carga quitar toda la caja, y en la ciudad (es decir, en San Pedro, San Pablo, Santa María o la Iglesia de Cristo) apenas puede hacerse. Pero sé que imperfecciones había en el que se levantó el pasado octubre, y cuántas muestras vivas tuvo que emplear antes de dar con el modo correcto en el año 1766; así que me guiaré por usted en todos los asuntos. Estoy impaciente por su brigada, y me informo a diario en el muelle del señor Biddle".

Una tercera carta sospechosa estaba en una lengua desconocida e incluso en un alfabeto desconocido. En el diario de Smith encontrado por Charles Ward se copia torpemente una combinación de caracteres que se repite con frecuencia; y las autoridades de la Universidad de Brown han pronunciado el alfabeto amárico o abisinio, aunque no reconocen la palabra. Ninguna de estas epístolas fue entregada a Curwen, aunque la desaparición de Jedediah Orne de Salem, registrada poco después, demostró que los hombres de Providence dieron ciertos pasos tranquilos. La Sociedad Histórica de Pensilvania también tiene alguna carta curiosa recibida por el Dr. Shippen sobre la presencia de un personaje insano en Filadelfia. Pero se estaban dando pasos más decisivos, y es en las asambleas secretas de marineros jurados y probados y de viejos corsarios fieles en los almacenes de Brown por la noche donde debemos buscar los principales frutos de las revelaciones de Weeden. Lenta y seguramente se estaba desarrollando un plan de campaña que no dejaría rastro de los nocivos misterios de Joseph Curwen. Curwen, a pesar de todas las precauciones, aparentemente sintió que algo estaba en el viento; porque ahora se observó que llevaba una mirada inusualmente preocupada. Su carruaje era visto a todas horas en la ciudad y en la carretera de Pawtuxet, y poco a poco fue perdiendo el aire de forzada genialidad con el que últimamente había tratado de combatir los prejuicios de la ciudad. Los vecinos más cercanos a su granja, los Fenner, observaron una noche un gran rayo de luz que salía disparado hacia el cielo desde alguna abertura en el tejado de aquel críptico edificio de piedra con ventanas altas y excesivamente estrechas; un acontecimiento que comunicaron rápidamente a John Brown en Providence. El señor Brown se había convertido en el líder ejecutivo del selecto grupo empeñado en la extirpación de Curwen, y había informado a los Fenner de que se iba a tomar alguna medida. Esto lo consideró necesario debido a la imposibilidad de que no presenciaran la incursión final; y explicó su proceder diciendo que se sabía que Curwen era un espía de los oficiales de aduanas de Newport, contra quien se levantaba abierta o clandestinamente la mano de todos los cargadores, comerciantes y agricultores de Providence. No es seguro que los vecinos, que habían visto tantas cosas extrañas, creyeran del todo el ardid, pero en cualquier caso los Fenner estaban dispuestos a relacionar cualquier mal con un hombre de costumbres tan extrañas. El señor Brown les había encomendado la tarea de vigilar la granja de los Curwen y de informar regularmente de todos los incidentes que allí ocurrieran. La probabilidad de que Curwen estuviera en guardia e intentara cosas inusuales, como sugería el extraño rayo de luz, precipitó al fin la acción tan cuidadosamente ideada por la banda de ciudadanos serios. Según el diario de Smith, una compañía de unos cien hombres se reunió a las diez de la noche del viernes 12 de abril de 1771, en la gran sala de la taberna de Thurston, en la señal del León de Oro, en Weybosset Point, al otro lado del puente. Del grupo guía de hombres prominentes, además del líder, John Brown, estaban presentes el Dr. Bowen, con su maletín de instrumentos quirúrgicos, el Presidente Manning sin la gran peluca (la más grande de las Colonias) por la que se destacaba, el Gobernador Hopkins, envuelto en su capa oscura y acompañado por su hermano marinero Eseh, a quien había iniciado en el último momento con el permiso del resto, John Carter, el Capitán Mathewson y el Capitán Whipple, quien iba a liderar el grupo de asalto real. Estos jefes conferenciaron aparte en una cámara trasera, tras lo cual el capitán Whipple salió a la gran sala y dio a los marineros reunidos sus últimos juramentos e instrucciones. Eleazer Smith estaba con los líderes mientras estaban sentados en el departamento trasero esperando la llegada de Ezra Weeden, cuyo deber era seguir la pista de Curwen e informar de la salida de su carruaje hacia la granja. Alrededor de las diez y media se oyó un fuerte estruendo en el Gran Puente, seguido por el sonido de un carruaje en la calle de afuera; y a esa hora no hubo necesidad de esperar a Weeden para saber que el condenado había partido para su última noche de hechicería no consagrada. Un momento más tarde, cuando el carruaje que se alejaba pasaba débilmente por el puente de Muddy Dock, apareció Weeden; y los asaltantes se pusieron silenciosamente en orden militar en la calle, llevando al hombro los fusiles, las piezas de caza o los arpones de ballena que llevaban consigo. Weeden y Smith estaban con el grupo, y de los ciudadanos deliberantes estaban presentes para el servicio activo el Capitán Whipple, el líder, el Capitán Eseh Hopkins, John Carter, el Presidente Manning, el Capitán Mathewson, y el Dr. Bowen; junto con Moses Brown, que había llegado a última hora aunque ausente de la sesión preliminar en la taberna. Todos estos hombres libres y su centenar de marineros iniciaron la larga marcha sin demora, sombríos y un poco aprensivos mientras dejaban atrás el Muddy Dock y subían la suave subida de Broad Street hacia el camino de Pawtuxet. Justo después de la iglesia del anciano Snow, algunos de los hombres se volvieron para echar una mirada de despedida a Providence, que se extendía bajo las primeras

estrellas de la primavera. Los campanarios y los frontones se alzaban oscuros y bien formados, y la brisa salina subía suavemente desde la cala al norte del puente. Vega subía por encima de la gran colina al otro lado del agua, cuya cresta de árboles estaba interrumpida por la línea del tejado del edificio inacabado del Colegio. Al pie de aquella colina y a lo largo de las estrechas callejuelas de su ladera soñaba la vieja ciudad; la vieja Providencia, por cuya seguridad y cordura estaba a punto de ser aniquilada tan monstruosa y colosal blasfemia. Una hora y cuarto más tarde, los asaltantes llegaron, como habían acordado previamente, a la granja de Fenner, donde escucharon un último informe sobre su pretendida víctima. Había llegado a su granja más de media hora antes, y la extraña luz se había disparado poco después hacia el cielo, pero no había luces en ninguna ventana visible. Este era siempre el caso de los últimos tiempos. Mientras se daba esta noticia, surgió otro gran resplandor hacia el sur, y el grupo se dio cuenta de que, efectivamente, se habían acercado al escenario de las asombrosas y antinaturales maravillas. El capitán Whipple ordenó ahora a sus fuerzas que se separaran en tres divisiones: una de veinte hombres, al mando de Eleazer Smith, para atacar la costa y vigilar el lugar de desembarco contra posibles refuerzos para Curwen, hasta que un mensajero los llamara para un servicio desesperado; una segunda de veinte hombres, al mando del capitán Eseh Hopkins, para bajar al valle del río, detrás de la granja de Curwen, y demoler con hachas o pólvora la puerta de roble en la alta y empinada orilla; y la tercera para acercarse a la casa y a los edificios adyacentes. De esta división, un tercio debía ser conducido por el capitán Mathewson hasta el críptico edificio de piedra con altas y estrechas ventanas, otro tercio debía seguir al propio capitán Whipple hasta la granja principal, y el tercio restante debía conservar un círculo alrededor de todo el grupo de edificios hasta que fuera llamado por una última señal de emergencia. El grupo del río rompería la puerta de la ladera al sonido de un solo silbido, esperando y capturando cualquier cosa que pudiera salir de las regiones del interior. Al sonido de dos silbidos, avanzaría a través de la abertura para oponerse al enemigo o unirse al resto del contingente de asalto. El grupo en el edificio de piedra aceptaba estas señales respectivas de manera análoga, forzando la entrada a la primera, y a la segunda descendiendo por cualquier pasaje en el suelo que se descubriera, y uniéndose a la guerra general o focal que se esperaba que tuviera lugar dentro de las cavernas. Una tercera señal de emergencia de tres ráfagas convocaría a la reserva inmediata de su deber de guardia general; sus veinte hombres se dividirían en partes iguales y entrarían en las profundidades desconocidas a través de la granja y el edificio de piedra. La creencia del capitán Whipple en la existencia de las catacumbas era absoluta, y no tuvo en cuenta ninguna alternativa a la hora de hacer sus planes. Llevaba consigo un silbato de gran potencia y estridencia y no temía ninguna alteración o malentendido de las señales. La reserva final en el desembarco, por supuesto, estaba casi fuera del alcance del silbato, por lo que requeriría un mensajero especial si se necesitaba ayuda. Moses Brown y John Carter fueron con el capitán Hopkins a la orilla del río, mientras que el presidente Manning fue destinado con el capitán Mathewson al edificio de piedra. El Dr. Bowen, con Ezra Weeden, permaneció en el grupo del Capitán Whipple que debía asaltar la granja. El ataque debía comenzar tan pronto como un mensajero del capitán Hopkins se reuniera con el capitán Whipple para notificarle que el grupo del río estaba preparado. El jefe daría entonces el fuerte golpe de mano, y las distintas avanzadillas comenzarían su ataque simultáneo en tres puntos. Poco antes de la una de la madrugada, las tres divisiones salieron de la granja Fenner; una para vigilar el desembarco, otra para buscar el valle del río y la puerta de la ladera, y la tercera para subdividir y atender los edificios actuales de la granja Curwen. Eleazer Smith, que acompañaba al grupo de vigilancia de la orilla, recoge en su diario una marcha sin incidentes y una larga espera en el acantilado de la bahía; interrumpida una vez por lo que parecía ser el sonido distante del silbato de señales y otra vez por una peculiar mezcla amortiguada de rugidos y gritos y una explosión de pólvora que parecía venir de la misma dirección. Más tarde un hombre creyó captar algunos disparos lejanos, y aún más tarde el propio Smith sintió el latido de titánicas palabras atronadoras resonando en el aire superior. Fue justo antes del amanecer cuando apareció un mensajero demacrado, con ojos desorbitados y un espantoso olor desconocido en su ropa, y dijo al destacamento que se dispersara tranquilamente hacia sus casas y que nunca más pensara o hablara de los hechos de la noche o de aquel que había sido Joseph Curwen. Algo en el porte del mensajero transmitía una convicción que sus meras palabras nunca podrían haber transmitido; porque aunque era un marinero conocido por muchos de ellos, había algo oscuramente perdido o ganado en su alma que lo diferenciaba para siempre. Lo mismo ocurrió más tarde, cuando se encontraron con otros viejos compañeros que habían entrado en aquella zona de horror. La mayoría de ellos había perdido o ganado algo imponderable e indescriptible. Habían visto u oído o sentido algo que no era para las criaturas humanas, y no podían olvidarlo. De ellos nunca hubo chismes, pues hasta el más común de los instintos mortales tiene terribles límites. Y de ese único mensajero el grupo en la orilla captó un temor sin nombre que casi selló sus propios labios. Muy pocos son los rumores que salieron de alguno de ellos, y el diario de Eleazer Smith es el único registro escrito que ha sobrevivido de toda aquella expedición que partió del Signo del León de Oro bajo las Estrellas. Sin embargo, Charles Ward descubrió otro vago dato en una correspondencia de los Fenner que encontró en New London, donde sabía que había vivido otra rama de la familia. Parece ser que los Fenner, desde cuya casa se veía a lo lejos la granja condenada, habían observado las columnas de asaltantes que se alejaban, y habían oído muy claramente los ladridos furiosos de los perros de Curwen, seguidos de la primera explosión estridente que precipitó el ataque. El primer estallido había sido seguido por una repetición del gran rayo de luz del edificio de piedra, y en otro momento, después de un rápido sonido de la segunda señal que ordenaba una invasión general, había llegado un tenue murmullo de mosquetes seguido por un horrible grito rugiente que el corresponsal, Luke Fenner, había representado en su epístola con los caracteres "WaaaahrrrrR'waaahrrr". Este grito, sin embargo, poseía una cualidad que ninguna mera escritura podía transmitir, y el corresponsal menciona que su madre se desmayó completamente al oírlo. Más tarde se repitió con menos fuerza, y se produjeron más evidencias de disparos, aunque más apagados, junto con una fuerte explosión de pólvora en dirección al río. Aproximadamente una hora después, todos los perros empezaron a ladrar de forma espantosa, y se produjeron vagos estruendos en el suelo tan marcados que los candelabros se tambaleaban sobre la repisa de la chimenea. Se percibió un fuerte olor a azufre; y el padre de Luke Fenner declaró haber oído la tercera señal de silbido o de emergencia, aunque los demás no la detectaron. Volvió a sonar un silbido

sordo de mosquetes, seguido de un grito profundo, pero aún más horrible que los que habían precedido; una especie de tos o gorgoteo gutural, asquerosamente plástico, cuya calidad de grito debía provenir más de su continuidad e importancia psicológica que de su valor acústico real. Entonces la cosa en llamas irrumpió en un punto donde debía estar la granja de Curwen, y se oyeron los gritos humanos de hombres desesperados y asustados. Los mosquetes brillaron y chasquearon, y la cosa en llamas cayó al suelo. Apareció una segunda cosa en llamas, y se distinguió claramente un grito de llanto humano. Fenner escribió que incluso pudo recoger algunas palabras eructadas en el frenesí: "¡Todopoderoso, protege a tu cordero!" Luego hubo más disparos, y la segunda cosa en llamas cayó. Después vino el silencio durante unos tres cuartos de hora; al cabo de los cuales el pequeño Arthur Fenner, hermano de Luke, exclamó que vio "una niebla roja" que subía hacia las estrellas desde la granja maldita en la distancia. Nadie más que el niño puede atestiguar esto, pero Luke admite la significativa coincidencia implícita en el pánico del susto casi convulsivo que en el mismo momento arqueó los lomos y endureció el pelaje de los tres gatos que estaban entonces dentro de la habitación. Cinco minutos después se levantó un viento helado, y el aire se impregnó de un hedor tan intolerable que sólo la fuerte frescura del mar podría haber impedido que lo percibieran el grupo de la orilla o cualquier alma despierta del pueblo de Pawtuxet. Este hedor no era nada que ninguno de los Fenner hubiera encontrado antes, y producía una especie de miedo amorfo y atenzador que iba más allá de la tumba o el osario. A continuación, llegó la horrible voz que ningún desventurado oyente podrá olvidar jamás. Tronó desde el cielo como una condena, y las ventanas se movieron cuando sus ecos se desvanecieron. Era profunda y musical; poderosa como un órgano de metal, pero malvada como los libros prohibidos de los árabes. Nadie puede decir lo que decía, porque hablaba en una lengua desconocida, pero ésta es la escritura que Luke Fenner estableció para describir las entonaciones demoníacas: "DEESMEES-JESHET-BONEDOSEFEDUVEEMA-ENTTEMOSS". Hasta el año 1919 ningún alma relacionó esta transcripción con nada más del conocimiento mortal, pero Charles Ward palideció al reconocer lo que Mirandola había denunciado con escalofríos como el último horror entre los conjuros de la magia negra. Un grito inconfundiblemente humano o un grito profundo pareció responder a esta maravilla maligna procedente de la granja Curwen, tras lo cual el hedor desconocido se hizo más complejo con un olor añadido igualmente intolerable. Ahora estalló un lamento claramente distinto del grito, que se prolongó ululantemente en paroxismos ascendentes y descendentes. A veces se volvía casi articulado, aunque ningún auditor podía encontrar palabras definidas; y en un momento dado parecía rozar los límites de la risa diabólica e histérica. Luego, un grito de espanto total y de locura absoluta salió de decenas de gargantas humanas; un grito que llegó con fuerza y claridad a pesar de la profundidad de la que debió brotar; después, la oscuridad y el silencio lo dominaron todo. Espirales de humo acre ascendieron hasta borrar las estrellas, aunque no aparecieron llamas, y no se observaron edificios desaparecidos o heridos al día siguiente. Hacia el amanecer, dos asustados mensajeros con olores monstruosos e insólitos saturando sus ropas llamaron a la puerta de los Fenner y pidieron un barril de ron por el que pagaron muy bien. Uno de ellos dijo a la familia que el asunto de Joseph Curwen había terminado, y que los acontecimientos de la noche no debían volver a mencionarse. Por muy arrogante que pareciera la orden, el aspecto de quien la dio le quitó todo resentimiento y le dio una autoridad temible; de modo que sólo quedan estas cartas furtivas de Luke Fenner, que instó a su pariente de Connecticut a destruir, para contar lo que se vio y oyó. El incumplimiento de ese pariente, por el cual las cartas se salvaron después de todo, es lo único que ha evitado que el asunto caiga en un olvido misericordioso. Charles Ward tenía un detalle que añadir como resultado de una larga búsqueda de tradiciones ancestrales entre los residentes de Pawtuxet. El viejo Charles Slocum, de ese pueblo, dijo que su abuelo conocía un extraño rumor sobre un cuerpo carbonizado y deformado que se encontró en los campos una semana después de que se anunciara la muerte de Joseph Curwen. Lo que mantenía vivo el rumor era la noción de que este cuerpo, por lo que se podía ver en su estado quemado y retorcido, no era completamente humano ni estaba totalmente relacionado con ningún animal que la gente de Pawtuxet hubiera visto o leído alguna vez. Ningún hombre que haya participado en esa terrible incursión ha podido ser inducido a decir una palabra al respecto, y todos los fragmentos de los vagos datos que sobreviven provienen de aquellos que están fuera del grupo de combate final. Hay algo espantoso en el cuidado con el que estos verdaderos asaltantes destruyeron los trozos que tenían la menor alusión al asunto. Ocho marineros fueron asesinados, pero aunque no se presentaron sus cuerpos, sus familias se conformaron con la declaración de que se había producido un enfrentamiento con los funcionarios de aduanas. La misma declaración cubría también los numerosos casos de heridas, todas ellas extensamente vendadas y tratadas únicamente por el Dr. Jabez Bowen, que había acompañado a la parada. Lo más difícil de explicar era el olor sin nombre que desprendían todos los asaltantes, algo de lo que se habló durante semanas. De los líderes ciudadanos, el capitán Whipple y Moses Brown fueron los más gravemente heridos, y las cartas de sus esposas atestiguan el desconcierto que produjo su reticencia y la estrecha vigilancia de sus vendajes. Psicológicamente, todos los participantes estaban envejecidos, sobrios y sacudidos. Es una suerte que todos fueran hombres fuertes de acción y religiosos sencillos y ortodoxos, porque con una introspección más sutil y una complejidad mental les habría ido realmente mal. El presidente Manning era el más perturbado; pero incluso él superó la sombra más oscura, y sofocó los recuerdos en oraciones. Cada uno de esos líderes tuvo un papel conmovedor, en años posteriores, y tal vez sea una suerte que así sea. Poco más de un mes después, el capitán Whipple encabezó la turba que quemó el barco de rentas Gaspee, y en este acto audaz podemos rastrear un paso en el borrado de las imágenes malsanas. Se entregó a la viuda de Joseph Curwen un ataúd de plomo sellado de curioso diseño, que obviamente se encontraba listo en el lugar cuando se necesitaba, en el que se le dijo que yacía el cuerpo de su marido. Se le explicó que había muerto en una batalla aduanera de la que no era político dar detalles. Más que esto, ninguna lengua habló del fin de Joseph Curwen, y Charles Ward sólo tenía un único indicio con el que construir una teoría. Este indicio era el mero hilo, un tembloroso subrayado de un pasaje de la carta confiscada de Jediah Orne a Curwen, copiada en parte con la letra de Ezra Weeden. La copia fue encontrada en posesión de los descendientes de Smith; y nos queda por decidir si Weeden se la dio a su compañero después del final, como una pista muda de la anomalía que había ocurrido, o si, como es más probable, Smith la tenía antes, y añadió el subrayado él mismo a partir de lo que había logrado extraer de su amigo mediante astutas

conjeturas y hábiles preguntas cruzadas. El pasaje subrayado es simplemente este: Vuelvo a decirte que no invoques a nadie que no puedas derribar, con lo que quiero decir que cualquiera puede a su vez invocar algo contra ti, por lo que tus más poderosos dispositivos no pueden ser de utilidad. Pide al menor, no sea que el mayor no quiera responder y mande más que tú. A la luz de este pasaje, y reflexionando sobre los perdidos e innumerables aliados que un hombre vencido podría intentar convocar en su más grave extremo, Charles Ward bien podría haberse preguntado si algún ciudadano de Providence mató a Joseph Curwen. La deliberada eliminación de todo recuerdo del muerto de la vida y los anales de Providence se vio enormemente favorecida por la influencia de los líderes de la incursión. Al principio no habían querido ser tan minuciosos, y habían permitido que la viuda, su padre y su hijo permanecieran en la ignorancia de las verdaderas condiciones; pero el capitán Tillinghast era un hombre astuto, y pronto descubrió suficientes rumores para avivar su horror y hacer que exigiera que su hija y su nieta cambiaran su nombre, quemaran la biblioteca y todos los papeles restantes, y cincelaran la inscripción de la losa de pizarra sobre la tumba de Joseph Curwen. Conocía bien al capitán Whipple, y probablemente extrajo de aquel marino fanfarrón más pistas de las que jamás obtuvo nadie sobre el final del hechicero maldito. A partir de ese momento, la eliminación de la memoria de Curwen se hizo cada vez más rígida, extendiéndose por fin, de común acuerdo, incluso a los registros de la ciudad y a los archivos de la Gaceta. Sólo puede compararse en espíritu con el silencio que se impuso sobre el nombre de Oscar Wilde durante una década después de su desgracia, y en extensión sólo con el destino de ese pecador rey de Runagur en el cuento de Lord Dunsany, que los dioses decidieron que no sólo debía dejar de ser, sino que debía dejar de haber sido. La señora Tillinghast, como se conoció a la viuda después de 1772, vendió la casa de Olney Court y residió con su padre en Power's Lane hasta su muerte en 1817. La granja de Pawtuxet, rechazada por todas las almas vivas, permaneció enmohecida a lo largo de los años, y parecía deteriorarse con una rapidez inexplicable. En 1780 sólo quedaban en pie la piedra y los ladrillos, y en incluso éstos se habían convertido en montones sin forma. Nadie se aventuró a penetrar en los enmarañados arbustos de la ribera del río tras los cuales pudo estar la puerta de la ladera, ni intentó enmarcar una imagen definida de las escenas en las que Joseph Curwen partió de los horrores que había provocado. Sólo el viejo y robusto capitán Whipple fue escuchado por los oyentes alertas murmurar de vez en cuando para sí mismo, "Pox on that--", pero no tenía por qué reírse mientras gritaba. Era como si el maldito... tuviera algo bajo la manga. Por media corona quemaría su casa".

Charles Ward, como hemos visto, se enteró por primera vez en 1918 de su ascendencia de Joseph Curwen. No es de extrañar que de inmediato se interesara intensamente por todo lo relacionado con el antiguo misterio, ya que cada vago rumor que había oído sobre Curwen se convertía ahora en algo vital para él, en quien fluía la sangre de Curwen. Ningún genealogista animado e imaginativo podría haber hecho otra cosa que comenzar inmediatamente una ávida y sistemática recopilación de datos sobre Curwen. En sus primeras indagaciones no hubo el menor intento de mantener el secreto, de modo que incluso el Dr. Lyman duda en fechar la locura del joven en cualquier período anterior a finales de 1919. Habló libremente con su familia -aunque a su madre no le hacía mucha gracia tener un antepasado como Curwen- y con los funcionarios de los distintos museos y bibliotecas que visitó. Al solicitar a las familias privadas los registros que se creía que estaban en su poder, no ocultó su objetivo, y compartió el escepticismo algo divertido con el que se consideraban los relatos de los antiguos diaristas y escritores de cartas. A menudo se preguntaba qué había ocurrido realmente un siglo y medio antes en aquella granja de Pawtuxet, cuyo emplazamiento intentaba encontrar en vano, y qué había sido realmente Joseph Curwen. Cuando dio con el diario y los archivos de Smith y encontró la carta de Jedediah Orne, decidió visitar Salem y buscar las primeras actividades y conexiones de Curwen allí, lo que hizo durante las vacaciones de Semana Santa de 1919. En el Instituto Essex, que conocía bien por sus anteriores estancias en la vieja y glamurosa ciudad de los frontones puritanos en ruinas y de los tejados con vigas de madera, fue recibido muy amablemente, y allí desenterró una cantidad considerable de datos sobre Curwen. Descubrió que su antepasado había nacido en Salem-Village, ahora Danvers, a siete millas de la ciudad, el dieciocho de febrero (O.S.) de -; y que había huido al mar a la edad de quince años, no apareciendo de nuevo durante nueve años, cuando regresó con el habla, la vestimenta y los modales de un nativo inglés y se estableció en Salem. En esa época tenía poco que hacer con su familia, sino que pasaba la mayor parte de sus horas con los curiosos libros que había traído de Europa y los extraños productos químicos que le llegaban en los barcos desde Inglaterra, Francia y Holanda. Algunos de sus viajes al campo fueron objeto de muchas preguntas locales, y se asociaron susurros con vagos rumores de incendios en las colinas por la noche. Los únicos amigos íntimos de Curwen eran un tal Edward Hutchinson de Salem-Village y un tal Simon Orne de Salem. Con estos hombres se le veía a menudo en conferencias sobre el Common, y las visitas entre ellos no eran en absoluto infrecuentes. Hutchinson tenía una casa bien apartada hacia el bosque, y no era del todo del agrado de las personas sensibles debido a los sonidos que se oían allí por la noche. Se decía que recibía visitas extrañas, y las luces que se veían desde sus ventanas no eran siempre del mismo color. Los conocimientos que mostraba sobre personas muertas y acontecimientos olvidados hace mucho tiempo se consideraban claramente malsanos, y desapareció más o menos cuando empezó el pánico a la brujería, sin que se volviera a saber de él. En esa época también partió Joseph Curwen, pero pronto se supo de su asentamiento en Providence. Simon Orne vivió en Salem hasta 1720, cuando su falta de envejecimiento visible comenzó a llamar la atención. A partir de entonces desapareció, aunque treinta años más tarde su homólogo preciso y autodenominado hijo se presentó para reclamar su propiedad. La reclamación fue aceptada gracias a los documentos de la mano conocida de Simon Orne, y Jedediah Orne continuó viviendo en Salem hasta 1771, cuando ciertas cartas de ciudadanos de Providence dirigidas al reverendo Thomas Barnard y a otras personas provocaron su tranquilo traslado a lugares desconocidos. Ciertos documentos de y sobre todos estos extraños asuntos estaban disponibles en el Instituto de Essex, el Palacio de Justicia y el Registro de Escrituras, e incluían tanto lugares comunes inofensivos, como títulos de propiedad y facturas de venta, como fragmentos furtivos de naturaleza más provocativa. Hubo cuatro o cinco alusiones inequívocas a ellos en las actas de los juicios por brujería; como cuando una tal Hepzibah Lawson juró el de julio de , ante el Tribunal de Oyer y Terminen bajo el mando del juez Hathorne, que "cuarenta brujas y el hombre negro solían reunirse en el bosque detrás de la casa de Mr. Hutchinson", y un tal Amity How declaró en una sesión del 8 de agosto ante el juez Gedney que "el Sr. C. B. (George Burroughs) esa noche puso el Divell su Marke sobre Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C. y Deborah B." Luego había un catálogo de la extraña biblioteca de Hutchinson, tal como se encontró después de su desaparición, y un manuscrito inacabado con su letra, redactado en una clave que nadie podía leer. Ward mandó hacer una copia fotostática de este manuscrito y empezó a trabajar en la clave de forma casual en cuanto se la entregaron. A partir del mes de agosto siguiente, su trabajo se volvió intenso y febril, y hay razones para creer, por su discurso y su conducta, que dio con la clave antes de octubre o noviembre. Sin embargo, nunca dijo si había tenido éxito o no. Pero el mayor interés inmediato era el material de Orne. Ward tardó poco tiempo en demostrar, por la identidad de la caligrafía, algo que ya consideraba establecido por el texto de la carta a Curwen, a saber, que Simon Orne y su supuesto hijo eran la misma persona. Como Orne había dicho a su corresponsal, no era seguro vivir demasiado tiempo en Salem, por lo que recurrió a una estancia de treinta años a bordo, y no volvió a reclamar sus tierras sino como representante de una nueva generación. Al parecer, Orne había tenido cuidado de destruir la mayor parte de su correspondencia, pero los ciudadanos que actuaron en 1771 encontraron y conservaron unas cuantas cartas y papeles que despertaron su asombro. Había fórmulas y diagramas crípticos en sus manos y en las de otros, que Ward ahora copió con cuidado o hizo fotografiar, y una carta extremadamente misteriosa en una quirografía que el buscador reconoció por los elementos del Registro de Escrituras como positivamente de Joseph Curwen. Esta carta de Curwen, aunque sin fecha en cuanto al año, evidentemente no era la que Orne había escrito en respuesta a la misiva confiscada; y por pruebas internas Ward la situó no mucho más tarde de 1750. No está de más dar el texto completo, como muestra del estilo de alguien cuya historia fue tan oscura y terrible. El destinatario se dirige a él como "Simón", pero una línea (si fue dibujada por Curwen u Orne, Ward no podría decirlo) atraviesa la palabra. Providence, de 1 mayo Hermano:- Mi honorable y antiguo amigo, mis respetos y mis más sinceros deseos a quien servimos por su eterno poder. Acabo de llegar a lo que deberíais saber, en relación con el asunto de la Extremista y lo que hay que hacer al respecto. No estoy dispuesto a seguirlos en la marcha a causa de mis años, pues Providence no tiene la agudeza de la Bahía para cazar cosas poco comunes y llevarlas a juicio. Estoy atado a los barcos y a los bienes, y no podría hacer lo que tú has hecho, además de lo que tiene mi granja

en Patuxet, que tú conoces, y que no estoy desprovisto de fortuna, como he dicho, y he trabajado durante mucho tiempo en la manera de conseguir a Backe después de vuestra pérdida. Anoche me puse a pensar en las palabras que dan lugar a YOGGE-SOTHOTHE, y vi por primera vez la cara de la que hablaba Ibn Schacabac en Y se dice que el III Salmo del Liber-Damnato sostiene la clavícula. Con el Sol en la Casa V, Saturno en el Trino, dibujar el Pentagrama de Fuego, y decir el noveno verso tres veces. Este verso se repite cada Roodema y cada Noche de Brujas, y la cosa se desarrollará en las esferas exteriores. Y de la Semilla de Antaño nacerá uno que mirará hacia atrás, aunque no sepa lo que busca. Esto no esperará nada si no hay heredero, y si las sales, o la manera de hacerlas, no están listas para sus manos. Y aquí debo decir que no he tomado los pasos necesarios ni he encontrado mucho. El proceso es muy difícil de llevar a cabo, y consume tal cantidad de especímenes, que me resulta difícil conseguir lo suficiente, a pesar de los marineros que tengo en las Indias. La gente de los alrededores se ha vuelto curiosa, pero puedo evitarla. Vosotros, la nobleza, sois peores que la población, pues sois más circunstanciales en vuestras cuentas y más creíbles en lo que cuentan. Ese párroco y el Sr. Merritt han hablado un poco, me temo, pero nada es tan peligroso. La sustancia química es fácil de conseguir, hay dos buenos químicos en la ciudad, el Dr. Bowen y Sam Carew. Sigo lo que dice Borellus, y he ayudado a Abdool AlHazred en su libro VII. Booke. Todo lo que consiga, lo tendréis. Y entretanto, no dejéis de hacer uso de las palabras que he dado aquí. Yo las tengo bien, pero si queréis verle, utilizad la escritura en el trozo de ----- que he puesto en este paquete. Rezad los versos todos los días de fiesta y vísperas de San Valentín, y si no se os agota la línea, en los años venideros habrá alguien que se acordará y utilizará las sales o el material para las sales que le dejéis. Job XIV. XIV. Me alegro de que estéis de nuevo en Salem, y espero no tardar en veros. Tengo un buen semental, y estoy pensando en conseguir un carruaje, ya que hay uno (el del Sr. Merritt) en Providence, aunque las rutas son malas. Si estáis dispuestos a viajar, no paséis de mí. Desde Boston, tomad la ruta del correo, pasando por Dedham, Wrentham y Attleborough, donde hay buenas tabernas. Deténgase en la casa del Sr. Bolcom en Wrentham, donde las camas son más finas que las del Sr. Hatch, pero coma en la otra casa porque su cocina es mejor. Vuelva a Providence por las cataratas de Patucket, y pase por la taberna del Sr. Sayles. Mi casa está enfrente del Sr. Epenetus Olney. La taberna del Sr. Epenetus Olney en la calle Towne, en el lado norte de Olney's Court. La distancia desde la tienda de Boston es de unas XLIV millas. Señor, soy su viejo y verdadero amigo y servidor. en AlmonsinMetraton. Josephus C. Para el Sr. Simon Orne, William's-Lane, en Salem. Esta carta, curiosamente, fue la primera que dio a Ward la ubicación exacta de la casa de Curwen en Providence, ya que ninguno de los registros encontrados hasta entonces había sido en absoluto específico. El descubrimiento fue doblemente llamativo porque indicaba como la casa de Curwen más nueva, construida en 1761 en el lugar de la antigua, un edificio ruinoso que todavía estaba en pie en Olney Court y que Ward conocía bien en sus paseos anticuarios por Stampers Hill. El lugar estaba, de hecho, a sólo unas pocas cuerdas de su propia casa en el terreno más alto de la gran colina, y ahora era la morada de una familia de negros muy apreciada por sus servicios ocasionales de lavado, limpieza de la casa y cuidado del horno. Encontrar, en la lejana Salem, una prueba tan repentina de la importancia de esta colonia familiar en la historia de su propia familia fue algo muy impresionante para Ward, y decidió explorar el lugar inmediatamente después de su regreso. Las fases más místicas de la carta, que él tomó como algún tipo de simbolismo extravagante, lo desconcertaron francamente; aunque notó con un estremecimiento de curiosidad que el pasaje bíblico al que se refería -Job 14, 14, - era el verso familiar, "Si un hombre muere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi tiempo señalado esperaré, hasta que llegue mi cambio". El joven Ward volvió a casa en un estado de agradable excitación, y pasó el sábado siguiente en un largo y exhaustivo estudio de la casa de Olney Court. El lugar, que ahora se desmoronaba por el paso del tiempo, nunca había sido una mansión, sino que era una modesta casa de madera de dos plantas y media del conocido tipo colonial de Providence, con un tejado de picos, una gran chimenea central y una puerta artísticamente tallada con una luz de abanico rayada, un frontón triangular y pilastras dóricas. Había sufrido pocas alteraciones externas y Ward sintió que estaba contemplando algo muy cercano a los asuntos siniestros de su búsqueda. Conocía a los actuales habitantes negros y el viejo Asa y su robusta esposa Hannah le mostraron el interior con mucha cortesía. Aquí había más cambios de los que indicaba el exterior, y Ward vio con pesar que la mitad de las bellas molduras de pergamino y de arco y los revestimientos de los armarios tallados en forma de concha habían desaparecido, mientras que gran parte de los finos revestimientos de madera y de las molduras de los pergaminos estaban marcados, cortados y desportillados, o cubiertos por completo con papel de pared barato. En general, la inspección no aportó tanto como Ward había esperado; pero al menos era emocionante estar dentro de los muros ancestrales que habían albergado a un hombre de horror como Joseph Curwen. Vio con emoción que un monograma había sido borrado cuidadosamente de la antigua aldaba de latón. Desde entonces y hasta después del cierre de la escuela, Ward dedicó su tiempo a la copia fotostática del cifrado de Hutchinson y a la acumulación de datos locales de Curwen. Lo primero seguía resultando inflexible; pero de lo segundo obtuvo tanto, y tantas pistas sobre datos similares en otros lugares, que estuvo dispuesto a hacer un viaje a Nueva Londres y Nueva York para consultar cartas antiguas cuya presencia en esos lugares estaba indicada. Este viaje fue muy fructífero, pues le trajo las cartas de Fenner con su terrible descripción del asalto a la granja de Pawtuxet, y las cartas de Nightingale-Talbot en las que se enteró del retrato pintado en un panel de la biblioteca de Curwen. El asunto del retrato le interesaba especialmente, ya que habría dado mucho por saber qué aspecto tenía Joseph Curwen; y decidió hacer una segunda búsqueda en la casa de Olney Court para ver si no había algún rastro de los antiguos rasgos bajo las descascarilladas capas de pintura posterior o las capas de papel de pared enmohecido. A principios de agosto se llevó a cabo esa búsqueda, y Ward repasó cuidadosamente los lamentos de todas las habitaciones lo suficientemente grandes como para haber sido, de alguna manera, la biblioteca del malvado constructor. Prestó especial atención a los grandes paneles de las sobremantelas que aún quedaban; y se entusiasmó mucho después de una hora, cuando, en una amplia zona sobre la chimenea de una espaciosa habitación de la planta baja, se cercioró de que la superficie que había salido a la luz por el desprendimiento de varias capas de pintura era sensiblemente más oscura de lo que podría haber sido cualquier pintura interior ordinaria o la madera que había debajo. Unas cuantas pruebas más con un cuchillo fino y

supo que había dado con un retrato al óleo de gran extensión. Con una comprensión verdaderamente erudita, el joven no se arriesgó a los daños que podría haber provocado un intento inmediato de descubrir el cuadro oculto con el cuchillo, sino que se limitó a retirarse del lugar de su descubrimiento para solicitar la ayuda de un experto. En tres días regresó con un artista de larga experiencia, el señor Walter Dwight, cuyo estudio está cerca del pie de College Hill; y ese consumado restaurador de cuadros se puso a trabajar de inmediato con métodos adecuados y sustancias químicas. El viejo Asa y su esposa se entusiasmaron con sus extraños visitantes, y fueron debidamente recompensados por esta invasión de su hogar. A medida que el trabajo de restauración avanzaba día a día, Charles Ward observaba con creciente interés las líneas y sombras que se iban desvelando tras su largo olvido. Dwight había comenzado por la parte inferior; por lo tanto, como el cuadro era de tres cuartos, el rostro no salió durante algún tiempo. Entretanto, se vio que el sujeto era un hombre sobrio y bien formado, con abrigo azul oscuro, chaleco bordado, ropa interior de raso negro y medias de seda blancas, sentado en una silla tallada sobre el fondo de una ventana con muelles y barcos más allá. Cuando salió la cabeza, se observó que llevaba una pulcra peluca de Albemarle y que poseía un rostro delgado, tranquilo y poco distinguido que, de alguna manera, les resultaba familiar tanto a Ward como al artista. Sin embargo, sólo al final, el restaurador y su cliente empezaron a jadear de asombro ante los detalles de aquel rostro delgado y pálido, y a reconocer con un poco de asombro el truco dramático que había jugado la herencia. Porque fue necesario el último baño de aceite y el último golpe del delicado raspador para sacar a la luz la expresión que los siglos habían ocultado; y para enfrentar al desconcertado Charles Dexter Ward, habitante del pasado, con sus propios rasgos vivos en el rostro de su horrible tatarabuelo. Ward trajo a sus padres para que vieran la maravilla que había descubierto, y su padre determinó de inmediato la compra del cuadro a pesar de su ejecución en paneles estacionarios. El parecido con el muchacho, a pesar de una apariencia de edad bastante mayor, era maravilloso; y se podía ver que por algún atavismo trucado los contornos físicos de Joseph Curwen habían encontrado una duplicación precisa después de un siglo y medio. El parecido de la señora Ward con su antepasado no era en absoluto marcado, aunque podía recordar a parientes que tenían algunas de las características faciales compartidas por su hijo y por el antiguo Curwen. No le gustó el descubrimiento, y le dijo a su marido que era mejor que quemara el cuadro en lugar de llevarlo a casa. Afirmó que había algo malsano en él, no sólo por su naturaleza, sino por su propio parecido con Charles. El señor Ward, sin embargo, era un hombre práctico, con poder y asuntos, un fabricante de algodón con extensas fábricas en Riverpoint, en el valle de Pawtuxet, y no era de los que escuchaban los escrúpulos femeninos. El cuadro le impresionó poderosamente por su parecido con su hijo, y creyó que el niño lo merecía como regalo. No hace falta decir que Charles estaba de acuerdo con esta opinión, y unos días más tarde el señor Ward localizó al propietario de la casa y a una persona de aspecto rojizo y acento gutural, y obtuvo toda la repisa y el sobremantel con el cuadro a un precio fijado con brusquedad que cortó el inminente torrente de regateo untuoso. Ahora quedaba quitar el revestimiento y llevarlo a la casa de los Ward, donde se tomaron medidas para restaurarlo a fondo e instalarlo con una chimenea eléctrica o falsa en la biblioteca del tercer piso de Charles. Charles se encargó de supervisar el traslado, y el 28 de agosto acompañó a dos expertos obreros de la empresa de decoración Crooker a la casa de Olney Court, donde se desmontaron con gran cuidado y precisión el manto y el sobremantel con retratos para transportarlos en el camión de la empresa. Se dejó un espacio de ladrillos expuestos que marcaba el recorrido de la chimenea, y en él el joven Ward observó un hueco cúbico de unos treinta centímetros cuadrados, que debía estar directamente detrás de la cabeza del retrato. Con la curiosidad de saber qué podía significar o contener aquel espacio, el joven se acercó y miró en su interior, encontrando bajo la profunda capa de polvo y hollín algunos papeles amarillentos sueltos, un grueso y tosco cuaderno de notas y unos pocos jirones de tela enmohecida que podrían haber formado la cinta que unía el resto. Quitando la mayor parte de la suciedad y las cenizas, cogió el libro y miró la audaz inscripción de su portada. Estaba escrita con una letra que había aprendido a reconocer en el Instituto Essex, y proclamaba que el volumen era el "Diario y notas de Jos. Curwen, caballero, de Providence-Plantations, últimamente de Salem". Excitado por su descubrimiento, Ward mostró el libro a los dos curiosos que estaban a su lado. Su testimonio es absoluto en cuanto a la naturaleza y autenticidad del hallazgo, y el Dr. Willett se basa en ellos para ayudar a establecer su teoría de que el joven no estaba loco cuando comenzó sus principales excentricidades. Todos los demás papeles eran igualmente de puño y letra de Curwen, y uno de ellos parecía especialmente portentoso por su inscripción: "Al que vendrá después, y cómo podrá llegar al tiempo y a las esferas". Otra estaba en clave; la misma, esperaba Ward, que la clave Hutchinson que hasta entonces le había desconcertado. Una tercera, y aquí el buscador se alegró, parecía ser una clave de la clave; mientras que la cuarta y la quinta estaban dirigidas respectivamente a "Edw: Hutchinson, Armiger" y "Jedediah Orne, Esq.", "o su heredero o herederos, o aquellos que los representan". El sexto y último tenía la inscripción: "Joseph Curwen, su vida y viajes entre los años 1678 y 1687: a dónde viajó, dónde se quedó, a quién vio y qué aprendió". Hemos llegado al punto en el que la escuela más académica de los alienistas data la locura de Charles Ward. Tras su descubrimiento, el joven había mirado inmediatamente algunas de las páginas interiores del libro y los manuscritos, y evidentemente había visto algo que le impresionó enormemente. De hecho, al mostrar los títulos a los obreros, pareció guardar el texto mismo con especial cuidado, y trabajar bajo una perturbación que ni siquiera la importancia anticuaria y genealógica del hallazgo podía explicar. Al regresar a su casa, dio la noticia con un aire casi avergonzado, como si quisiera transmitir una idea de su suprema importancia sin tener que exhibir la evidencia misma. Ni siquiera mostró los títulos a sus padres, sino que se limitó a decirles que había encontrado unos documentos con la letra de Joseph Curwen, "la mayoría en clave", que habría que estudiar con mucho cuidado antes de revelar su verdadero significado. Es poco probable que hubiera mostrado lo que hizo a los obreros, si no fuera por su inconfundible curiosidad. Tal como estaba, sin duda deseaba evitar cualquier muestra de reticencia peculiar que aumentara su discusión sobre el asunto. Aquella noche Charles Ward estuvo sentado en su habitación leyendo el libro y los papeles recién descubiertos, y cuando llegó el día no desistió. A petición suya, cuando su madre llamó para ver qué pasaba, le enviaron la comida; y por la tarde sólo apareció brevemente cuando los hombres fueron a instalar el cuadro de Curwen y la repisa de la chimenea en su estudio. La noche siguiente durmió a ratos en sus ropas, mientras se afanaba febrilmente en desentrañar el manuscrito

cifrado. Por la mañana, su madre vio que estaba trabajando en la copia fotostática del cifrado de Hutchinson, que ya le había enseñado con frecuencia; pero, en respuesta a su pregunta, le dijo que la clave Curwen no podía aplicarse a ella. Aquella tarde abandonó su trabajo y observó fascinado a los hombres mientras terminaban de instalar el cuadro con su carpintería por encima de un tronco eléctrico ingeniosamente realista, colocando el simulacro de chimenea y el sobremantel un poco fuera de la pared norte, como si existiera una chimenea, y encajonando sus lados con paneles a juego con los de la habitación. El panel frontal que sujetaba el cuadro fue aserrado y abatido para dejar espacio para un armario detrás de él. Cuando los obreros se marcharon, trasladó su trabajo al estudio y se sentó ante él, con los ojos medio puestos en la cifra y medio en el retrato, que le devolvía la mirada como un espejo que suma años y recuerda siglos. Sus padres, recordando posteriormente su conducta en esta época, dan detalles interesantes sobre la política de ocultación que practicaba. Ante los sirvientes rara vez escondía algún papel que pudiera estar estudiando, ya que suponía, con razón, que la intrincada y arcaica quirografía de Curwen sería demasiado para ellos. Con sus padres, sin embargo, era más circunspecto; y a menos que el manuscrito en cuestión fuera una cifra, o una mera masa de símbolos crípticos e ideogramas desconocidos (como parecía ser el titulado "A quien vendrá después, etc.") lo cubría con algún papel conveniente hasta que su interlocutor se hubiera marchado. Por la noche guardaba los papeles bajo llave en un antiguo armario suyo, donde también los colocaba cada vez que salía de la habitación. Pronto reanudó sus horarios y hábitos regulares, salvo que sus largos paseos y otros intereses externos parecieron cesar. La apertura de la escuela, donde ahora comenzaba su último año, le parecía un gran aburrimiento; y con frecuencia afirmaba su determinación de no molestarse nunca con la universidad. Tenía, decía, importantes investigaciones especiales que hacer, que le proporcionarían más vías hacia el conocimiento y las humanidades que cualquier universidad que el mundo pudiera presumir. Naturalmente, sólo alguien que siempre había sido más o menos estudioso, excéntrico y solitario podría haber seguido este curso durante muchos días sin llamar la atención. Sin embargo, Ward era un erudito y un ermitaño por naturaleza, por lo que sus padres estaban menos sorprendidos que arrepentidos por el estrecho confinamiento y el secreto que adoptó. Al mismo tiempo, tanto a su padre como a su madre les pareció extraño que no les mostrara ningún trozo de su tesoro, ni les diera cuenta de los datos que había descifrado. Él explicó esta reticencia como un deseo de esperar hasta que pudiera anunciar alguna revelación relacionada, pero a medida que pasaban las semanas sin más revelaciones, comenzó a crecer entre el joven y su familia una especie de restricción, intensificada en el caso de su madre por su manifiesta desaprobación de todas las indagaciones de Curwen. Durante el mes de octubre, Ward comenzó a visitar de nuevo las bibliotecas, pero ya no por el material anticuario de sus días anteriores. La brujería y la magia, el ocultismo y la demonología eran lo que buscaba ahora; y cuando las fuentes de Providence se mostraban infructuosas, tomaba el tren hacia Boston y aprovechaba la riqueza de la gran biblioteca de Copley Square, la Biblioteca Widener de Harvard, o la Biblioteca de Investigación de Zion en Brookline, donde están disponibles ciertas obras raras sobre temas bíblicos. Compró mucho y acondicionó toda una serie de estanterías adicionales en su estudio para las obras recién adquiridas sobre temas extraños; mientras que durante las vacaciones de Navidad hizo una ronda de viajes fuera de la ciudad, incluyendo uno a Salem para consultar ciertos registros en el Instituto Essex. Hacia mediados de enero de 1920, Ward se encontró con un elemento de triunfo que no explicó, y ya no se encontró trabajando en el cifrado de Hutchinson. En su lugar, inauguró una doble política de investigación química y de escaneo de registros; habilitando para lo primero un laboratorio en el ático no utilizado de la casa, y para lo segundo acechando todas las fuentes de estadísticas vitales en Providence. Los comerciantes locales de drogas y suministros científicos, interrogados más tarde, dieron catálogos asombrosamente extraños y sin sentido de las sustancias e instrumentos que compró; pero los empleados de la Casa del Estado, el Ayuntamiento y las diversas bibliotecas están de acuerdo en cuanto al objeto definitivo de su segundo interés. Buscaba intensa y febrilmente la tumba de Joseph Curwen, de cuya losa de pizarra una generación anterior había borrado tan sabiamente el nombre. Poco a poco fue creciendo en la familia Ward la convicción de que algo andaba mal. Charles ya había tenido rarezas y cambios de intereses menores, pero este creciente secretismo y la absorción en actividades extrañas no eran propios de él. Su trabajo en la escuela era un mero simulacro; y aunque no fallaba en ninguna prueba, se podía ver que la antigua aplicación se había desvanecido. Ahora tenía otras preocupaciones, y cuando no estaba en su nuevo laboratorio con una veintena de libros de alquimia obsoletos, se le podía encontrar estudiando viejos registros de entierros en la ciudad o pegado a sus volúmenes de sabiduría oculta en su estudio, donde los rasgos sorprendentemente -casi se diría que cada vez más parecidos- de Joseph Curwen le miraban con indiferencia desde la gran cornisa de la pared norte. A finales de marzo, Ward añadió a su búsqueda de archivos una macabra serie de divagaciones por los diversos cementerios antiguos de la ciudad. La causa apareció más tarde, cuando se enteró por los empleados del Ayuntamiento de que probablemente había encontrado una pista importante. Su búsqueda había cambiado repentinamente de la tumba de Joseph Curwen a la de un tal Naphthali Field; y su cambio se explicó cuando, al revisar los archivos que había revisado, los investigadores encontraron un registro fragmentario del entierro de Curwen que había escapado a la obliteración general, y que decía que el curioso ataúd de plomo había sido enterrado " 10 pies al S. y 5 pies al O. de la tumba de Naphthali Field en y---". La falta de un lugar de enterramiento especificado en la entrada superviviente complicó enormemente la búsqueda, y la tumba de Naphthali Field parecía tan esquiva como la de Curwen; pero en este caso no había existido ningún borrado sistemático, y cabía esperar razonablemente que uno tropezara con la propia piedra aunque su registro hubiera perecido. De ahí que se excluyeran los paseos, de los cuales el patio de la iglesia de St. John (la antigua del Rey) y el antiguo cementerio de la Congregación, en medio del cementerio de Swan Point, ya que otras estadísticas habían demostrado que el único Naphthali Field (obit.1729) cuya tumba podía ser buscada había sido un bautista. Fue hacia el mes de mayo cuando el doctor Willett, a petición del Ward mayor, y fortalecido con todos los datos de Curwen que la familia había obtenido de Charles en sus días no secretos, habló con el joven. La entrevista fue de poco valor o concluyente, pues Willett sintió en todo momento que Charles era completamente dueño de sí mismo y estaba en contacto con asuntos de verdadera importancia; pero al menos obligó al reservado joven a ofrecer alguna explicación racional de su

reciente comportamiento. De un tipo pálido e impenetrable que no mostraba fácilmente la vergüenza, Ward parecía bastante dispuesto a hablar de sus actividades, aunque no a revelar su objeto. Afirmó que los papeles de su antepasado contenían algunos secretos notables de los primeros conocimientos científicos, en su mayor parte cifrados, de un alcance aparente sólo comparable al de los descubrimientos de Fray Bacon y quizá incluso superior a éstos. Sin embargo, carecían de sentido, excepto cuando se correlacionaban con un cuerpo de conocimiento ahora totalmente obsoleto; de modo que su presentación inmediata a un mundo equipado sólo con la ciencia moderna les quitaría toda la impresión y el significado dramático. Para que ocupen su lugar en la historia del pensamiento humano, primero deben ser correlacionados por alguien que esté familiarizado con el trasfondo en el que se desarrollaron, y a esta tarea de correlación se dedicaba ahora Ward. Trataba de adquirir lo más rápidamente posible aquellas artes olvidadas de antaño que un verdadero intérprete de los datos de Curwen debe poseer, y esperaba con el tiempo hacer un anuncio completo y una presentación del mayor interés para la humanidad y el mundo del pensamiento. Ni siquiera Einstein, declaró, podría revolucionar más profundamente la concepción actual de las cosas. En cuanto a su búsqueda en el cementerio, cuyo objeto admitió libremente, pero cuyos detalles no relató, dijo que tenía razones para pensar que la lápida mutilada de Joseph Curwen contenía ciertos símbolos místicos -tallados a partir de las indicaciones de su testamento y que fueron ignorados por quienes habían borrado el nombre- que eran absolutamente esenciales para la solución final de su sistema criptico. Curwen, según creía, había querido guardar su secreto con cuidado; y, en consecuencia, había distribuido los datos de una manera sumamente curiosa. Cuando el doctor Willett pidió ver los documentos místicos, Ward se mostró muy reacio y trató de disuadirle con cosas como copias fotostáticas del cifrado de Hutchinson y de la fórmula y diagramas de Orne; pero finalmente le mostró los exteriores de algunos de los hallazgos de Curwen, el "Diario y Notas", el cifrado (el título también en clave) y el mensaje lleno de fórmulas "Al que vendrá después", y le dejó echar un vistazo al interior de los que estaban en caracteres oscuros. También abrió el diario en una página cuidadosamente seleccionada por su inocuidad y le dio a Willett un vistazo a la escritura conectada de Curwen en inglés. El doctor observó muy de cerca las letras rasgadas y complicadas, y el aura general del siglo XVII que se aferraba tanto a la caligrafía como al estilo a pesar de que el escritor había sobrevivido hasta el siglo XVIII, y rápidamente tuvo la certeza de que el documento era auténtico. El texto en sí era relativamente trivial, y Willett sólo recordaba un fragmento: "Wedn.16 octr. 1754. Mi eslope el Wahefal llegó hoy desde Londres con XX hombres nuevos recogidos en las Indias, españoles de Martineco y holandeses de Surinam. Los holandeses están a punto de desertar por haber oído hablar mal de estas aventuras, pero yo me encargaré de inducirlos a quedarse. Para el Sr. Knight Dexter en la bahía y el libro, 120 piezas de camblete, 100 piezas de camblete. Cambleteens, 20 Pieces blue Duffles, 50 Pieces Calamancoco, 300 Pieces each, Shendsoy and Humhums. Para el Sr. Green en el Elefante, 50 galones de Cyttes, Warm'g Pannes, 15 Bake Cyttes, 10 pr. Smoke'g Tonges. Para el Sr. Perrigo, 1 set de hierbas. Para el Sr. Nightingale, 50 reames de papel de aluminio. Dijisteis tres veces SABAOTH la pasada noche, pero no apareció nadie. Debo saber más del Sr. H. en Transilvania, aunque es difícil llegar a él y es muy extraño que no pueda darme el uso de lo que ha usado tan bien estos cien años. Simon no ha escrito estas V. Semanas, pero espero tener pronto noticias suyas". Cuando al llegar a este punto el doctor Willett pasó la hoja fue rápidamente frenado por Ward, que casi le arrebató el libro de las manos. Todo lo que el doctor pudo ver en la página recién abierta fue un breve par de frases; pero éstas, extrañamente, permanecieron tenazmente en su memoria. Decían: "Los versos del Liber-Damnatus hablaban de la quinta noche y de la cuarta noche, y tengo la esperanza de que la cosa se haya producido fuera de las esferas. Atraerá a uno de los que han de venir si puedo asegurarme de que lo será, y pensará en cosas pasadas y mirará hacia atrás a través de todos los años, contra los que debo tener preparadas vuestras sales o aquello con lo que hacerlas". Willett no vio nada más, pero de alguna manera este pequeño vistazo dio un nuevo y vago terror a los rasgos pintados de Joseph Curwen que lo miraban con indiferencia desde el sobremantel. A partir de entonces, tuvo la extraña impresión -que, por supuesto, sus conocimientos médicos le aseguraron que era sólo una impresión- que los ojos del retrato tenían una especie de deseo, si no una tendencia real, de seguir al joven Charles Ward cuando se movía por la habitación. Se detuvo antes de salir para estudiar el cuadro con detenimiento, maravillado por su parecido con Charles y memorizando cada detalle del rostro criptico e incoloro, incluso hasta una ligera cicatriz o fosa en la suave ceja sobre el ojo derecho. Cosmo Alexander, decidió, era un pintor digno de la Escocia que produjo a Raeburn, y un maestro digno de su ilustre alumno Gilbert Stuart. Con la seguridad del médico de que la salud mental de Charles no corría peligro, pero que, por otra parte, se dedicaba a investigaciones que podrían resultar de verdadera importancia, los Wards fueron más indulgentes de lo que podrían haber sido cuando, durante el mes de junio siguiente, el joven manifestó su negativa a asistir a la universidad. Declaró que tenía estudios mucho más importantes que realizar, e insinuó su deseo de ir al extranjero al año siguiente para aprovechar ciertas fuentes de información que no existían en América. El señor Ward, aunque negó este último deseo por considerarlo absurdo para un muchacho de sólo dieciocho años, accedió a lo de la universidad; de modo que, tras una graduación no demasiado brillante en la escuela Moses Brown, a Charles le sobrevino un período de tres años de intensos estudios ocultos y búsquedas en cementerios. Llegó a ser reconocido como un excéntrico, y desapareció aún más completamente de la vista de los amigos de su familia que antes; se mantuvo cerca de su trabajo y sólo ocasionalmente hizo viajes a otras ciudades para consultar registros oscuros. Una vez fue al sur para hablar con un viejo y extraño mulato que vivía en un pantano y sobre el que un periódico había publicado un curioso artículo. Otra vez buscó un pequeño pueblo en los Adirondacks de donde habían llegado informes sobre ciertas prácticas ceremoniales extrañas. Pero sus padres le prohibieron el viaje al Viejo Mundo que deseaba. Al cumplir la mayoría de edad en abril de 1923, y habiendo heredado previamente una pequeña competencia de su abuelo materno, Ward decidió por fin hacer el viaje europeo que hasta entonces se le había negado. De su itinerario propuesto no quiso decir nada, salvo que las necesidades de sus estudios le llevarían a muchos lugares, pero prometió escribir a sus padres de forma completa y fiel. Cuando vieron que no se le podía disuadir, dejaron de oponerse y le ayudaron lo mejor que pudieron; de modo que en junio el joven zarpó hacia Liverpool con las bendiciones de despedida de su padre y su madre, que le acompañaron hasta Boston y le

despidieron desde el muelle de la White Star en Charlestown. Las cartas no tardaron en llegar a salvo y de vuelta a conseguir un buen alojamiento en Great Russell Street, Londres, donde se propuso quedarse, evitando a todos los amigos de la familia, hasta que hubiera agotado los recursos del Museo Británico en una determinada dirección. De su vida diaria escribió poco, porque había poco que escribir. El estudio y la experimentación ocupaban todo su tiempo, y mencionó un laboratorio que había establecido en una de sus habitaciones. El hecho de que no dijera nada acerca de los paseos por la antigua y glamurosa ciudad, con su atrayente horizonte de cúpulas y campanarios antiguos y sus marañas de calles y callejones, cuyas místicas circunvalaciones y repentinas vistas atraen y sorprenden alternativamente, fue tomado por sus padres como un buen índice del grado en que sus nuevos intereses habían absorbido su mente. En junio de 1924, una breve nota informaba de su marcha a París, donde ya había realizado uno o dos viajes relámpago en busca de material para la Bibliothèque Nationale. Durante los tres meses siguientes sólo envió tarjetas postales, dando una dirección en la Rue St. Jacques y refiriéndose a una búsqueda especial entre los manuscritos raros de la biblioteca de un coleccionista privado sin nombre. Evitaba a los conocidos y ningún turista decía haberle visto. Luego se hizo el silencio, y en octubre los Wards recibieron una tarjeta con una foto de Praga, en la que se decía que Charles estaba en esa antigua ciudad con el propósito de conferenciar con un hombre muy anciano que se suponía era el último poseedor vivo de una información medieval muy curiosa. Dio una dirección en el Neustadt, y no anunció ningún movimiento hasta el siguiente mes de enero, cuando dejó caer varias tarjetas desde Viena en las que se informaba de su paso por esa ciudad en dirección a una región más oriental a la que le había invitado uno de sus corresponsales y compañeros de viaje en lo oculto. La siguiente carta era de Klausenburg, en Transilvania, y contaba el progreso de Ward hacia su destino. Iba a visitar a un Barón Ferenczy, cuya finca se encontraba en las montañas al este de Rakus; y debía dirigirse a Rakus al cuidado de ese noble. Otra tarjeta de Rakus, una semana más tarde, diciendo que el carruaje de su anfitrión lo había recibido y que abandonaba el pueblo para ir a las montañas, fue su último mensaje durante un tiempo considerable; de hecho, no respondió a las frecuentes cartas de sus padres hasta mayo, cuando escribió para desalentar el plan de su madre de reunirse en Londres, París o Roma durante el verano, cuando los Wards mayores planeaban viajar por Europa. Sus investigaciones, dijo, eran tales que no podía dejar su actual alojamiento, mientras que la situación del castillo del barón Ferenczy no favorecía las visitas. Se encontraba en un peñasco de las oscuras montañas boscosas, y la región era tan rechazada por la gente del campo que la gente normal no podía evitar sentirse incómoda. Además, el Barón no era una persona que pudiera atraer a los correctos y conservadores caballeros de Nueva Inglaterra. Su aspecto y sus modales tenían idiosincrasias, y su edad era tan grande que resultaba inquietante. Sería mejor, dijo Charles, que sus padres esperaran su regreso a Providence, que no podía estar muy lejos. Sin embargo, ese regreso no se produjo hasta mayo de 1925, cuando, tras unas cuantas cartas de anuncio, el joven vagabundo se deslizó tranquilamente hasta Nueva York en el Homeric y recorrió las largas millas hasta Providence en autocar, bebiendo con entusiasmo las verdes colinas onduladas, los fragantes huertos en flor y los blancos pueblos con campanillas del vernal Connecticut; su primer contacto con la antigua Nueva Inglaterra en casi cuatro años. Cuando el carruaje cruzó el Pawcatuck y entró en Rhode Island en medio del dorado de una tarde primaveral, su corazón latió con fuerza acelerada, y la entrada a Providence por las avenidas Reservoir y Elmwood fue algo maravilloso y sin aliento, a pesar de las profundidades de la sabiduría prohibida en las que se había adentrado. En la plaza alta, donde se unen las calles Broad, Weybosset y Empire, vio delante y debajo de él, en el fuego del atardecer, las agradables y recordadas casas y cúpulas y campanarios de la vieja ciudad; y su cabeza se agitó con curiosidad cuando el vehículo descendió hasta la terminal situada detrás del Biltmore, lo que le permitió ver la gran cúpula y la suave vegetación de la antigua colina al otro lado del río, así como la alta aguja colonial de la Primera Iglesia Bautista, que se veía rosada a la mágica luz del atardecer sobre el fresco verdor primaveral de su precipitado fondo. ¡La vieja Providencia! Era este lugar y las misteriosas fuerzas de su larga y continua historia lo que le había hecho nacer, y lo que le había arrastrado hacia maravillas y secretos cuyos límites ningún profeta podría fijar. Aquí se encontraban los arcanos, maravillosos o terribles según el caso, para los que todos sus años de viaje y aplicación le habían preparado. Un taxi lo llevó a través de Post Office Square, con su vista del río, el viejo Market House y la cabeza de la bahía, y subió la empinada y curvada pendiente de Waterman Street hasta Prospect, donde la vasta y brillante cúpula y las columnas jónicas al atardecer de la Iglesia de la Ciencia Cristiana lo llamaban hacia el norte. Luego, ocho plazas más allá de las hermosas y antiguas fincas que sus ojos infantiles habían conocido, y las pintorescas aceras de ladrillo tan a menudo pisadas por sus pies juveniles. Y por fin la pequeña granja blanca a la derecha, y a la izquierda el clásico porche de Adán y la majestuosa fachada de la gran casa de ladrillos donde se encontraba. Era el crepúsculo y Charles Dexter Ward había vuelto a casa. Una escuela de alienistas algo menos académica que la del Dr. Lyman asigna al viaje europeo de Ward el comienzo de su verdadera locura. Admitiendo que estaba cuerdo cuando empezó, creen que su conducta al regresar implica un cambio desastroso. Pero incluso a esta afirmación el Dr. Willett se niega a acceder. Insiste en que hubo algo más tarde, y atribuye los problemas de la juventud en esta etapa a la práctica de rituales aprendidos en el extranjero, cosas bastante extrañas, sin duda, pero que no implican en absoluto una aberración mental por parte de su celebrante. El propio Ward, aunque visiblemente envejecido y endurecido, seguía siendo normal en sus reacciones generales; y en varias charlas con Willett mostró un equilibrio que ningún loco -incluso uno incipientepodría fingir continuamente durante mucho tiempo. Lo que provocó la idea de locura en este período fueron los sonidos que se oían a todas horas desde el laboratorio del ático de Ward, en el que se mantenía la mayor parte del tiempo. Había cánticos y repeticiones, y declamaciones estruendosas con ritmos extraños; y aunque estos sonidos eran siempre con la propia voz de Ward, había algo en la calidad de esa voz, y en los acentos de las fórmulas que pronunciaba, que no podía sino helar la sangre de todo oyente. Se observó que Nig, el venerable y querido gato negro de la casa, se agitaba y arqueaba el lomo perceptiblemente cuando se oían ciertos tonos. Los olores que de vez en cuando salían del laboratorio eran también muy extraños. A veces eran muy nocivos, pero más a menudo eran aromáticos, con una cualidad inquietante y evasiva que parecía tener el poder de inducir imágenes fantásticas. La gente que los olía tenía tendencia a vislumbrar espejismos momentáneos de

vistas enormes, con extrañas colinas o interminables avenidas de esfinges e hipogripos que se extendían hasta la distancia infinita. Ward no reanudó sus antiguos paseos, sino que se aplicó con diligencia a los extraños libros que había traído a casa, y a las igualmente extrañas indagaciones dentro de sus aposentos; explicando que las fuentes europeas habían ampliado enormemente las posibilidades de su trabajo, y prometían grandes revelaciones en los años venideros. Su aspecto envejecido aumentaba hasta un grado sorprendente su parecido con el retrato de Curwen en su biblioteca, y el doctor Willett se detenía a menudo junto a éste después de una llamada, maravillándose de la identidad virtual, y reflexionando que sólo la pequeña fosa sobre el ojo derecho del cuadro quedaba ahora para diferenciar al mago muerto hace tiempo del joven vivo. Estas llamadas de Willett, realizadas a petición de los Wards mayores, eran asuntos curiosos. Ward no rechazaba en ningún momento al doctor, pero éste veía que nunca podía llegar a la psicología interior del joven. Frecuentemente observaba cosas peculiares alrededor; pequeñas imágenes de cera de diseño grotesco en los estantes o mesas, y los restos medio borrados de círculos, triángulos y pentagramas en tiza o carbón en el espacio central despejado de la gran sala. Y siempre por la noche tronaban esos ritmos y conjuros, hasta que se hizo muy difícil mantener a los criados o reprimir las conversaciones furtivas sobre la locura de Charles. En enero de 1927 ocurrió un incidente peculiar. Una noche, hacia la medianoche, mientras Charles entonaba un ritual cuya extraña cadencia resonaba desagradablemente en la casa de abajo, llegó una repentina ráfaga de viento helado desde la bahía, y un débil y oscuro temblor de tierra que todos los vecinos notaron. Al mismo tiempo, el gato mostró fenomenales rastros de miedo, mientras los perros aullaban hasta una milla a la redonda. Esto fue el prelude de una fuerte tormenta eléctrica, anómala para la época, que trajo consigo tal estruendo que el Sr. y la Sra. Ward creyeron que la casa había sido golpeada. Subieron corriendo para ver qué daños se habían producido, pero Charles se encontró con ellos en la puerta del ático; pálido, decidido y portentoso, con una combinación casi temible de triunfo y seriedad en su rostro. Les aseguró que la casa no había sido realmente golpeada, y que la tormenta terminaría pronto. Hicieron una pausa, y al mirar a través de una ventana vieron que efectivamente tenía razón, pues los relámpagos brillaban cada vez más lejos, mientras los árboles dejaban de doblarse ante la extraña ráfaga frígida del agua. Los truenos se redujeron a un son de murmullo sordo y finalmente se apagaron. Salieron las estrellas, y la estampa de triunfo en el rostro de Charles Ward se cristalizó en una expresión muy singular. Durante dos meses o más después de este incidente, Ward estuvo menos confinado que de costumbre en su laboratorio. Mostró un curioso interés por el tiempo, e hizo extrañas averiguaciones sobre la fecha del deshielo primaveral del suelo. Una noche, a finales de marzo, salió de la casa después de la medianoche y no regresó hasta casi la mañana, cuando su madre, estando despierta, oyó el estruendo de un motor que se acercaba a la entrada del carruaje. Se podían distinguir juramentos apagados, y la señora Ward, al levantarse y acercarse a la ventana, vio que cuatro figuras oscuras sacaban una caja larga y pesada de un camión en dirección a Charles y la llevaban al interior por la puerta lateral. Oyó una respiración fatigosa y unas pisadas pesadas en la escalera, y finalmente un golpe sordo en el ático; después las pisadas volvieron a descender, y los cuatro hombres reaparecieron fuera y se marcharon en su camión. Al día siguiente, Charles retomó su estricta reclusión en el ático, bajando las oscuras persianas de las ventanas de su laboratorio y aparentando estar trabajando en alguna sustancia metálica. No abría la puerta a nadie y rechazaba firmemente toda la comida que le ofrecían. Alrededor del mediodía se oyó un ruido de desgarramiento seguido de un grito terrible y una caída, pero cuando la señora Ward llamó a la puerta, su hijo respondió débilmente y le dijo que no había ocurrido nada malo. El horrible e indescriptible hedor que brotaba ahora era absolutamente inofensivo y, por desgracia, necesario. La soledad era lo esencial, y él aparecería más tarde para cenar. Aquella tarde, tras la conclusión de unos extraños sonidos sibilantes que provenían de detrás del portal cerrado, apareció finalmente, con un aspecto extremadamente demacrado y prohibiendo a cualquiera entrar en el laboratorio bajo cualquier pretexto. Esto, de hecho, demostró ser el comienzo de una nueva política de secreto, ya que nunca más se permitió a ninguna otra persona visitar ni el misterioso taller de la buhardilla ni el almacén adyacente que limpió, amuebló toscamente y añadió a su dominio inviolablemente privado como apartamento para dormir. Aquí vivió, con los libros subidos de su biblioteca, hasta el momento en que compró el bungalow de Pawtuxet y trasladó a él todos sus efectos científicos. Por la noche, Charles aseguró el periódico antes que el resto de la familia y dañó parte de él por un aparente accidente. Más tarde, el doctor Willett, habiendo fijado la fecha a partir de las declaraciones de varios miembros de la familia, buscó un ejemplar intacto en la oficina del Journal y encontró que en la sección destruida había aparecido el siguiente pequeño artículo: Excavadores nocturnos sorprendidos en el cementerio del norte. Robert Hart, vigilante nocturno del Cementerio del Norte, descubrió esta mañana a un grupo de varios hombres con una camioneta en la parte más antigua del cementerio, pero aparentemente los espantó antes de que lograran su objetivo. El descubrimiento tuvo lugar alrededor de las cuatro, cuando la atención de Hart fue atraída por el sonido de un motor fuera de su refugio. Investigando, vio un gran camión en el camino principal a varias varas de distancia; pero no pudo llegar hasta él antes de que el sonido de sus pies en la grava le revelara su aproximación. Los hombres colocaron apresuradamente una gran caja en el camión y se alejaron hacia la calle antes de que pudieran ser alcanzados; y como ninguna tumba conocida fue alterada, Hart cree que esta caja era un objeto que deseaban enterrar. Los excavadores debieron de trabajar durante mucho tiempo antes de ser detectados, pues Hart encontró un enorme agujero excavado a una distancia considerable de la calzada, en el solar de Aмосa Field, donde la mayoría de las piedras antiguas han desaparecido hace tiempo. El agujero, un lugar tan grande y profundo como una tumba, estaba vacío; y no coincidía con ningún enterramiento mencionado en los registros del cementerio. El Sargento Riley de la Segunda Estación vio el lugar y opinó que el agujero había sido cavado por contrabandistas de manera bastante horripilante e ingeniosa en busca de un escondite seguro para el licor en un lugar que no fuera susceptible de ser perturbado. En respuesta a las preguntas, Hart dijo que creía que el camión que había escapado se había dirigido hacia la avenida Rochambeau, aunque no podía estar seguro. Durante los días siguientes, su familia rara vez vio a Charles Ward. Habiendo añadido dormitorios a su reino del ático, se mantuvo claramente para sí mismo allí, ordenando que le trajeran la comida a la puerta y no tomándola hasta después de que el sirviente se hubiera ido. El zumbido de fórmulas monótonas y el canto de ritmos extraños se repetían a intervalos, mientras que en otras ocasiones los oyentes ocasionales podían detectar

el sonido de cristales tintineantes, siseos de productos químicos, agua corriente o llamas de gas rugientes. En torno a la puerta se percibían olores de una calidad insólita, totalmente distintos a los que se habían observado antes; y el aire de tensión que se observaba en el joven recluso cada vez que se aventuraba a salir brevemente era tal que excitaba las más agudas especulaciones. En una ocasión se apresuró a ir al Ateneo a por un libro que necesitaba, y de nuevo contrató a un mensajero para que le trajera un volumen muy oscuro de Boston. El suspenso se extendía portentosamente sobre toda la situación, y tanto la familia como el doctor Willett se confesaron totalmente perdidos sobre qué hacer o pensar al respecto. Entonces, el 15 de abril, se produjo un extraño acontecimiento. Si bien nada parecía ser diferente en cuanto a la clase, ciertamente había una diferencia muy terrible en cuanto al grado; y el Dr. Willett de alguna manera atribuye un gran significado al cambio. El día era Viernes Santo, una circunstancia a la que los sirvientes dieron mucha importancia, pero que los demás naturalmente descartaron como una coincidencia irrelevante. A última hora de la tarde, el joven Ward comenzó a repetir una fórmula en voz singularmente alta, al tiempo que quemaba una sustancia tan penetrante que sus vapores se escapaban por toda la casa. La fórmula era tan claramente audible en el vestíbulo, fuera de la puerta cerrada, que la señora Ward no pudo evitar memorizarla mientras esperaba y escuchaba ansiosamente, y más tarde pudo escribirla a petición del doctor Willett. Decía lo siguiente, y los expertos han dicho al Dr. Willett que su análogo más cercano puede encontrarse en los escritos místicos de "Eliphaz Levi", esa alma críptica que se coló por una grieta en la puerta prohibida y vislumbró las espantosas vistas del vacío más allá: "Per Adonai Eloim, Adonai Jehova, Adonai Sabaoth, Metraton Ou Agla Methon, verbum pythonicum, mysterium salamandrae, cenvetus sylvorum, antra gnomorum, daemonia Coeli Dios, Almonsin, Gibor, Jehosua, Evam, Zariathnatmik, Veni, veni, veni". Esto había sucedido durante dos horas sin cambio ni intermedio, cuando en toda la vecindad se desató un aullido pandemónico de perros. El alcance de este aullido puede juzgarse por el espacio que recibió en los periódicos al día siguiente, pero para los que estaban en la casa de Ward fue eclipsado por el olor que le siguió al instante; un olor horrible que lo impregna todo y que ninguno de ellos había olido antes ni ha vuelto a oler después. En medio de esta inundación meffítica se produjo un destello muy perceptible como el de un relámpago, que habría sido cegador e impresionante de no ser por la luz del día que había alrededor; y entonces se oyó la voz que ningún oyente podrá olvidar jamás por su estruendosa lejanía, su increíble profundidad y su eldritch dissimilaridad con la voz de Charles Ward. Sacudió la casa y fue claramente oída por al menos dos vecinos por encima del aullido de los perros. La señora Ward, que había estado escuchando con desesperación fuera del laboratorio cerrado de su hijo, se estremeció al reconocer su significado infernal; porque Charles le había hablado de su mala fama en libros oscuros, y de la forma en que había tronado, según las cartas de Fenner, sobre la condenada granja de Pawtuxet la noche de la aniquilación de Joseph Curwen. No había que confundir aquella frase de pesadilla, pues Charles la había descrito con demasiada viveza en los viejos tiempos en que había hablado con franqueza de sus investigaciones sobre Curwen. Y, sin embargo, era sólo este fragmento de un lenguaje arcaico y olvidado: "DIES MIES JESCHET BOENE DOESEF DOUVEMA ENITEMAUS". Cerca de este estruendo se produjo un momentáneo oscurecimiento de la luz del día, aunque la puesta de sol estaba todavía a una hora de distancia, y luego una bocanada de olor añadido, diferente del primero pero igualmente desconocido e intolerable. Charles estaba cantando de nuevo y su madre pudo oír sílabas que sonaban como "Yi-nash-Yog-Sothoth-he-Iglb-fi-throdag", que terminaban en un "¡Yah!" cuya fuerza maniaca aumentaba en un crescendo desgarrador. Un segundo más tarde, todos los recuerdos anteriores fueron borrados por el grito ululante que estalló con frenética explosividad y cambió gradualmente de forma a un paroxismo de risa diabólica e histérica. La señora Ward, con el miedo y el coraje ciego de la maternidad, avanzó y golpeó con miedo los paneles que la ocultaban, pero no obtuvo ninguna señal de reconocimiento. Volvió a golpear, pero se detuvo sin poder evitarlo cuando surgió un segundo grito, éste inequívocamente con la voz familiar de su hijo, y que sonaba al mismo tiempo que las cachimbos que aún brotaban de esa otra voz. En ese momento se desmayó, aunque todavía no puede recordar la causa precisa e inmediata. La memoria a veces hace borrones piadosos. El Sr. Ward regresó de la sección de negocios a las seis y cuarto y, al no encontrar a su esposa abajo, los asustados sirvientes le dijeron que probablemente estaba vigilando la puerta de Charles, de la que los sonidos habían sido mucho más extraños que antes. Al subir las escaleras, vio a la Sra. Ward estirada en el suelo del pasillo, fuera del laboratorio, y al darse cuenta de que se había desmayado, se apresuró a traer un vaso de agua de un recipiente situado en una alcoba vecina. Al echarle el líquido frío en la cara, se sintió animado al observar una respuesta inmediata por parte de ella, y estaba observando como abría los ojos desconcertada, cuando un escalofrío le recorrió y amenazo con reducirlo al mismo estado del que ella estaba saliendo. Porque el laboratorio, aparentemente silencioso, no lo era tanto como parecía, sino que contenía los murmullos de una conversación tensa y apagada en tonos demasiado bajos para la comprensión, pero de una calidad profundamente perturbadora para el alma. No era nuevo, por supuesto, que Charles murmurara fórmulas; pero este murmullo era definitivamente diferente. Era tan palpablemente un diálogo, o una imitación de inflexiones que sugerían pregunta y respuesta, afirmación y respuesta. Una de las voces era indisimuladamente la de Charles, pero la otra tenía una profundidad y una opacidad a las que apenas se habían acercado los mejores poderes de imitación ceremonial del joven. Había algo espantoso, blasfemo y anormal en ello, y de no ser por un grito de su recuperada esposa, que le aclaró la mente despertando sus instintos protectores, no es probable que Theodore Howland Ward hubiera podido mantener durante casi un año más su viejo alarde de que nunca se había desmayado. Así las cosas, cogió a su mujer en brazos y la llevó rápidamente escaleras abajo antes de que ella pudiera darse cuenta de las voces que le habían perturbado tan horriblemente. Sin embargo, no fue lo suficientemente rápido como para no pillar algo que le hizo tambalearse peligrosamente con su carga. Porque el grito de la señora Ward había sido evidentemente escuchado por otras personas además de él y habían llegado en respuesta a él desde detrás de la puerta cerrada las primeras palabras distinguibles que aquel coloquio enmascarado y terrible había arrojado. Eran simplemente una advertencia excitada en la propia voz de Charles, pero de alguna manera sus implicaciones contenían un espanto sin nombre para el padre que las escuchó. La frase era simplemente ésta: "¡Sshh-Escribe!" El Sr. y la Sra. Ward conversaron largamente después de la cena, y el primero resolvió tener una charla firme y seria con Charles esa misma noche.

Por muy importante que fuera el objeto, no podía permitirse por más tiempo una conducta semejante, pues los últimos acontecimientos trascendían todo límite de la cordura y constituían una amenaza para el orden y el bienestar nervioso de toda la casa. El joven debía de haber perdido por completo la razón, ya que sólo la locura podía haber provocado los gritos salvajes y las conversaciones imaginarias con voces falsas que el día de hoy había provocado. Había que poner fin a todo esto, o la Sra. Ward se pondría enferma y el mantenimiento de los criados se convertiría en un imposible. El Sr. Ward se levantó al terminar la comida y subió al laboratorio de Charles. En el tercer piso, sin embargo, se detuvo al oír los ruidos que provenían de la biblioteca de su hijo, ahora en desuso. Al parecer, se lanzaban libros y se agitaban papeles, y al acercarse a la puerta el Sr. Ward vio al joven dentro, reuniendo con entusiasmo una gran cantidad de material literario de todos los tamaños y formas. El aspecto de Charles era muy demacrado y ojeroso, y dejó caer toda su carga con un sobresalto al oír la voz de su padre. Al oír la voz de su padre, se sentó y durante un rato escuchó las advertencias que tanto había merecido. No hubo ninguna escena. Al final del sermón, aceptó que su padre tenía razón y que sus voces, murmullos, conjuros y olores químicos eran realmente una molestia inexcusable. Aceptó una política de mayor silencio, aunque insistió en prolongar su extrema privacidad. Gran parte de su trabajo futuro, dijo, era en cualquier caso una investigación puramente bibliográfica; y podría conseguir alojamiento en otro lugar para los rituales vocales que pudieran ser necesarios en una etapa posterior. Por el susto y el desmayo de su madre expresó el más profundo arrepentimiento, y explicó que la conversación que se escuchó más tarde formaba parte de un elaborado simbolismo destinado a crear una determinada atmósfera mental. Su uso de abstrusos términos químicos desconcertó un poco al Sr. Ward, pero la impresión de despedida fue de innegable cordura y aplomo, a pesar de una misteriosa tensión de la mayor gravedad. La entrevista no fue realmente concluyente, y cuando Charles recogió su brazalete y salió de la habitación, el Sr. Ward apenas sabía qué hacer con todo el asunto. Era tan misterioso como la muerte del pobre viejo Nig, cuya forma rígida, con los ojos fijos y la boca distorsionada por el miedo, había sido encontrada una hora antes en el sótano. Impulsado por un vago instinto detectivesco, el desconcertado padre miró ahora con curiosidad los estantes vacíos para ver qué había llevado su hijo al ático. La biblioteca del joven estaba clara y rígidamente clasificada, de modo que se podía saber de un vistazo los libros o, al menos, el tipo de libros que se habían retirado. En esta ocasión, el Sr. Ward se sorprendió al comprobar que no faltaba nada de lo oculto o de lo antiguo, más allá de lo que se había retirado anteriormente. Las nuevas retiradas eran todas modernas: historias, tratados científicos, geografías, manuales de literatura, obras filosóficas y algunos periódicos y revistas contemporáneos. Era un cambio muy curioso con respecto a la reciente racha de lecturas de Charles Ward, y el padre se detuvo en un vórtice creciente de perplejidad y una sensación envolvente de extrañeza. La extrañeza era una sensación muy conmovedora, y casi le arañaba el pecho mientras se esforzaba por ver lo que estaba mal a su alrededor. Algo iba mal, y de forma tangible y espiritual. Desde que estaba en esta habitación, sabía que algo no estaba bien, y por fin se dio cuenta de lo que era. En la pared norte se alzaba todavía el antiguo sobremantel tallado de la casa de Olney Court, pero a los óleos agrietados y precariamente restaurados del gran retrato de Curwen había llegado el desastre. El tiempo y el desigual calentamiento habían hecho por fin su trabajo, y en algún momento desde la última limpieza de la habitación había ocurrido lo peor. Desprendiéndose de la madera, enroscándose cada vez más, y finalmente desmoronándose en pequeños trozos con lo que debió de ser una súbita y maligna calma, el retrato de Joseph Curwen había renunciado para siempre a la vigilancia de la juventud a la que tan extrañamente se parecía, y ahora yacía esparcido por el suelo como una fina capa de polvo gris azulado.

En la semana que siguió a aquel memorable Viernes Santo, Charles Ward fue visto con más frecuencia de lo habitual, y llevaba continuamente libros entre su biblioteca y el laboratorio del ático. Sus acciones eran tranquilas y racionales, pero tenía una mirada furtiva y cazadora que no le gustaba a su madre, y desarrolló un apetito increíblemente voraz, según se desprende de sus exigencias a la cocinera. El doctor Willett había sido informado de aquellos ruidos y sucesos del viernes, y el martes siguiente mantuvo una larga conversación con el joven en la biblioteca, donde el cuadro ya no miraba. La entrevista, como siempre, no fue concluyente; pero Willett sigue dispuesto a jurar que el joven estaba cuerdo y era él mismo en ese momento. Prometió una pronta revelación y habló de la necesidad de conseguir un laboratorio en otro lugar. Ante la pérdida del retrato se afligió singularmente poco teniendo en cuenta su primer entusiasmo por él, pero pareció encontrar algo de humor positivo en su repentino desmoronamiento. Hacia la segunda semana, Charles empezó a ausentarse de la casa durante largos períodos, y un día, cuando la buena y negra Hannah vino a ayudar con la limpieza de primavera, mencionó sus frecuentes visitas a la vieja casa de Olney Court, a la que acudía con una gran maleta y realizaba curiosas pesquisas en el sótano. Siempre fue muy liberal con ella y con el viejo Asa, pero parecía más preocupado que antes, lo que la apenaba mucho, ya que lo había visto crecer desde su nacimiento. Otro informe sobre sus actividades vino de Pawtuxet, donde algunos amigos de la familia lo vieron a distancia un número sorprendente de veces. Parecía rondar el balneario y la casa de las canoas de Rhodes-on-the-Pawtuxet, y las investigaciones posteriores del Dr. Willett en ese lugar sacaron a la luz el hecho de que su propósito era siempre asegurar el acceso a la ribera del río, más bien cercada, a lo largo de la cual caminaba hacia el norte, y por lo general no volvía a aparecer durante mucho tiempo. Más tarde, en mayo, se produjo un resurgimiento momentáneo de los sonidos rituales en el laboratorio del ático, lo que provocó una severa reprimenda del señor Ward y una promesa de enmienda algo distraída por parte de Charles. Ocurrió una mañana, y pareció ser una reanudación de la conversación imaginaria que se observó en aquel turbulento Viernes Santo. El joven estaba discutiendo o discutiendo acaloradamente consigo mismo, porque de repente estalló una serie de gritos perfectamente distinguibles en tonos diferenciados como demandas y negaciones alternas, que hicieron que la señora Ward corriera escaleras arriba y escuchara en la puerta. No pudo oír más que un fragmento cuyas únicas palabras claras eran "debe tenerlo rojo durante tres meses", y al llamar a la puerta todos los sonidos cesaron de inmediato. Cuando Charles fue interrogado más tarde por su padre, dijo que había ciertos conflictos de esferas de conciencia que sólo una gran habilidad podía evitar, pero que él intentaría trasladar a otros ámbitos. Hacia mediados de junio se produjo un extraño incidente nocturno. A primera hora de la noche se habían producido ruidos y golpes en el laboratorio del piso de arriba, y el Sr. Ward estaba a punto de investigar cuando de repente se calmó. Aquella medianoche, después de que la familia se hubiera retirado, el mayordomo estaba cerrando con llave la puerta principal cuando, según su declaración, Charles apareció de forma un tanto torpe e insegura al pie de la escalera con una gran maleta e hizo señales de que deseaba salir. El joven no pronunció palabra alguna, pero el digno hombre de Yorkshire alcanzó a ver sus ojos febriles y tembló sin causa. Abrió la puerta y el joven Ward salió, pero por la mañana el mayordomo dio su aviso a la señora Ward. Había, dijo, algo impío en la mirada que se había fijado en él. No era forma de que un joven caballero mirara a una persona honesta, y no podía quedarse otra noche. La señora Ward permitió que el hombre se marchara, pero no valoró mucho su declaración. Imaginar que Charles se encontraba en un estado salvaje aquella noche era bastante ridículo, ya que durante todo el tiempo que había permanecido despierta había oído débiles sonidos procedentes del laboratorio de arriba; sonidos como de sollozos y deambulaciones, y de un suspiro que sólo hablaba de las profundidades de la desesperación. La Sra. Ward se había acostumbrado a escuchar los sonidos en la noche, porque el misterio de su hijo estaba alejando rápidamente todo lo demás de su mente. La noche siguiente, al igual que otra noche casi tres meses antes, Charles Ward cogió el periódico muy temprano y perdió accidentalmente la sección principal. Este asunto no fue recordado hasta más tarde, cuando el doctor Willett comenzó a revisar los cabos sueltos y a buscar los eslabones perdidos aquí y allá. En la oficina del Journal encontró la sección que Charles había perdido, y marcó dos elementos como de posible importancia. Eran los siguientes: Más investigación en el cementerio Esta mañana Robert Hart, vigilante nocturno del cementerio del norte, descubrió que los demonios estaban de nuevo trabajando en la parte antigua del cementerio. La tumba de Ezra Weeden, que nació en 1740 y murió en 1824 según su lápida de pizarra arrancada y salvajemente astillada, fue encontrada excavada y desvalijada, siendo el trabajo evidentemente realizado con una pala robada de un cobertizo de herramientas adyacente. Cualquiera que fuera el contenido después de más de un siglo de enterramiento, todo había desaparecido, excepto unas pocas astillas de madera descompuesta. No había huellas de ruedas, pero la policía ha medido un único juego de huellas que encontró en las inmediaciones, y que indican las botas de un hombre refinado. Hart se inclina por relacionar este incidente con la excavación descubierta el pasado mes de marzo, cuando un grupo en un camión se asustó después de hacer una excavación profunda; pero el sargento Riley, de la Segunda Comisaría, descarta esta teoría y señala diferencias vitales en los dos casos. En marzo la excavación había sido en un lugar donde no se conocía ninguna tumba; pero esta vez una tumba bien marcada y cuidada había sido desvalijada con toda la evidencia de un propósito deliberado, y con una malignidad consciente expresada en el astillamiento de la losa que había estado intacta hasta el día anterior. Los miembros de la familia Weeden, al ser notificados de lo sucedido, expresaron su asombro y su pesar, y se mostraron totalmente incapaces de pensar en un enemigo que quisiera violar la tumba de su antepasado. Hazard Weeden, de la calle Angell 598, recuerda una leyenda familiar según la cual Ezra Weeden se vio envuelto en algunas circunstancias muy peculiares, no deshonrosas para él, poco antes de la Revolución; pero de una disputa o misterio moderno es francamente ignorante. El inspector Cunningham ha sido asignado al caso, y espera descubrir algunas pistas valiosas en un futuro próximo. Perros ruidosos en Pawtuxet Los residentes de Pawtuxet fueron despertados alrededor de las tres de la mañana hoy por un fenomenal aullido de perros que parecía centrarse cerca del río justo al norte de Rhodes-on-the-Pawtuxet. El volumen y la calidad de los aullidos eran inusualmente extraños, según la mayoría de los que los oyeron; y Fred Lemdin, vigilante nocturno de Rhodes, declara que se mezclaban con algo muy parecido a los gritos

de un hombre en terror y agonía mortales. Una aguda y muy breve tormenta, que pareció caer en algún lugar cerca de la orilla del río, puso fin a la perturbación. Los olores extraños y desagradables, probablemente procedentes de los tanques de petróleo a lo largo de la bahía, se relacionan popularmente con este incidente; y pueden haber tenido su parte en la excitación de los perros. El aspecto de Charles se volvió ahora muy demacrado y cazado, y todos estuvieron de acuerdo en que, en ese momento, pudo haber deseado hacer alguna declaración o confesión que el puro terror le impidió hacer. La mórbida escucha de su madre por la noche puso de manifiesto el hecho de que realizaba frecuentes incursiones en el extranjero al amparo de la oscuridad, y la mayoría de los alienistas más académicos se unen en la actualidad para acusarle de los repugnantes casos de vampirismo de los que la prensa informó de forma tan sensacionalista en esta época, pero que aún no han sido definitivamente atribuidos a ningún autor conocido. Estos casos, demasiado recientes y célebres para necesitar una mención detallada, implicaban a víctimas de todas las edades y tipos y parecían agruparse en torno a dos localidades distintas: la colina residencial y el North End, cerca de la casa de Ward, y los distritos suburbanos al otro lado de la línea de Cranston, cerca de Pawtuxet. Tanto los viandantes tardíos como los que dormían con las ventanas abiertas fueron atacados, y los que vivieron para contarlo hablaron unánimemente de un monstruo delgado, ágil y saltarín con ojos ardientes que clavaba sus dientes en la garganta o en la parte superior del brazo y se daba un festín voraz. El Dr. Willett, que se niega a fechar la locura de Charles Ward incluso en esta época, es cauto al intentar explicar estos horrores. Tiene, declara, ciertas teorías propias; y limita sus afirmaciones positivas a un tipo peculiar de negación. "No voy a declarar", dice, "quién o qué creo que perpetró estos ataques y asesinatos, pero sí que Charles Ward era inocente de ellos. Tengo razones para estar seguro de que ignoraba el sabor de la sangre, como de hecho su continuo declive anémico y su creciente palidez demuestran mejor que cualquier argumento verbal. Ward se metió en cosas terribles, pero ha pagado por ello, y nunca fue un monstruo ni un villano. En cuanto a lo de ahora, no me gusta pensar. Se produjo un cambio, y me conformo con creer que el viejo Charles Ward murió con él. Su alma lo hizo, en todo caso, porque esa carne loca que se desvaneció en el hospital de Waite tenía otra". Willett habla con autoridad, porque a menudo estaba en la casa de Ward atendiendo a la señora Ward, cuyos nervios habían empezado a quebrarse por la tensión. Su escucha nocturna había engendrado algunas alucinaciones mórbidas que ella confiaba al doctor con vacilación, y que él ridiculizaba al hablar con ella, aunque le hacían reflexionar profundamente cuando estaba solo. Estos delirios siempre se referían a los débiles sonidos que ella creía oír en el laboratorio del ático y en el dormitorio, y enfatizaban la aparición de suspiros y sollozos apagados en los momentos más imposibles. A principios de julio, Willett ordenó a la señora Ward que se trasladara a Atlantic City para una estancia de recuperación indefinida, y advirtió tanto al señor Ward como al demacrado y esquivo Charles que sólo le escribieran cartas alentadoras. Es probable que a esta escapada forzada y a regañadientes le deba su vida y su continua cordura. No mucho después de la partida de su madre, Charles Ward comenzó a negociar el bungalow de Pawtuxet. Era un pequeño y escuálido edificio de madera con un garaje de hormigón, situado en lo alto de la escasa orilla del río, ligeramente por encima de Rhodes, pero por alguna extraña razón el joven no quería otra cosa. No dio tregua a las agencias inmobiliarias hasta que una de ellas se la consiguió a un precio exorbitante de un propietario algo reacio, y tan pronto como estuvo vacía tomó posesión al amparo de la oscuridad, transportando en una gran furgoneta cerrada todo el contenido de su laboratorio del ático, incluidos los libros tanto extraños como modernos que había tomado prestados de su estudio. Hizo cargar esta furgoneta en la madrugada, y su padre sólo recuerda una somnolienta percepción de juramentos sofocados y pisadas en la noche en que se llevaron los bienes. Después de eso, Charles se trasladó a su propia vivienda en el tercer piso, y nunca más volvió a rondar el ático. En el bungalow de Pawtuxet, Charles trasladó todo el secreto con el que había rodeado su reino del ático, con la salvedad de que ahora parecía tener dos partícipes de sus misterios: un mestizo portugués de aspecto villano del South Main Street Waterfront, que hacía las veces de sirviente, y un extraño delgado y erudito con gafas oscuras y una barba poblada de aspecto teñido, cuya condición era evidentemente la de colega. Los vecinos trataron en vano de entablar conversación con estas extrañas personas. El mulato Gomes hablaba muy poco inglés, y el barbudo que dio su nombre como Dr. Allen siguió voluntariamente su ejemplo. El propio Ward trató de ser más afable, pero sólo consiguió provocar la curiosidad con sus incoherentes relatos sobre investigaciones químicas. Al poco tiempo empezaron a circular extrañas historias sobre la quema de luces durante toda la noche; y algo más tarde, después de que esta quema hubiera cesado repentinamente, surgieron historias aún más extrañas sobre pedidos desproporcionados de carne de la carnicería y sobre los gritos amortiguados, las declamaciones, los cánticos rítmicos y los gritos que se suponía que provenían de algún sótano muy profundo debajo del lugar. La nueva y extraña casa era muy desagradable para la honesta burguesía de los alrededores, y no es de extrañar que se hicieran oscuras insinuaciones que relacionaban el establecimiento negro con la actual epidemia de ataques y asesinatos vampíricos; especialmente porque el radio de esa plaga parecía ahora confinado totalmente a Pawtuxet y a las calles adyacentes de Edgewood. Ward pasaba la mayor parte del tiempo en el bungalow, pero dormía ocasionalmente en su casa y seguía considerándose un habitante bajo el techo de su padre. En dos ocasiones se ausentó de la ciudad en viajes de una semana, cuyos destinos aún no se han descubierto. Cada vez estaba más pálido y más demacrado que antes, y le faltaba algo de su antigua seguridad cuando repetía al doctor Willett su vieja historia de investigaciones vitales y futuras revelaciones. Willett le hacía pasar a menudo por la casa de su padre, pues el mayor de los Ward estaba profundamente preocupado y perplejo, y deseaba que su hijo recibiera toda la supervisión que pudiera conseguirse en el caso de un adulto tan reservado e independiente. El doctor sigue insistiendo en que el joven estaba cuerdo incluso en esta época, y aduce muchas conversaciones para demostrarlo. Hacia el mes de septiembre el vampirismo disminuyó, pero en el mes de enero siguiente Ward estuvo a punto de verse envuelto en graves problemas. Durante algún tiempo se había comentado la llegada y salida nocturna de camiones a motor en el bungalow de Pawtuxet, y en esta coyuntura un imprevisto contratiempo puso al descubierto la naturaleza de al menos uno de sus contenidos. En un lugar solitario, cerca de Hope Valley, se había producido uno de los frecuentes y sórdidos asaltos a camiones por parte de "secuestradores" en busca de cargamentos de licor, pero esta vez los ladrones estaban destinados a recibir el mayor impacto. Los largos maletines de los

que se apoderaron contener extremadamente horripilantes; de hecho, el asunto no pudo mantenerse en silencio entre los habitantes de los bajos fondos. Los ladrones se apresuraron a enterrar lo que descubrieron, pero cuando la Policía Estatal se enteró del asunto se hizo una búsqueda minuciosa. Un vagabundo recientemente arrestado, bajo la promesa de inmunidad por cualquier cargo adicional, consintió finalmente en guiar a un grupo de policías hasta el lugar; y allí se encontró en ese apresurado escondite una cosa muy horrible y vergonzosa. No sería bueno para el sentido del decoro nacional –o incluso internacional– que la opinión pública supiera lo que descubrió aquel grupo de asombrados. No había lugar a dudas, ni siquiera para aquellos oficiales tan poco estudiosos, y los telegramas a Washington se sucedieron con una rapidez febril. Los casos estaban dirigidos a Charles Ward en su bungalow de Pawtuxet, y los funcionarios estatales y federales le hicieron enseguida una llamada muy contundente y seria. Lo encontraron pálido y preocupado con sus dos extraños acompañantes, y recibieron de él lo que parecía ser una explicación válida y una prueba de inocencia. Había necesitado ciertos especímenes anatómicos como parte de un programa de investigación cuya profundidad y autenticidad cualquiera que lo hubiera conocido en la última década podría probar, y había pedido el tipo y número requeridos a agencias que había considerado tan razonablemente legítimas como pueden serlo estas cosas. De la identidad de los especímenes no sabía absolutamente nada, y se sintió debidamente sorprendido cuando los inspectores insinuaron el monstruoso efecto que produciría en el sentimiento público y la dignidad nacional el conocimiento del asunto. En esta declaración fue firmemente apoyado por su barbudo colega, el Dr. Allen, cuya voz extrañamente hueca llevaba incluso más convicción que sus propios tonos nerviosos; de modo que al final los funcionarios no tomaron ninguna medida, sino que anotaron cuidadosamente el nombre y la dirección de Nueva York que Ward les dio como base para una búsqueda que no llegó a nada. Es justo añadir que los ejemplares fueron devueltos rápida y tranquilamente a su lugar, y el público en general nunca sabrá de su blasfema perturbación. El 9 de febrero de 1928, el Dr. Willett recibió una carta de Charles Ward que considera de extraordinaria importancia, y sobre la que ha discutido frecuentemente con el Dr. Lyman. Lyman cree que esta nota contiene pruebas positivas de un caso bien desarrollado de demencia precoz, pero Willett, por otro lado, la considera como la última expresión perfectamente sana del desventurado joven. Llama especialmente la atención sobre el carácter normal de la caligrafía, que, aunque muestra rastros de nervios destrozados, es sin embargo claramente la de Ward. El texto completo es el siguiente: 100 Prospect St, Providence, R.I., 8 de marzo de 1928. Estimado Dr. Willett:- Siento que por fin ha llegado el momento de hacer las revelaciones que le he prometido durante tanto tiempo, y por las que usted me ha presionado tan a menudo. La paciencia que ha demostrado en la espera, y la confianza que ha mostrado en mi mente e integridad, son cosas que nunca dejaré de apreciar. Y ahora que estoy listo para hablar, debo admitir con humillación que ningún triunfo como el que soñé podrá ser mío. En lugar del triunfo he encontrado el terror, y mi charla con ustedes no será un alarde de victoria, sino una súplica de ayuda y consejo para salvarme a mí y al mundo de un horror más allá de toda concepción o cálculo humano. Recuerdas lo que decían esas cartas de Fenner sobre el antiguo grupo de asalto en Pawtuxet. Todo eso debe hacerse de nuevo, y rápidamente. De nosotros depende más de lo que se puede expresar con palabras: toda la civilización, toda la ley natural, quizás incluso el destino del sistema solar y del universo. He sacado a la luz una anomalía monstruosa, pero lo hice por el bien del conocimiento. Ahora, por el bien de toda la vida y la naturaleza, debes ayudarme a devolverla a la oscuridad. He dejado ese lugar de Pawtuxet para siempre, y debemos extirpar todo lo que existe allí, vivo o muerto. No volveré a ir allí, y no debes creerlo si alguna vez oyes que estoy allí. Te diré por qué digo esto cuando te vea. He vuelto a casa para siempre, y deseo que me llames en el primer momento en que puedas disponer de cinco o seis horas seguidas para escuchar lo que tengo que decir. Será necesario ese tiempo, y créame cuando le digo que nunca ha tenido usted un deber profesional más genuino que éste. Mi vida y mi razón son lo mínimo que pende de un hilo. No me atrevo a decírselo a mi padre, porque no podría entenderlo todo. Pero le he hablado de mi peligro, y tiene a cuatro hombres de una agencia de detectives vigilando la casa. No sé cuánto bien pueden hacer, pues tienen en su contra fuerzas que ni siquiera usted podría prever o reconocer. Así que venga rápido si desea verme con vida y escuchar cómo puede ayudar a salvar el cosmos del infierno. Cualquier hora será suficiente, no estaré fuera de casa. No llame por teléfono antes, porque no se sabe quién o qué puede intentar interceptarte. Y recemos a los dioses que haya para que nada impida este encuentro. Con la mayor gravedad y desesperación, Charles Dexter Ward. P.D. Disparen al Dr. Allen en cuanto lo vean y disuelvan su cuerpo en ácido. No lo quemen. El Dr. Willett recibió esta nota alrededor de las diez y media de la mañana, e inmediatamente dispuso dedicar toda la tarde y la noche a la trascendental charla, dejando que se prolongara hasta la noche todo lo que fuera necesario. Tenía previsto llegar hacia las cuatro, y durante todas las horas intermedias estuvo tan inmerso en todo tipo de especulaciones que la mayoría de sus tareas se realizaron de forma muy mecánica. Por muy maniaca que la carta hubiera sonado a un extraño, Willett había visto demasiadas rarezas de Charles Ward como para desecharla como un puro desvarío. Estaba seguro de que algo muy sutil, antiguo y horrible se cernía sobre él, y la referencia al doctor Allen casi podía comprenderse en vista de lo que los chismes de Pawtuxet decían del enigmático colega de Ward. Willett no había visto nunca al hombre, pero había oído hablar mucho de su aspecto y su porte, y no podía dejar de preguntarse qué clase de ojos ocultarían aquellas gafas oscuras de las que tanto se hablaba. A las cuatro, el doctor Willett se presentó en la residencia de los Ward, pero descubrió, para su disgusto, que Charles no había mantenido su decisión de permanecer en el interior. Los guardias estaban allí, pero dijeron que el joven parecía haber perdido parte de su timidez. Aquella mañana había discutido y protestado mucho, aparentemente asustado, por teléfono, dijo uno de los detectives, respondiendo a alguna voz desconocida con frases como "Estoy muy cansado y debo descansar un rato", "No puedo recibir a nadie durante algún tiempo, tendrá que disculparme", "Por favor, posponga la acción decisiva hasta que podamos arreglar algún hijo de compromiso", o "Lo siento mucho, pero debo tomarme unas vacaciones completas de todo; hablaré con usted más tarde". Luego, ganando aparentemente en audacia a través de la meditación, se había escabullido tan silenciosamente que nadie le había visto partir ni sabía que se había ido hasta que regresó hacia la una y entró en la casa sin decir nada. Había subido al piso de arriba, donde debió de volver a sentir un poco de miedo, ya que se le oyó

gritar de forma aguda y aterrorizada al entrar en su biblioteca, y después se quedó en una especie de jadeo ahogado. Sin embargo, cuando el mayordomo había ido a preguntar cuál era el problema, había aparecido en la puerta con un gran despliegue de audacia, y le había hecho un gesto silencioso para que se alejara de una manera que lo aterrorizaba inexplicablemente. Luego, evidentemente, había reacomodado sus estantes, ya que se produjo un gran estruendo, golpes y crujidos, tras lo cual reapareció y se marchó de inmediato. Willett preguntó si había dejado algún mensaje, pero le dijeron que no había ninguno. El mayordomo parecía extrañamente perturbado por algo en el aspecto y los modales de Charles, y preguntó solícitamente si había muchas esperanzas de curar sus desórdenes nerviosos. Durante casi dos horas, el doctor Willett esperó en vano en la biblioteca de Charles Ward, observando los estantes polvorientos con sus amplios huecos donde se habían retirado los libros, y sonriendo sombríamente ante el sobremantel con paneles de la pared norte, desde donde un año antes las suaves facciones del viejo Joseph Curwen habían mirado suavemente hacia abajo. Al cabo de un rato, las sombras empezaron a acumularse, y la alegría del atardecer dio paso a un vago y creciente terror que volaba como una sombra ante la noche. El Sr. Ward llegó por fin, y se mostró muy sorprendido y enfadado por la ausencia de su hijo, después de todos los esfuerzos que se habían hecho para vigilarlo. No sabía de la cita de Charles, y prometió avisar a Willett cuando el joven regresara. Al dar las buenas noches al doctor, expresó su absoluta perplejidad por el estado de su hijo, e instó a su interlocutor a hacer todo lo posible para devolver al muchacho a su estado normal. Willett se alegró de escapar de aquella biblioteca, pues algo espantoso e impío parecía rondar por ella; como si el cuadro desaparecido hubiera dejado tras de sí un legado de maldad. Nunca le había gustado aquel cuadro; e incluso ahora, por muy nervioso que estuviera, acechaba una cualidad en su panel vacante que le hacía sentir una necesidad urgente de salir al aire puro lo antes posible. A la mañana siguiente Willett recibió un mensaje del señor Ward, diciendo que Charles seguía ausente. El señor Ward mencionó que el doctor Allen le había telefonado para decirle que Charles permanecería en Pawtuxet durante algún tiempo, y que no debía ser molestado. Esto era necesario porque el propio Allen fue llamado repentinamente por un período indefinido, dejando las investigaciones en la necesidad de la supervisión constante de Charles. Charles le envió sus mejores deseos, y lamentó cualquier molestia que su abrupto cambio de planes pudiera haber causado. Al escuchar este mensaje, el Sr. Ward oyó la voz del Dr. Allen por primera vez, y pareció excitar algún recuerdo vago y evasivo que no podía ubicarse realmente, pero que era perturbador hasta el punto de ser temible. Ante estos informes desconcertantes y contradictorios, el doctor Willett no sabía qué hacer. No se podía negar la frenética seriedad de la nota de Charles, pero ¿qué se podía pensar de la inmediata violación de su propia política expresada por su autor? El joven Ward había escrito que sus delirios se habían vuelto blasfemos y amenazantes, que tanto ellos como su barbudo colega debían ser extirpados a cualquier precio, y que él mismo no volvería nunca a su escena final; sin embargo, según los últimos consejos, había olvidado todo esto y estaba de nuevo en el centro del misterio. El sentido común aconsejaba dejar al joven en paz con sus rarezas, pero algún instinto más profundo no permitía que la impresión de aquella carta frenética se disipara. Willett la leyó de nuevo, y no pudo hacer que su esencia sonara tan vacía y demente como su ampulosa verborrea y su falta de cumplimiento parecían implicar. Su terror era demasiado profundo y real, y, en conjunción con lo que el doctor ya sabía, evocaba indicios demasiado vívidos de monstruosidades de más allá del tiempo y del espacio, como para permitir cualquier explicación cínica. Había horrores sin nombre en el exterior; y por poco que uno pudiera llegar a ellos, debía estar preparado para cualquier tipo de acción en cualquier momento. Durante más de una semana, el doctor Willett reflexionó sobre el dilema que parecía imponérsele, y se sintió cada vez más inclinado a visitar a Charles en el bungalow de Pawtuxet. Ningún amigo del joven se había aventurado a irrumpir en este refugio prohibido, e incluso su padre sólo conocía su interior por las descripciones que él mismo decidía dar; pero Willett sentía que era necesaria alguna conversación directa con su paciente. El señor Ward había estado recibiendo de su hijo notas breves y sin compromiso, y dijo que la señora Ward, en su retiro de Atlantic City, no había tenido mejores palabras. Así que, finalmente, el doctor resolvió actuar, y a pesar de una curiosa sensación inspirada por las viejas leyendas de Joseph Curwen, y por las más recientes revelaciones y advertencias de Charles Ward, partió audazmente hacia el bungalow en el acantilado sobre el río. Willett había visitado antes el lugar por pura curiosidad, aunque, por supuesto, nunca entró en la casa ni proclamó su presencia, por lo que sabía exactamente la ruta que debía seguir. Conduciendo por Broad Street una tarde de finales de febrero en su pequeño motor, pensó extrañamente en el sombrío grupo que había tomado esa misma carretera ciento cincuenta y siete años antes, en una terrible misión que nadie podría comprender. El trayecto a través de la decadente franja de la ciudad fue corto, y el recortado Edgewood y el somnoliento Pawtuxet se extendieron en seguida por delante. Willett giró a la derecha por la calle Lockwood y condujo su coche tan lejos como pudo a lo largo de aquella carretera rural, y luego se bajó y caminó hacia el norte, donde el acantilado se elevaba por encima de las hermosas curvas del río y la extensión de las brumosas tierras bajas más allá. Las casas seguían siendo escasas aquí, y no había que confundir el bungalow aislado con su garaje de hormigón en un punto elevado del terreno a su izquierda. Subiendo a paso ligero por el descuidado camino de grava, golpeó la puerta con mano firme y habló sin temblar con el malvado mulato portugués, que la abrió a lo ancho de una rendija. Dijo que debía ver a Charles Ward de inmediato por un asunto de vital importancia. No se aceptaría ninguna excusa, y una repulsa sólo significaría un informe completo del asunto al mayor de los Ward. El mulato seguía dudando, y empujó la puerta cuando Willett intentó abrirla; pero el doctor se limitó a levantar la voz y a renovar sus exigencias. Entonces llegó desde el oscuro interior un ronco susurro que, de alguna manera, heló a quien lo escuchaba, aunque no sabía por qué lo temía. "Déjalo entrar, Tony", dijo, "podemos hablar ahora como siempre". Pero por muy inquietante que fuera el susurro, el mayor temor fue el que siguió inmediatamente. El suelo crujió y el orador se puso a la vista, y el dueño de aquellos extraños y resonantes tonos resultó ser nada menos que Charles Dexter Ward. La minuciosidad con la que el Dr. Willett recordó y registró su conversación de aquella tarde se debe a la importancia que asigna a este período en particular. Porque por fin admite un cambio vital en la mentalidad de Charles Dexter Ward y cree que el joven hablaba ahora desde un cerebro irremediabilmente ajeno al cerebro cuyo crecimiento había observado durante seis y veinte años. La controversia con el Dr. Lyman le ha obligado a ser muy específico, y definitivamente data la locura de Charles Ward desde el

momento en que las notas mecanografiadas comenzaron a llegar a sus padres. Esas notas no tienen el estilo normal de Ward; ni siquiera el estilo de esa última carta frenética a Willett. Por el contrario, son extrañas y arcaicas, como si el chasquido de la mente del escritor hubiera liberado un torrente de tendencias e impresiones recogidas inconscientemente a través del anticuario de la infancia. Hay un evidente esfuerzo por ser moderno, pero el espíritu y a veces el lenguaje son los del pasado. El pasado también era evidente en cada tono y gesto de Ward al recibir al doctor en aquel sombrío bungalow. Se inclinó, indicó a Willett que tomara asiento y comenzó a hablar bruscamente en aquel extraño susurro que trató de explicar desde el principio. "Me ha entrado la fiebre -comenzó- por este maldito aire del río. Debes disculpar mi forma de hablar. Supongo que ha venido usted de parte de mi padre para ver qué me aflige, y espero que no diga nada que lo alarme." Willett estudiaba estos tonos rasposos con extremo cuidado, pero estudiaba aún más detenidamente el rostro del que hablaba. Sentía que algo iba mal; y pensó en lo que la familia le había contado sobre el susto de aquel mayordomo de Yorkshire una noche. Deseó que no estuviera tan oscuro, pero no pidió que se abriera ninguna persiana. En cambio, se limitó a preguntar a Ward por qué había desmentido tanto la frenética nota de poco más de una semana antes. "A eso iba", respondió el anfitrión. "Debe usted saber que estoy muy mal de los nervios, y que hago y digo cosas raras que no puedo explicar. Como le he dicho a menudo, estoy al borde de los grandes asuntos, y la grandeza de los mismos tiene una forma de hacer que me maree. Cualquier hombre podría estar asustado por lo que he encontrado, pero no voy a demorarme mucho. Fui un tonto al tener ese guardia y ese bastón en casa; pues habiendo llegado hasta aquí, mi lugar está aquí. No me hablan bien mis vecinos fisgones, y tal vez me llevó la debilidad a creer lo que dicen de mí. No hay mal para nadie en lo que hago, mientras lo haga bien. Tened la bondad de esperar seis meses, y os mostraré lo que pagaré bien vuestra paciencia. "Sabed también que tengo un modo de aprender asuntos antiguos de cosas más seguras que los libros, y os dejaré juzgar la importancia de lo que puedo dar a la historia, a la filosofía y a las artes en razón de las puertas a que tengo acceso. Mi antepasado tenía todo esto cuando vinieron esos mirones sin sentido y lo asesinaron. Ahora lo tengo de nuevo, o estoy llegando muy imperfectamente a tener una parte de él. Esta vez no debe pasar nada, y menos por algún miedo idiota mío. Le ruego que olvide todo lo que le he escrito, señor, y no tenga miedo de este lugar ni de ninguno en él. El Dr. Allen es un hombre de buenas costumbres, y le debo una disculpa por cualquier cosa mala que haya dicho de él. Me gustaría no tener que prescindir de él, pero había cosas que tenía que hacer en otro lugar. Su celo es igual al mío en todos esos asuntos, y supongo que cuando temía el trabajo también lo temía a él como mi mayor ayudante en él." Ward hizo una pausa, y el doctor apenas supo qué decir o pensar. Se sintió casi tonto ante este tranquilo repudio de la carta; y sin embargo, se aferraba a él el hecho de que mientras el presente discurso era extraño y ajeno e indudablemente loco, la nota misma había sido trágica en su naturalidad y semejanza con el Charles Ward que él conocía. Willett trató ahora de volver la conversación a los asuntos anteriores, y recordar al joven algunos acontecimientos pasados que le devolvieran un estado de ánimo familiar; pero en este proceso sólo obtuvo los resultados más grotescos. Lo mismo ocurrió más tarde con todos los alienistas. Secciones importantes del acervo de imágenes mentales de Charles Ward, principalmente las que se referían a los tiempos modernos y a su propia vida personal, habían sido inexplicablemente expurgadas; mientras que todo el anticuario masivo de su juventud había brotado de algún subconsciente profundo para engullir lo contemporáneo y lo individual. El conocimiento final de la juventud sobre las cosas más antiguas era anormal e impío, y se esforzaba por ocultarlo. Cuando Willett mencionaba algún objeto favorito de sus estudios arcaicos de la infancia, a menudo arrojaba, por pura casualidad, una luz que ningún mortal normal podría esperar poseer, y el doctor se estremecía cuando se deslizaba la alusión simplista. No era saludable saber tanto sobre la forma en que se le cayó la peluca al gordo sheriff al inclinarse en la obra de teatro en la Academia Histriónica del señor Douglass en King Street el once de febrero de 1762, que cayó en jueves; o sobre cómo los actores cortaron el texto de "El amante consciente" de Steele tan mal que uno casi se alegró de que la legislatura, plagada de bautistas, cerrara el teatro quince días después. Las viejas cartas podrían decir que el carruaje de Thomas Sabin era "malditamente incómodo", pero ¿qué anticuario sano podría recordar cómo el crujido del nuevo cartel de Epenetus Olney (el llamativo Crown que instaló después de que empezara a llamar a su taberna Crown Coffee House) era exactamente igual que las primeras notas de la nueva pieza de jazz que estaban reproduciendo todas las radios de Pawtuxet? Sin embargo, Ward no se dejaría interrogar por mucho tiempo en esta línea. Los temas modernos y personales los dejó de lado de forma bastante sumaria, mientras que en lo que respecta a los asuntos antiguos pronto mostró el más claro aburrimiento. Lo que deseaba claramente era sólo satisfacer a su visitante lo suficiente como para que se marchara sin intención de volver. Para ello se ofreció a mostrarle a Willett toda la casa, y en seguida procedió a conducir al doctor por todas las habitaciones, desde el sótano hasta el ático. Willett miró con atención, pero observó que los libros visibles eran demasiado escasos y triviales para haber llenado nunca los amplios huecos de las estanterías de Ward en su casa, y que el escaso llamado "laboratorio" era la más endeble especie de persiana. Estaba claro que había una biblioteca y un laboratorio en otro lugar, pero era imposible decir dónde. Derrotado esencialmente en su búsqueda de algo que no podía nombrar, Willett regresó al pueblo antes del anochecer y le contó al Ward mayor todo lo que había ocurrido. Estuvieron de acuerdo en que el joven debía estar definitivamente fuera de sí, pero decidieron que no era necesario hacer nada drástico en ese momento. Sobre todo, había que mantener a la señora Ward en una ignorancia tan completa como lo permitieran las extrañas notas mecanografiadas de su hijo. El Sr. Ward decidió entonces visitar a su hijo en persona, por sorpresa. El Dr. Willett lo llevó en su coche una tarde, guiándolo hasta la vista del bungalow y esperando pacientemente su regreso. La sesión fue larga, y el padre salió muy entristecido y perplejo. Su recibimiento se había desarrollado de forma muy parecida a la de Willett, salvo que Charles había tardado demasiado en aparecer después de que el visitante entrara por la fuerza en el salón y despidiera al portugués con una demanda imperativa; y en el porte del hijo alterado no había ni rastro de afecto filial. Las luces habían sido tenues, pero aun así el joven se había quejado de que le deslumbraban escandalosamente. No había hablado en voz alta, alegando que su garganta estaba en muy mal estado; pero en su ronco susurro había una cualidad tan vagamente inquietante que el Sr. Ward no podía desterrarla de su mente. Ahora, definitivamente unidos para hacer todo lo posible por la salvación mental del joven, el Sr.

Ward y el Dr. Willett se dedicaron a recopilar todos los datos que el caso pudiera ofrecer. Los chismes de Pawtuxet fueron el primer elemento que estudiaron, y esto fue relativamente fácil de obtener ya que ambos tenían amigos en esa región. El Dr. Willett obtuvo la mayor cantidad de rumores porque la gente hablaba con más franqueza con él que con los padres del personaje central, y de todo lo que escuchó pudo deducir que la vida del joven Ward se había vuelto realmente extraña. Las lenguas vulgares no disociaban su hogar del vampirismo del verano anterior, mientras que las idas y venidas nocturnas de los camiones de motor proporcionaban su cuota de especulación oscura. Los comerciantes locales hablaban de lo extraño de los pedidos que les llevaba el mulato de aspecto malvado y, en particular, de las desmesuradas cantidades de carne y sangre fresca que se conseguían en las dos carnicerías de los alrededores. Para una casa de sólo tres personas, estas cantidades eran bastante absurdas. Luego estaba el asunto de los sonidos bajo la tierra. Los informes sobre estas cosas eran más difíciles de precisar, pero todos los vagos indicios coincidían en ciertos aspectos básicos. Los ruidos de carácter ritual existían sin duda, y en momentos en que el bungalow estaba a oscuras. Podían provenir, por supuesto, del sótano conocido; pero los rumores insistían en que había criptas más profundas y extendidas. Recordando los antiguos relatos sobre las catacumbas de Joseph Curwen, y dando por sentado que el actual bungalow había sido seleccionado por su situación en el antiguo emplazamiento de Curwen, tal como se revela en uno u otro de los documentos encontrados detrás del cuadro, Willett y el señor Ward prestaron mucha atención a esta fase del chisme; y buscaron muchas veces sin éxito la puerta en la orilla del río que mencionaban los antiguos manuscritos. En cuanto a las opiniones populares sobre los diversos habitantes del bungalow, pronto quedó claro que el portugués de Brava era aborrecido, el doctor Allen, barbudo y con gafas, temido, y el joven y pálido erudito, profundamente disgustado. Durante la última semana o dos, Ward había cambiado mucho, abandonando sus intentos de afabilidad y hablando sólo en susurros roncos pero extrañamente repelentes en las pocas ocasiones en que se aventuró. Tales eran los jirones y fragmentos reunidos aquí y allá; y sobre ellos el señor Ward y el doctor Willett mantuvieron muchas largas y serias conferencias. Se esforzaron por ejercitar al máximo la deducción, la inducción y la imaginación constructiva; y por correlacionar todos los hechos conocidos de la vida posterior de Charles, incluida la frenética carta que el doctor mostraba ahora al padre, con las escasas pruebas documentales disponibles sobre el viejo Joseph Curwen. Habrían dado mucho por echar un vistazo a los papeles que Charles había encontrado, pues estaba claro que la clave de la locura del joven residía en lo que había aprendido del antiguo mago y de sus actos. Y sin embargo, después de todo, no fue a partir de ningún paso del Sr. Ward o del Dr. Willett que se dio el siguiente paso en este singular caso. El padre y el médico, desairados y confundidos por una sombra demasiado informe e intangible para combatirla, habían descansado intranquilos sobre sus remos mientras las notas mecanografiadas del joven Ward a sus padres eran cada vez menos numerosas. Entonces llegó el primer día del mes con sus habituales ajustes financieros, y los empleados de ciertos bancos comenzaron un peculiar movimiento de cabezas y a telefonar de uno a otro. Los funcionarios que conocían a Charles Ward de vista fueron al bungalow para preguntar por qué todos los cheques que aparecían en esta coyuntura eran una torpe falsificación, y se sintieron menos tranquilos de lo que debían cuando el joven explicó con voz ronca que su mano se había visto últimamente tan afectada por un shock nervioso que le impedía escribir con normalidad. Dijo que no podía formar caracteres escritos sino con gran dificultad; y podía demostrarlo por el hecho de que se había visto obligado a escribir a máquina todas sus cartas recientes, incluso las dirigidas a su padre y a su madre, que confirmarían la afirmación. Lo que hizo que los investigadores se detuvieran confundidos no fue sólo esta circunstancia, pues no era nada inédito ni fundamentalmente sospechoso; ni siquiera los chismes de Pawtuxet, de los que uno o dos de ellos habían captado ecos. Lo que les desconcertó fue el confuso discurso del joven, que implicaba una pérdida de memoria prácticamente total en relación con importantes asuntos monetarios que había tenido a su alcance sólo uno o dos meses antes. Algo andaba mal, ya que a pesar de la aparente coherencia y racionalidad de su discurso, no podía haber ninguna razón normal para este mal disimulado olvido de puntos vitales. Además, aunque ninguno de estos hombres conocía bien a Ward, no pudieron evitar observar el cambio en su lenguaje y en sus maneras. Habían oído que era un anticuario, pero incluso los anticuarios más desesperados no hacen uso de una fraseología y unos gestos obsoletos. En conjunto, esta combinación de ronquera, manos paralizadas, mala memoria, alteraciones en el habla y en el porte, representaba algún trastorno o enfermedad de auténtica gravedad, que, sin duda, constituía la base de los extraños rumores que prevalecían; y después de su partida, el grupo de funcionarios decidió que era imperativa una charla con el Ward mayor. Así que el de marzo de 1928 hubo una larga y seria conferencia en el despacho del señor Ward, tras la cual el padre, totalmente desconcertado, convocó al doctor Willett en una especie de resignación impotente. Willett repasó las tensas y torpes firmas de los cheques, y las comparó en su mente con la caligrafía de aquella última nota frenética. Ciertamente, el cambio era radical y profundo, y sin embargo había algo condenadamente familiar en la nueva escritura. Tenía unas tendencias canijas y arcaicas muy curiosas, y parecía ser el resultado de un tipo de trazo totalmente diferente al que el joven había utilizado siempre. Era extraño, pero ¿dónde lo había visto antes? En general, era obvio que Charles estaba loco. De eso no cabía duda. Y como parecía poco probable que pudiera manejar su propiedad o seguir tratando con el mundo exterior por mucho tiempo, había que hacer algo rápidamente para su supervisión y posible cura. Fue entonces cuando se llamó a los alienistas, los doctores Peck y Waite, de Providence, y el doctor Lyman, de Boston, a los que el señor Ward y el doctor Willett dieron la historia más exhaustiva posible del caso, y que conferenciaron largamente en la biblioteca, ahora inutilizada, de su joven paciente, examinando los libros y papeles que quedaban de él para obtener alguna noción más de su habitual molde mental. Después de escudriñar este material y examinar la nota del joven a Willett, todos estuvieron de acuerdo en que los estudios de Charles Ward habían sido suficientes, para desbanicar o al menos deformar cualquier intelecto ordinario, y desearon de todo corazón poder ver sus volúmenes y documentos más íntimos; pero esto último sabían que sólo podrían hacerlo, si acaso, después de una escena en el propio bungalow. Willett revisó ahora todo el caso con febril energía; fue entonces cuando obtuvo las declaraciones de los obreros que habían visto a Charles encontrar los documentos de Curwen, y cuando cotejó los incidentes de los artículos periodísticos destruidos, buscando estos últimos en la oficina del Journal. El jueves de marzo,

los doctores Willett, Peck, Lyman y Waite, acompañados por el señor Ward, hicieron al joven un recorrido a oscuras con sus objetos e interrogaron al ahora reconocido paciente con extrema minuciosidad. Charles, aunque tardó mucho en responder a la citación y seguía oliendo a extraños y nocivos olores de laboratorio cuando finalmente hizo su agitada aparición, demostró no ser un sujeto recalcitrante y admitió libremente que su memoria y su equilibrio se habían resentido un poco por la estrecha aplicación a los estudios abstrusos. No ofreció ninguna resistencia cuando se insistió en su traslado a otras dependencias; y parecía, de hecho, mostrar un alto grado de inteligencia, aparte de la mera memoria. Su conducta habría desconcertado a sus entrevistadores si la tendencia persistentemente arcaica de su discurso y la inequívoca sustitución de las ideas modernas por las antiguas en su conciencia no lo hubieran señalado como alguien definitivamente alejado de lo normal. De su trabajo no quiso decir más al grupo de médicos de lo que había dicho antes a su familia y al doctor Willett, y su frenética nota del mes anterior la descartó como meros nervios e histeria. Insistió en que aquel sombrío bungalow no poseía ninguna biblioteca o laboratorio más allá de los visibles, y se puso abstruso para explicar la ausencia en la casa de olores como los que ahora saturaban toda su ropa. Las habladurías del vecindario no las atribuía más que a la inventiva barata de una curiosidad desconcertada. Sobre el paradero del Dr. Allen dijo que no se sentía en libertad de hablar definitivamente, pero aseguró a sus visitantes que el hombre de barba y gafas volvería cuando lo necesitaran. Al pagarle a la robusta Brava, que se resistió a todas las preguntas de los visitantes, y al cerrar el bungalow que aún parecía guardar esos secretos nocturnos, Ward no mostró ningún signo de nerviosismo, salvo una tendencia apenas perceptible a detenerse como si escuchara algo muy tenue. Aparentemente estaba animado por una resignación tranquilamente filosófica, como si su traslado fuera el más mínimo incidente transitorio que causaría el menor problema si se facilitaba y se eliminaba de una vez por todas. Estaba claro que confiaba en su evidente agudeza mental absoluta para superar todos los apuros a los que le habían conducido su retorcida memoria, su pérdida de voz y escritura, y su comportamiento reservado y excéntrico. Se acordó que su madre no debía ser informada del cambio; su padre suministró notas mecanografiadas en su nombre. Ward fue llevado al pintoresco y tranquilo hospital privado del Dr. Waite en la isla de Conanicut, en la bahía, y fue sometido a un minucioso examen e interrogatorio por parte de todos los médicos relacionados con el caso. Fue entonces cuando se notaron las rarezas físicas; el metabolismo aflojado, la piel alterada y las reacciones neuronales desproporcionadas. El Dr. Willett fue el más perturbado de los varios examinadores, pues había atendido a Ward toda su vida y podía apreciar con terrible agudeza el alcance de su desorganización física. Incluso la familiar marca de aceituna de su cadera había desaparecido, mientras que en su pecho había un gran lunar negro o cicatriz que nunca había estado allí antes, y que hizo que Willett se preguntara si el joven se había sometido alguna vez a alguna de las "marcas de brujas" que se reputaban infligidas en ciertas insanas reuniones nocturnas en lugares salvajes y solitarios. El doctor no podía dejar de pensar en cierta acta transcrita de un juicio de brujas de Salem que Charles le había mostrado en los viejos tiempos no secretos, y que decía: "El Sr. G. B. en esa noche puso su marca en Bridget S., Jonathan A., Simon O, Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C. y Deborah B.". El rostro de Ward también le preocupó horriblemente, hasta que al final descubrió por qué estaba horrorizado. Sobre el ojo derecho del joven había algo en lo que nunca se había fijado: una pequeña cicatriz o fosa, exactamente igual a la que aparecía en el desmenuzado cuadro del viejo Joseph Curwen, y que tal vez atestiguaba alguna espantosa inoculación ritual a la que ambos se habían sometido en cierta etapa de sus carreras ocultas. Mientras el propio Ward desconcertaba a todos los médicos del hospital, se mantenía una vigilancia muy estricta sobre toda la correspondencia dirigida a él o al doctor Allen, que el señor Ward había ordenado que se entregara en el domicilio familiar. Willett había predicho que se encontraría muy poco, ya que cualquier comunicación de carácter vital probablemente se habría intercambiado por mensajero; pero a finales de marzo llegó una carta de Praga para el doctor Allen que hizo reflexionar profundamente tanto al médico como al padre. Estaba redactada con una letra muy tosca y arcaica, y aunque claramente no era el esfuerzo de un extranjero, mostraba un alejamiento casi tan singular del inglés moderno como el habla del propio joven Ward. Decía: Kleinstrasse 11, Altstadt, Praga, 11 de febrero de 1928 Hermano en Almousin-Metraton! --- Hoy recibí tu mención de lo que surgió de los Saltes que te envié. Estaba equivocado, y significa claramente que vuestras lápidas habían sido cambiadas cuando Barnabus me consiguió la muestra. A menudo es así, como debes saber por la cosa que obtuviste del terreno de la Capilla del Rey en 1769 y por lo que obtuviste de Olde Buryg Point en 1690, que era como para endeudarlo. Conseguí una cosa así en Egipto hace 75 años, de la cual vino la cicatriz que el chico vio aquí en 1924. Como te dije hace mucho tiempo, no invoques lo que no puedes eliminar, ya sea de las sales muertas o de las esferas del más allá. Tened siempre preparadas las palabras para la colocación, y no dejéis de estar seguros cuando tengáis alguna duda de quién es. Las piedras se cambian ahora en nueve de cada diez terrenos. Nunca se está seguro hasta que se pregunta. Hoy he sabido de H., que ha tenido problemas con los soldados. Se lamenta de que Transilvania haya pasado de Hungría a Rumanía, y cambiaría de sede si el castillo no estuviera tan lleno de lo que sabemos. Pero de esto sin duda os ha escrito. En mi próximo envío habrá algo de una tumba de la colina de Oriente que os encantarán. Mientras tanto, no olvide que deseo a B. F., si es posible que lo consiga. Conoces a G. en Filadelfia mejor que yo. Haz que suba primero si quieres, pero no lo uses tanto que será difícil, porque debo hablar con él en el final. Yogg-Sothoth Neblod Zin Simon O. Para el Sr. J. C. en Providence. El Sr. Ward y el Dr. Willett se detuvieron en el más absoluto caos ante este aparente trozo de locura no aliviada. Sólo por grados asimilaron lo que parecía implicar. ¿Así que el ausente Dr. Allen, y no Charles Ward, había llegado a ser el espíritu principal en Pawtuxet? Eso debía explicar la salvaje referencia y determinación en la última y frenética carta del joven. ¿Y qué hay de esa forma de dirigirse al extraño con barba y gafas como "Sr. J. C."? No se podía escapar de la inferencia, pero hay límites a la posible monstruosidad. ¿Quién era "Simón O."? ¿El anciano que Ward había visitado en Praga cuatro años antes? Tal vez, pero en los siglos anteriores había habido otro Simón O.: Simón Orne, alias Jedediah, de Salem, que desapareció en 1771, y cuya peculiar letra el doctor Willett reconocía ahora inequívocamente a partir de las copias fotostáticas de las fórmulas de Orne que Charles le había mostrado en una ocasión. ¿Qué horrores y misterios, qué contradicciones y contravenciones de la naturaleza, habían regresado después de siglo y medio para acosar a la vieja Providencia con sus agujas y cúpulas

agrupadas? El padre y el viejo médico, prácticamente sin saber qué hacer o qué pensar, fueron a ver a Charles al hospital y lo interrogaron con toda la delicadeza que pudieron sobre el doctor Allen, sobre la visita a Praga y sobre lo que había sabido de Simon o Jedediah Orne de Salem. A todas estas preguntas, el joven se mostró cortésmente evasivo, limitándose a ladrar en su ronco susurro que había descubierto que el Dr. Allen tenía una notable compenetración espiritual con ciertas almas del pasado, y que cualquier corresponsal que el barbudo pudiera tener en Praga probablemente estaría igualmente dotado. Cuando se marcharon, el Sr. Ward y el Dr. Willett se dieron cuenta, para su disgusto, de que en realidad habían sido ellos los catequizados; y que sin impartir él mismo nada vital, el joven confinado les había sonsacado hábilmente todo lo que contenía la carta de Praga. Los doctores Peck, Waite y Lyman no se inclinaban a dar mucha importancia a la extraña correspondencia del compañero del joven Ward, pues conocían la tendencia de los excéntricos y monomaniacos afines a agruparse, y creían que Charles o Allen se habían limitado a desenterrar a un homólogo expatriado, tal vez uno que había visto la letra de Orne y la había copiado en un intento de hacerse pasar por la reencarnación del antiguo personaje. El propio Allen tal vez fuera un caso similar, y puede haber persuadido al joven para que lo aceptara como un avatar del difunto Curwen. Tales cosas ya se habían conocido antes, y sobre la misma base los médicos de la cabeza dura dispusieron de la creciente inquietud de Willett acerca de la escritura actual de Charles Ward, tal como lo demostraban las muestras no premeditadas obtenidas mediante diversas artimañas. Willett pensó que por fin había localizado su extraña familiaridad, y que lo que vagamente se parecía era la antigua caligrafía del propio Joseph Curwen; pero esto los otros médicos lo consideraron como una fase de imitación que sólo cabía esperar en una manía de este tipo, y se negaron a concederle ninguna importancia, ni favorable ni desfavorable. Reconociendo esta actitud prosaica en sus colegas, Willett aconsejó al señor Ward que guardara para sí la carta que llegó para el doctor Allen el de abril desde Rakus, Transilvania, con una letra tan intensa y fundamentalmente parecida a la de la cifra Hutchinson que tanto el padre como el médico se detuvieron con temor antes de romper el sello. Decía lo siguiente: Castillo Ferenczy 7 de marzo de 1928. Estimado C.: - He tenido un escuadrón de 20 milicianos para hablar de lo que dice la gente del campo. Debe cavar más profundo y tener menos Hearde. Estos rumanos son una plaga, son oficiosos y particulares donde se puede comprar un magiar con una bebida y comida. El mes pasado, el señor me consiguió el sarcófago de las Cinco Esfinges de la Acrópolis, donde me dijo que estaba el que yo llamé, y he tenido 3 tazas con lo que había dentro. Irá a S. O. en Praga directamente, y de ahí a ti. Es obstinado, pero usted conoce el camino con tales. Habéis sido muy sabios al tener menos gente que antes, porque no había necesidad de mantener a los guardias en forma y comiendo sus cabezas, y era mucho más fácil de encontrar en caso de problemas, como vosotros dos sabéis muy bien. Ahora podéis trasladaros y trabajar en otra parte sin mataros en caso de necesidad, aunque espero que nada os obligue pronto a un camino tan molesto. Me alegro de que no traigáis tanto con los de fuera, porque siempre hubo un peligro mortal en ello, y sois conscientes de lo que hizo cuando pedisteis protección a alguien que no estaba dispuesto a darla. Me superas en la obtención de las fórmulas para que otro pueda decirlas con éxito, pero Borellus pensó que sería así si se tuvieran las palabras correctas. ¿Las usáis a menudo? Lamento que se vuelva aprensivo, como temía que lo fuera cuando lo tuve aquí cerca de quince meses, pero soy consciente de que sabéis cómo tratar con él. No podéis derribarlo con vuestras fórmulas, porque eso sólo funcionará con los que las otras fórmulas han sacado de Saltes; pero aún tenéis manos fuertes y cuchillo y pistola, y las tumbas no son difíciles de cavar, ni los ácidos son difíciles de desenterrar. O. dice que le has prometido a B. F. que lo tendré después. B. va a ti pronto, y puede darte lo que deseas de esa cosa oscura debajo de Memphis. Tengan cuidado con lo que llaman, y tengan cuidado con el chico. Dentro de un año estará maduro para sacar las legiones de abajo, y entonces no habrá límites para lo que será nuestro. Tened confianza en lo que digo, porque sabéis que O. y yo hemos tenido estos años más que vosotros para consultar estos asuntos. Nephreu-Ka nai Hadoth Edw: H. Para J. Curwen, Esq. Providence. Pero si Willett y el Sr. Ward se abstuvieron de mostrar esta carta a los alienistas, no se abstuvieron de actuar sobre ella ellos mismos. Ninguna cantidad de sofismas eruditos podría controvertir el hecho de que el Dr. Allen, extrañamente barbudo y con gafas, del que la frenética carta de Charles había hablado como una amenaza monstruosa, mantenía una estrecha y siniestra correspondencia con dos inexplicables criaturas a las que Ward había visitado en sus viajes y que claramente afirmaban ser supervivientes o avatares de los antiguos colegas de Curwen en Salem. Que se consideraba a sí mismo como la reencarnación de Joseph Curwen, y que albergaba - o al menos se le aconsejaba que albergara- planes asesinos contra un "muchacho" que difícilmente podía ser otro que Charles Ward. Había un horror organizado, y no importaba quién lo hubiera iniciado, el desaparecido Allen estaba ya en el fondo del asunto. Por lo tanto, agradeciendo al cielo que Charles estuviera ahora a salvo en el hospital, el Sr. Ward no perdió tiempo en contratar detectives para averiguar todo lo que pudieran sobre el enigmático doctor barbudo; averiguar de dónde había venido y qué sabía Pawtuxet de él, y si era posible descubrir su paradero actual. Al proporcionarles una de las llaves del bungalow que Charles cedió, les instó a que exploraran la habitación vacía de Allen, que había sido identificada cuando se empacaron las pertenencias del paciente, y a que obtuvieran las pistas que pudieran de los efectos que pudiera haber dejado. El Sr. Ward habló con los detectives en la antigua biblioteca de su hijo, y sintieron un marcado alivio cuando la abandonaron por fin; porque parecía rondar por el lugar una vaga aura de Maldad. Tal vez fuera lo que habían oído sobre el infame y viejo mago cuyo retrato se veía desde el panel del sobremantel, y tal vez fuera algo diferente e irrelevante; pero en cualquier caso, todos percibieron un miasma intangible que se centraba en aquel vestigio tallado de una vivienda antigua y que a veces casi alcanzaba la intensidad de una emanación material.

Y ahora siguió rápidamente esa horrible experiencia que ha dejado su marca indeleble de miedo en el alma de Marinus Bicknell Willett, y ha añadido una década a la edad visible de alguien cuya juventud estaba ya muy avanzada. El Dr. Willett había conversado largamente con el Sr. Ward, y había llegado a un acuerdo con él en varios puntos que ambos consideraban que los alienistas ridiculizarían. Admitieron que había un movimiento terrible vivo en el mundo, cuya conexión directa con una nigromancia aún más antigua que la brujería de Salem no podía ponerse en duda. Que al menos dos hombres vivos -y otro más del que no se atrevían a pensarse- estaban en absoluta posesión de mentes o personalidades que habían funcionado ya en 1690 o antes, estaba igualmente demostrado de forma casi inatacable incluso frente a todas las leyes naturales conocidas. Lo que estas horribles criaturas -y también Charles Ward- hacían o intentaban hacer parecía bastante claro a partir de sus cartas y de toda la luz, tanto antigua como nueva, que se había filtrado sobre el caso. Estaban robando las tumbas de todas las épocas, incluidas las de los hombres más sabios y grandes del mundo, con la esperanza de recuperar de las cenizas pasadas algún vestigio de la conciencia y la sabiduría que una vez los había animado e informado. Entre estos necrófagos de pesadilla se producía un horrible tráfico, por el que se intercambiaban huesos ilustres con la calma calculadora de los colegiales que intercambian libros; y de lo que se extraía de este polvo centenario se anticipaba un poder y una sabiduría más allá de todo lo que el cosmos había visto jamás concentrado en un hombre o grupo. Habían encontrado formas impías de mantener sus cerebros vivos, ya sea en el mismo cuerpo o en cuerpos diferentes; y evidentemente habían logrado una forma de aprovechar la conciencia de los muertos que reunían. Parece que había algo de verdad en el quimérico Borellus cuando escribió sobre la preparación, incluso de los restos más antiguos, de ciertas "Sales Esenciales" de las que podría surgir la sombra de un ser vivo muerto hace tiempo. Había una fórmula para evocar tal sombra, y otra para apagarla; y ahora se había perfeccionado tanto que podía enseñarse con éxito. Hay que tener cuidado con las evocaciones, pues los marcadores de las tumbas antiguas no siempre son precisos. Willett y el señor Ward se estremecieron al pasar de conclusión en conclusión. Las cosas -presencias o voces de algún tipo- pueden ser atraídas desde lugares desconocidos, así como desde la tumba, y en este proceso también hay que tener cuidado. Joseph Curwen había evocado indudablemente muchas cosas prohibidas, y en cuanto a Charles, ¿qué se podía pensar de él? ¿Qué fuerzas "fuera de las esferas" habían llegado a él desde la época de Joseph Curwen y habían hecho que su mente se centrara en cosas olvidadas? Había sido conducido a encontrar ciertas direcciones, y las había utilizado. Había hablado con el hombre del horror en Praga y se había quedado mucho tiempo con la criatura en las montañas de Transilvania. Y debió encontrar por fin la tumba de Joseph Curwen. Aquel artículo del periódico y lo que su madre había oído por la noche eran demasiado significativos para pasarlos por alto. Entonces había convocado algo, y debía haber llegado. Aquella poderosa voz en lo alto del Viernes Santo, y aquellos tonos diferentes en el laboratorio del ático cerrado. ¿A qué se parecían, con su profundidad y su vacío? ¿No había aquí un terrible presagio del temido Dr. Allen con su bajo espectral? Sí, eso era lo que el Sr. Ward había sentido con vago horror en su única charla con el hombre -sí es que era un hombre- por teléfono ¿Qué conciencia o voz infernal, qué matiz mórbido de presencia, había venido a responder a los ritos secretos de Charles Ward tras aquella puerta cerrada? Aquellas voces que se oían en la discusión - "debe tenerlo rojo durante tres meses"- ¡Dios mío! ¿No fue eso justo antes de que estallara el vampirismo? El desvalijamiento de la antigua tumba de Ezra Weeden, y los gritos posteriores en Pawtuxet -¿Qué mente había planeado la venganza y redescubierto la sede rechazada de las blasfemias mayores? Y luego el bungalow y el extraño barbudo, y las habladurías, y el miedo. La locura final de Charles ni el padre ni el médico podían intentar explicarla, pero sí estaban seguros de que la mente de Joseph Curwen había vuelto a la tierra y seguía sus antiguas morbosidades. ¿Era en verdad una posibilidad la posesión demoníaca? Allen tenía algo que ver, y los detectives debían averiguar más sobre uno cuya existencia amenazaba la vida del joven. Mientras tanto, dado que la existencia de una vasta cripta bajo el bungalow parecía prácticamente indiscutible, había que hacer algún esfuerzo por encontrarla. Willett y el señor Ward, conscientes de la actitud escéptica de los alienistas, resolvieron durante su conferencia final emprender una exploración conjunta de una minuciosidad sin igual; y acordaron reunirse en el bungalow a la mañana siguiente con maletas y con ciertas herramientas y accesorios adecuados para la búsqueda arquitectónica y la exploración subterránea. La mañana del 6 de abril amaneció despejada, y ambos exploradores estaban en el bungalow a las diez. El Sr. Ward tenía la llave, y se hizo una entrada y un reconocimiento superficial. Por el desorden de la habitación del Dr. Allen era obvio que los detectives habían estado allí antes, y los exploradores posteriores esperaban haber encontrado alguna pista que pudiera resultar valiosa. Por supuesto, el asunto principal estaba en el sótano; así que descendieron allí sin mucha demora, haciendo de nuevo el circuito que cada uno había hecho en vano antes en presencia del joven propietario loco. Por un momento todo pareció desconcertante, cada centímetro del suelo de tierra y de las paredes de piedra tenía un aspecto tan sólido e inocuo que apenas se podía pensar en una abertura bostezante. Willett reflexionó que, puesto que el sótano original fue excavado sin que se supiera de la existencia de catacumbas debajo, el comienzo del pasaje representaría la excavación estrictamente moderna del joven Ward y sus asociados, en la que habían sondeado las antiguas bóvedas cuyo rumor no pudo llegar a ellos por ningún medio saludable. El doctor trató de ponerse en el lugar de Charles para ver cómo era probable que empezara un delator, pero no pudo inspirarse mucho en este método. Entonces se decidió por la eliminación como política, y recorrió cuidadosamente toda la superficie subterránea tanto vertical como horizontal, tratando de dar cuenta de cada centímetro por separado. Pronto se vio sustancialmente reducido, y al final no le quedó más que la pequeña plataforma que hay delante de los lavabos, que ya había probado una vez en vano. Experimentando ahora de todas las maneras posibles, y ejerciendo el doble de fuerza, descubrió finalmente que la parte superior giraba y se deslizaba horizontalmente sobre un pivote de esquina. Debajo de ella había una superficie de hormigón con una boca de acceso de hierro, a la que el Sr. Ward se apresuró con entusiasmo. La tapa no era difícil de levantar, y el padre la había quitado del todo cuando Willett notó la rareza de su aspecto. Se balanceaba y cabeceaba mareado, y en la ráfaga de aire nocivo que subía desde la negra fosa de abajo el doctor pronto reconoció la amplia causa. En un momento el Dr. Willett tenía a su compañero desmayado en el piso

de arriba y lo estaba reanimando con agua fría. El Sr. Ward respondió débilmente, pero se podía ver que la explosión mefítica de la cripta lo había enfermado gravemente de alguna manera. Deseando no correr ningún riesgo, Willett se apresuró a ir a la calle Broad en busca de un taxi y pronto envió al enfermo a su casa, a pesar de sus débiles protestas; después sacó una antorcha eléctrica, cubrió sus fosas nasales con una banda de gasa estéril y descendió una vez más para mirar en las nuevas profundidades. El aire viciado había disminuido ligeramente, y Willett pudo enviar un rayo de luz hacia el interior del agujero estigio. Durante unos tres metros, vio que se trataba de una caída cilíndrica con paredes de hormigón y una escalera de hierro; después, el agujero parecía chocar con un tramo de antiguos escalones de piedra que originalmente debían emerger a la tierra algo al sur del edificio actual. Willett admite libremente que por un momento el recuerdo de las viejas leyendas de Curwen le impidió bajar solo a aquel maloliente abismo. No pudo evitar pensar en lo que Luke Fenner había relatado en aquella última y monstruosa noche. Entonces el deber se impuso y se lanzó llevando una gran valija para sacar los papeles que pudieran resultar de suprema importancia. Lentamente, como correspondía a alguien de su edad, descendió la escalera y llegó a los viscosos escalones de abajo. Se trataba de una mampostería antigua, según le indicó su linterna, y sobre las paredes goteantes vio el malsano musgo de los siglos. Los peldaños bajaban, bajaban; no en espiral, sino en tres giros bruscos, y con tal estrechez que dos hombres habrían podido pasar con dificultad. Había contado unos treinta cuando un sonido le llegó muy débilmente; y después de eso no se sintió dispuesto a contar más. Era un sonido impío; uno de esos ultrajes insidiosos y de bajo perfil de la naturaleza que no deben serlo. Llamarle un lamento sordo, un quejido arrastrado por la fatalidad o un aullido desesperado de angustia coreada y carne golpeada sin mente sería pasar por alto su quintaesencia de lo repugnante y los matices que enferman el alma. ¿Era por esto que Ward había parecido escuchar aquel día en que fue eliminado? Era lo más espeluznante que Willett había oído nunca, y continuaba sin punto determinado mientras el doctor llegaba al final de la escalinata y proyectaba la luz de su antorcha en torno a las elevadas paredes del corredor, coronadas por bóvedas ciclópeas y atravesadas por innumerables arcos negros. El vestíbulo en el que se encontraba medía quizás catorce pies de altura hasta la mitad de la bóveda y diez o doce pies de ancho. Su pavimento era de grandes losas astilladas, y sus paredes y techo eran de mampostería. No podía imaginar su longitud, pues se extendía indefinidamente en la oscuridad. De los arcos, algunos tenían puertas del viejo tipo colonial de seis paneles, mientras que otros no tenían ninguna. Superando el temor inducido por el olor y los aullidos, Willett comenzó a explorar estos arcos uno por uno, encontrando más allá de ellos habitaciones con techos de piedra acanalada, cada una de ellas de tamaño medio y aparentemente de usos extraños; la mayoría tenía chimeneas, cuyos cursos superiores habrían formado un interesante estudio de ingeniería. Nunca antes ni después había visto tales instrumentos o sugerencias de instrumentos que aquí se asomaban por todas partes a través del polvo y las telarañas enterradas de un siglo y medio, en muchos casos evidentemente destrozados como por los antiguos asaltantes. Muchas de las cámaras parecían no haber sido pisadas por los pies modernos, y debían representar las primeras y más obsoletas fases de los experimentos de Joseph Curwen. Finalmente llegó una habitación de evidente modernidad, o al menos de reciente ocupación. Había contadores de aceite, estanterías y mesas, sillas y armarios, y un escritorio apilado con papeles de diversa antigüedad y contemporaneidad. Había candelabros y lámparas de aceite en varios lugares; y encontrando una caja de cerillas a mano, Willett encendió las que estaban listas para ser utilizadas. A plena luz, parecía que aquel apartamento era nada menos que el último estudio o biblioteca de Charles Ward. El doctor había visto muchos libros antes, y buena parte de los muebles procedían claramente de la mansión de Prospect Street. Aquí y allá había una pieza bien conocida por Willett, y la sensación de familiaridad llegó a ser tan grande que casi olvidó el ruido y los lamentos, que eran más claros aquí que al pie de la escalera. Su primer deber, planeado desde hace tiempo, era encontrar y apoderarse de cualquier documento que pudiera parecer de vital importancia; especialmente aquellos portentosos documentos encontrados por Charles hace tanto tiempo detrás del cuadro de Olney Court. A medida que buscaba, se dio cuenta de la estupenda tarea que supondría el desentrañamiento final, ya que un archivo tras otro estaba repleto de papeles con manos y diseños curiosos, por lo que se necesitarían meses o incluso años para descifrarlos y editarlos a fondo. En una ocasión encontró grandes paquetes de cartas con matasellos de Praga y Rakus, y con una escritura claramente reconocible como la de Orne y Hutchinson; todo ello lo llevó consigo como parte del fardo que debía llevarse en su valija. Por fin, en un armario de caoba cerrado con llave que antaño adornaba la casa de Ward, Willett encontró el lote de viejos papeles de Curwen; reconociéndolos por la reticente mirada que Charles le había concedido tantos años atrás. Evidentemente, el joven los había conservado tal y como estaban cuando los encontró por primera vez, ya que todos los títulos recordados por los obreros estaban presentes, excepto los papeles dirigidos a Orne y Hutchinson, y el cifrado con su clave. Willett colocó todo el lote en su valija y continuó su examen de los expedientes. Como la condición inmediata del joven Ward era el asunto más importante, la búsqueda más minuciosa se hizo entre los asuntos más evidentemente recientes; y en esta abundancia de manuscritos contemporáneos se observó una rareza muy desconcertante. Esa rareza era la escasa cantidad de escritos normales de Charles, que en efecto no incluían nada más reciente que dos meses antes. Por otra parte, había literalmente montones de símbolos y fórmulas, notas históricas y comentarios filosóficos, en una caligrafía cangrejera absolutamente idéntica a la antigua escritura de Joseph Curwen, aunque de fecha innegablemente moderna. Evidentemente, una parte del programa de los últimos días había sido una seductora imitación de la escritura del viejo mago, que Charles parecía haber llevado a un maravilloso estado de perfección. De cualquier tercera mano que pudiera haber sido de Allen no había ni rastro. Si realmente había llegado a ser el líder, debió obligar al joven Ward a actuar como su amanuense. En este nuevo material, una fórmula mística, o más bien un par de fórmulas, se repetía tan a menudo que Willett la conocía de memoria antes de haber terminado la mitad de su búsqueda. Consistía en dos columnas paralelas, la de la izquierda coronada por el símbolo arcaico llamado "Cabeza de Dragón" y utilizado en los almanaques para indicar el nodo ascendente, y la de la derecha encabezada por un signo correspondiente de "Cola de Dragón" o nodo descendente. El aspecto del conjunto era algo así, y casi inconscientemente el doctor se dio cuenta de que la segunda mitad no era más que la primera escrita silábicamente al revés, con la excepción de Ω ∪ Y'AI 'NG'NGAH, YOG-SOTHOTH H'E

—L'GEB F'AI THROG UAAAD OGHTRD AIF GEB'L—EE'H YOG-SOTHOTH 'NGAH'NG AI'Y HRO los monosílabos finales extraño nombre Yog-Sothoth, que había llegado a reconocer bajo diversas grafías por otras cosas que había visto en relación con este horrible asunto. Las fórmulas eran las siguientes -exactamente así, como puede atestiguar Willett- y la primera de ellas le produjo una extraña nota de incómodo recuerdo latente en su cerebro, que reconoció más tarde al repasar los acontecimientos de aquel horrible Viernes Santo del año anterior. Tan inquietantes eran estas fórmulas, y tan frecuentemente las encontraba, que antes de que el doctor se diera cuenta las estaba repitiendo en voz baja. Sin embargo, al final sintió que había conseguido todos los papeles que podía digerir con provecho por el momento; por lo tanto, resolvió no examinar más hasta que pudiera reunir a los alienistas escépticos en masa para una incursión amplia y más sistemática. Todavía tenía que encontrar el laboratorio oculto, así que dejando su maleta en la habitación iluminada, salió de nuevo al negro y ruidoso pasillo cuyas bóvedas resonaban incesantemente con ese sordo y horrible gemido. Las siguientes habitaciones que probó estaban todas abandonadas o llenas sólo de cajas desvencijadas y ataúdes de plomo de aspecto ominoso; pero le impresionó profundamente la magnitud de las operaciones originales de Joseph Curwen. Pensó en los esclavos y marineros que habían desaparecido, en las tumbas que habían sido violadas en todas partes del mundo y en lo que debió de ver aquel grupo de asalto final; y entonces decidió que era mejor no pensar más. Una vez que una gran escalera de piedra se elevó a su derecha, dedujo que debía de llegar a una de las dependencias de Curwen -quizás el famoso edificio de piedra con las altas ventanas en forma de rendija-, siempre que los escalones que había descendido hubieran salido de la granja de techo empinado. De repente, las paredes parecieron desprenderse delante, y el hedor y los lamentos se hicieron más fuertes. Willett vio que había llegado a un vasto espacio abierto, tan grande que la luz de su antorcha no podía atravesarlo; y a medida que avanzaba se encontró con ocasionales pilares robustos que sostenían los arcos del techo. Al cabo de un rato llegó a un círculo de pilares agrupados como los monolitos de Stonehenge, con un gran altar tallado sobre una base de tres escalones en el centro; y tan curiosas eran las tallas de ese altar que se acercó para estudiarlas con su luz eléctrica. Pero cuando vio lo que eran se apartó temblando, y no se detuvo a investigar las manchas oscuras que decoloraban la superficie superior y se habían extendido por los lados en ocasionales líneas finas. En lugar de eso, buscó la pared distante y la trazó mientras la rodeaba en un círculo gigantesco perforado por ocasionales puertas negras y con una miríada de celdas poco profundas con rejas de hierro y ataduras para las muñecas y los tobillos en cadenas sujetas a la piedra de la mampostería trasera cóncava. Estas celdas estaban vacías, pero el horrible olor y los lúgubres gemidos continuaban, más insistentes ahora que nunca, y aparentemente variados a veces por una especie de resbaladizo golpeteo. De aquel espantoso olor y de aquel extraño ruido la atención de Willett ya no podía desviarse. Ambos eran más simples y horribles en el gran salón con pilares que en cualquier otro lugar, y llevaban una vaga impresión de estar muy abajo, incluso en este oscuro mundo inferior de subterráneo misterio. Antes de buscar en cualquiera de los arcos negros los peldaños que conducían a la parte inferior, el doctor arrojó su rayo de luz sobre el suelo de piedra. Estaba muy poco pavimentado, y a intervalos irregulares aparecía una losa curiosamente perforada por pequeños agujeros sin una disposición definida, mientras que en un punto había una escalera muy larga arrojada descuidadamente. A esta escalera, singularmente, parecía adherirse una cantidad particularmente grande del espantoso olor que lo envolvía todo. Mientras caminaba lentamente, se le ocurrió a Willett que tanto el ruido como el olor parecían ser más fuertes directamente sobre las losas extrañamente perforadas, como si fueran toscas trampillas que conducían a una región aún más profunda de horror. Se arrodilló junto a una de ellas y la tocó con las manos, y descubrió que con extrema dificultad podía moverla. Al tocarla, los gemidos que se oían debajo se hicieron más fuertes, y sólo con gran temor perseveró en el levantamiento de la pesada piedra. Un hedor innumerable se elevaba ahora desde abajo, y la cabeza del doctor se tambaleó cuando echó hacia atrás la losa y dirigió su linterna hacia la yarda cuadrada expuesta de negrura. Si había esperado una escalinata para llegar a un amplio abismo de abominación final, Willett estaba destinado a quedar decepcionado, pues en medio de aquel fetén y de aquel quejido agrietado sólo distinguió la parte superior de un pozo cilíndrico de un metro y medio de diámetro, sin ninguna escalera u otro medio de descenso. A medida que la luz brillaba hacia abajo, los lamentos cambiaron repentinamente a una serie de horribles aullidos, junto con los cuales se oyó de nuevo el sonido de los forcejeos ciegos e inútiles y los golpes resbaladizos. El explorador se estremeció, sin querer siquiera imaginar qué cosa nociva podría estar acechando en aquel abismo; pero en un momento se armó de valor para asomarse por el borde de la roca, tumbándose de cuerpo entero y sosteniendo la antorcha hacia abajo, a la distancia de un brazo, para ver qué podía haber debajo. Durante un segundo no pudo distinguir nada más que las paredes de ladrillo viscosas y llenas de musgo que se hundían inimitablemente en esa miasma medio tangible de oscuridad y suciedad y frenesí angustioso; y entonces vio que algo oscuro saltaba torpe y frenéticamente hacia arriba y hacia abajo en el fondo del estrecho pozo que debía de estar entre seis y siete metros por debajo del suelo de piedra donde él yacía. La antorcha temblaba en su mano, pero miró de nuevo para ver qué clase de criatura viviente podría estar inmersa allí en la oscuridad de aquel pozo antinatural, abandonada por el joven Ward durante todo el largo mes transcurrido desde que los médicos se lo habían llevado, y evidentemente sólo una de un gran número de ellas encarceladas en los pozos afines cuyas cubiertas de piedra perforada tachonaban tan densamente el suelo de la gran caverna abovedada. Fuera lo que fuera, no podían tumbarse en sus estrechos espacios, sino que debían de estar agazapados y gimiendo y esperando y saltando débilmente durante todas aquellas horribles semanas desde que su amo los había abandonado sin hacerles caso. Pero Marinus Bicknell Willett lamentaba haber vuelto a mirar, pues aunque era cirujano y veterano de la sala de disección, no había vuelto a ser el mismo. Es difícil explicar cómo una sola visión de un objeto tangible con dimensiones mensurables puede sacudir y cambiar tanto a un hombre; y sólo podemos decir que hay en ciertos contornos y entidades un poder de simbolismo y sugerencia que actúa espantosamente en la perspectiva de un pensador sensible y susurra terribles indicios de oscuras relaciones cósmicas y realidades innumerales detrás de las ilusiones protectoras de la visión común. En aquella segunda mirada, Willett vio una silueta o entidad de este tipo, pues durante los siguientes instantes estuvo sin duda tan loco como cualquier interno del hospital privado del doctor Waite. Dejó caer la antorcha eléctrica de

una mano agotada de fuerza o de coordinación nerviosa, ni prestó atención al sonido de los dientes que crujían y que indicaban su destino en el fondo del pozo. Gritó y gritó y gritó con una voz cuyo falsete de pánico ningún conocido suyo habría reconocido jamás, y aunque no podía ponerse en pie se arrastró y rodó desesperadamente por el húmedo pavimento donde docenas de pozos tartareanos vertían sus agotados gemidos y aullidos para responder a sus propios gritos de locura. Se rasgó las manos con las piedras ásperas y sueltas, y muchas veces se golpeó la cabeza contra los frecuentes pilares, pero aun así siguió adelante. Por fin volvió en sí lentamente en la oscuridad y el hedor absolutos, y tapó sus oídos contra el lamento zumbante en el que se había convertido el estallido de los gritos. Estaba empapado de sudor y sin medios para encender una luz; afectado y desconcertado en la negrura y el horror abismales, y aplastado por un recuerdo que nunca pudo borrar. Debajo de él vivían aún docenas de esas cosas, y de uno de los pozos se retiró la tapa. Sabía que lo que había visto nunca podría trepar por las resbaladizas paredes, pero se estremeció al pensar que podría existir algún oscuro punto de apoyo. Lo que era, nunca lo diría. Era como algunas de las tallas del altar infernal, pero estaba vivo. La naturaleza nunca la había hecho de esta forma, porque era demasiado palpablemente inacabada. Las deficiencias eran del tipo más sorprendente, y las anomalías de proporción no podían describirse. Willett sólo consiente en decir que este tipo de cosas debió representar entidades que Ward convocó a partir de sales imperfectas, y que conservó con fines serviles o rituales. Si no hubiera tenido un cierto significado, su imagen no habría sido tallada en esa maldita piedra. No era lo peor que se representaba en esa piedra, pero Willett nunca abrió las otras fosas. En aquel momento, la primera idea conectada en su mente fue un párrafo ocioso de algunos de los viejos datos de Curwen que había digerido mucho antes; una frase utilizada por Simon o Jedediah Orme en aquella portentosa carta confiscada al desaparecido hechicero: "Ciertamente, no había nada más que lo más horrible en lo que H. había sacado de lo que sólo podía recoger una parte". Entonces, complementando horriblemente esta imagen en lugar de desplazarla, llegó el recuerdo de estos antiguos rumores persistentes sobre la cosa quemada y retorcida encontrada en los campos una semana después de la incursión de Curwen. Charles Ward le había contado al doctor lo que el viejo Slocum había dicho de aquel objeto: que no era ni completamente humano ni totalmente parecido a ningún animal que la gente de Pawtuxet hubiera visto o leído. Estas palabras zumbaban en la mente del doctor mientras se balanceaba de un lado a otro, en cuclillas sobre el suelo de piedra nitrosa. Intentó expulsarlas y se repitió a sí mismo el Padrenuestro; al final se desvió hacia una mezcolanza mnemotécnica como la modernista "Tierra baldía" del señor T. S. Eliot y finalmente volvió a la tan repetida fórmula dual que había encontrado últimamente en la biblioteca subterránea de Ward: "Y'ai 'ng'ngah, Yog-Sothoth", y así hasta el "Zhro" final subrayado. Pareció calmarlo y se puso en pie al cabo de un rato, lamentando amargamente la antorcha perdida por el susto y mirando con desesperación a su alrededor en busca de algún resplandor de luz en la tenebrosa oscuridad del aire frío. No quería pensar; pero forzó la vista en todas las direcciones en busca de algún tenue destello o reflejo de la brillante iluminación que había dejado en la biblioteca. Al cabo de un rato creyó detectar la sospecha de un resplandor infinitamente lejano, y hacia él se arrastró con agónica cautela sobre manos y rodillas en medio del hedor y los aullidos, siempre tanteando el terreno para no chocar con los numerosos grandes pilares o tropezar con el abominable pozo que había descubierto. En una ocasión, sus temblorosos dedos tocaron algo que sabía que debían ser los escalones que conducían al altar infernal, y desde ese lugar retrocedió con repugnancia. En otra ocasión se encontró con la losa agujereada que había retirado, y aquí su cautela se volvió casi lamentable. Pero no se topó con la temible abertura que lo detuvo. Lo que había estado allí abajo no hizo ningún ruido ni se movió. Evidentemente, el crujido de la antorcha eléctrica caída no le había sentado bien. Cada vez que los dedos de Willett palpaban una losa perforada, temblaba. Su paso sobre ella aumentaba a veces el gemido de abajo, pero generalmente no producía ningún efecto, ya que se movía muy silenciosamente. Varias veces, durante su avance, el resplandor del frente disminuyó perceptiblemente, y se dio cuenta de que las diversas velas y lámparas que había dejado debían estar expirando una por una. La idea de perderse en la oscuridad total sin fósforos en medio de este mundo subterráneo de laberintos de pesadilla lo impulsó a ponerse de pie y correr, lo que podía hacer con seguridad ahora que había pasado el pozo abierto; porque sabía que una vez que la luz se apagara su única esperanza de rescate y supervivencia estaría en cualquier grupo de socorro que el Sr. Ward pudiera enviar después de perderlo por un período suficiente. Sin embargo, al poco tiempo salió del espacio abierto al pasillo más estrecho y localizó definitivamente el resplandor que provenía de una puerta a su derecha. En un momento llegó a ella y se encontró de nuevo en la biblioteca secreta del joven Ward, temblando de alivio y observando el chisporroteo de la última lámpara que le había puesto a salvo. En otro momento se apresuró a llenar las lámparas quemadas con el aceite que había visto antes, y cuando la habitación volvió a estar iluminada, miró a su alrededor para ver si podía encontrar una linterna para seguir explorando. Aunque estaba atormentado por el horror, su sentido de propósito sombrío seguía siendo el más importante, y estaba firmemente decidido a no dejar piedra sin remover en su búsqueda de los hechos horribles detrás de la extraña locura de Charles Ward. Al no encontrar una linterna, eligió la más pequeña de las lámparas para llevarla consigo; también llenó sus bolsillos con velas y fósforos, y se llevó una lata de aceite de un galón, que se propuso guardar para uso de reserva en cualquier laboratorio oculto que pudiera descubrir más allá del terrible espacio abierto con su inmundo altar y sus pozos cubiertos sin nombre. Atravesar de nuevo ese espacio requeriría su mayor fortaleza, pero sabía que debía hacerlo. Afortunadamente, ni el espantoso altar ni el pozo abierto se encontraban cerca de la vasta pared de celdas que delimitaba la zona de la caverna, y cuyos negros y misteriosos arcos constituirían los siguientes objetivos de una búsqueda lógica. Así que Willett volvió a aquella gran sala con pilares de hedor y angustiosos aullidos, bajó sus lámparas para evitar cualquier visión lejana del altar infernal, o del pozo descubierto con la losa de piedra agujereada a su lado. La mayoría de las puertas conducían simplemente a pequeñas cámaras, algunas vacías y otras evidentemente utilizadas como almacenes; y en varias de estas últimas vio algunas acumulaciones muy curiosas de diversos objetos. Una de ellas estaba repleta de fardos de ropa de repuesto, podridos y cubiertos de polvo, y el explorador se emocionó al ver que se trataba inequívocamente de la ropa de un siglo y medio antes. En otra sala encontró numerosas piezas de ropa moderna, como si se estuvieran haciendo provisiones graduales para equipar a un gran cuerpo de hombres. Pero lo que más le disgustaba

eran las enormes cubas de plomo de extrañas figuras, cuyas ruinas conservaban tan odiosos depósitos y alrededor de los cuales se acumulaban olores repelentes perceptibles incluso por encima del ruido general de la cripta. Cuando hubo completado casi la mitad del circuito de la pared, encontró otro corredor como el que había venido, y del que se abrían muchas puertas. Procedió a investigarlo, y después de entrar en tres habitaciones de tamaño medio y sin contenido significativo, llegó por fin a un gran apartamento oblongo cuyos tanques y mesas de aspecto empresarial, hornos e instrumentos modernos, libros ocasionales e interminables estantes de frascos y botellas lo proclamaban como el largamente buscado laboratorio de Charles Ward, y sin duda del viejo Joseph Curwen antes que él. Después de encender las tres lámparas que encontró llenas y preparadas, el doctor Willett examinó el lugar y todos sus accesorios con el más vivo interés; observando por las cantidades relativas de varios reactivos en los estantes que la preocupación dominante del joven Ward debía ser alguna rama de la química orgánica. En general, poco se podía aprender del conjunto científico, que incluía una mesa de disección de aspecto espantoso, por lo que la habitación era realmente una decepción. Entre los libros había un viejo y raído ejemplar de Borellus en letras negras, y era extrañamente interesante observar que Ward había subrayado el mismo pasaje cuya marca había perturbado tanto al buen señor Merrit en la granja de Curwen más de un siglo y medio antes. Esa copia más antigua, por supuesto, debió perecer junto con el resto de la biblioteca oculta de Curwen en la última incursión. Tres arcos se abrían en el laboratorio, y el doctor procedió a examinarlos sucesivamente. En su examen superficial vio que dos de ellos conducían simplemente a pequeños almacenes; pero los examinó con cuidado, observando los montones de ataúdes en diversos estados de deterioro y estremeciéndose violentamente ante dos o tres de las pocas placas de ataúd que pudo descifrar. También había mucha ropa almacenada en estas habitaciones, y varias cajas nuevas y bien clavadas que no se detuvo a investigar. Lo más interesante de todo, tal vez, eran algunas piezas extrañas que juzgó que eran fragmentos de los aparatos de laboratorio del viejo Joseph Curwen. Habían sufrido daños a manos de los asaltantes, pero seguían siendo parcialmente reconocibles como la parafernalia química de la época georgiana. El tercer arco conducía a una cámara de gran tamaño, completamente forrada de estanterías y con una mesa en el centro con dos lámparas. Estas lámparas las encendió Willett, y con su brillante resplandor estudió las interminables estanterías que le rodeaban. Algunos de los niveles superiores estaban totalmente vacíos, pero la mayor parte del espacio estaba lleno de pequeñas jarras de plomo de aspecto extraño, de dos tipos generales: una alta y sin asas, como un lekythos griego o una jarra de aceite, y la otra con un solo asa y proporcionada como una jarra de Phaleron. Todas tenían tapones de metal y estaban cubiertas con símbolos de aspecto peculiar moldeados en bajo relieve. En un momento, el doctor se dio cuenta de que estas jarras estaban clasificadas con gran rigidez; todos los lekythoi estaban en un lado de la habitación con un gran cartel de madera que decía "Custodes" encima, y todos los falerones en el otro, correspondientemente etiquetados con un cartel que decía "Materia". Cada uno de los frascos o jarras, excepto algunos de los estantes superiores que resultaron estar vacíos, llevaban una etiqueta de cartón con un número que aparentemente se refería a un catálogo; y Willett resolvió buscar este último en breve. Por el momento, sin embargo, estaba más interesado en la naturaleza del conjunto; y abrió experimentalmente varios de los lekythoi y Phalerons al azar con vistas a una generalización aproximada. El resultado fue invariable. Ambos tipos de frascos contenían una pequeña cantidad de un único tipo de sustancia; un polvo fino de muy poco peso y de muchos matices de color neutro apagado. Para los colores que formaban el único punto de variación no había ningún método aparente de eliminación; y ninguna distinción entre lo que ocurría en los lekythoi y lo que ocurría en los phalerons. Un polvo gris azulado podía estar al lado de uno blanco rosado, y cualquiera en un falerón podía tener su contraparte exacta en un lekythos. La característica más individual de los polvos era su falta de adherencia. Willett se echaba uno en la mano y, al devolverlo a su jarra, descubría que no quedaba ningún residuo en la palma. El significado de los dos signos le desconcertaba, y se preguntaba por qué esta batería de productos químicos se separaba tan radicalmente de los que se encontraban en tarros de cristal en los estantes del laboratorio propiamente dicho. "Custodes", "Materia"; eso era lo que significaba en latín "Guardias" y "Material", respectivamente, y entonces le vino un destello de memoria sobre dónde había visto antes esa palabra "Guardias" en relación con este espantoso misterio. Fue, por supuesto, en la reciente carta al Dr. Allen que pretendía ser del viejo Edward Hutchinson; y la frase había dicho: "No había necesidad de mantener a los guardias en forma y de comer sus cabezas, y eso hacía que se les encontrara en caso de problemas, como usted sabe muy bien". ¿Qué significaba esto? Pero espere, ¿no había aún otra referencia a los "guardias" en este asunto que no había recordado en absoluto al leer la carta de Hutchinson? En los viejos tiempos no secretos, Ward le había hablado del diario de Eleazar Smith en el que se registraba el espionaje de Smith y Weeden en la granja de Curwen, y en esa espantosa crónica se mencionaban conversaciones escuchadas antes de que el viejo mago se metiera por completo bajo tierra. Había habido, insistieron Smith y Weeden, terribles coloquios en los que figuraban Curwen, ciertos cautivos suyos y los guardias de esos cautivos. Esos guardias, según Hutchinson o su avatar, les habían "comido la cabeza", de modo que ahora el doctor Allen no los mantenía en forma. Y si no en forma, ¿cómo salvarlos como las "sales" a las que parece que esta banda de magos se dedicaba a reducir todos los cuerpos o esqueletos humanos que podían? ¿Así que eso era lo que contenían estos lekythoi; el fruto monstruoso de ritos y hazañas profanas, presumiblemente ganados o acobardados hasta una sumisión tal que ayudaran cuando fueran llamados por algún encantamiento infernal, en la defensa de su blasfemo amo o en el interrogatorio de los que no estaban tan dispuestos? Willett se estremeció al pensar en lo que había estado vertiendo dentro y fuera de sus manos, y por un momento sintió el impulso de huir despavorido de aquella caverna de horribles estantes con sus centinelas silenciosos y tal vez vigilantes. Luego pensó en la "Materia", en las innumerables jarras de Phaleron al otro lado de la habitación. También en las sales, y si no eran las sales de los "guardianes", entonces ¿las sales de qué? De Dios. ¿Podría ser posible que aquí yacieran las reliquias mortales de la mitad de los pensadores titanes de todas las épocas; arrebatadas por engendros supremos de criptas donde el mundo las consideraba seguras, y sometidas a la voluntad de locos que pretendían drenar sus conocimientos para algún fin aún más salvaje cuyo efecto final afectaría, como el pobre Charles había insinuado en su frenética nota, a "toda

la civilización, toda la ley natural, quizá incluso al destino solar y del universo"? ¡Y Marinus Bicknell Willett había tamizado su polvo entre sus manos! Entonces se fijó en una pequeña puerta situada en el extremo más alejado de la habitación, y se tranquilizó lo suficiente como para acercarse a ella y examinar el tosco letrero cincelado encima. Era sólo un símbolo, pero lo llenaba de un vago temor espiritual, pues un amigo suyo, mórbido y soñador, lo había dibujado una vez en un papel y le había contado algunas de las cosas que significaba en el oscuro abismo del sueño. Era el signo de Koth, que los soñadores ven fijado sobre el arco de cierta torre negra que se levanta sola en el crepúsculo, y a Willett no le gustó lo que su amigo Randolph Carter había dicho de sus poderes. Pero un momento después olvidó la señal al reconocer un nuevo olor acre en el aire lleno de hedor. Se trataba de un olor químico y no animal, y procedía claramente de la habitación situada más allá de la puerta. Y era, inequívocamente, el mismo olor que había saturado la ropa de Charles Ward el día en que los médicos se lo habían llevado. ¿Así que fue aquí donde el joven había sido interrumpido por la convocatoria final? Era más sabio que el viejo Joseph Curwen, pues no se había resistido. Willett, audazmente decidido a penetrar en todas las maravillas y pesadillas que este reino inferior pudiera contener, tomó la pequeña lámpara y cruzó el umbral. Una oleada de miedo sin nombre salió a su encuentro, pero no cedió a ningún capricho ni se aferró a ninguna intuición. Aquí no había nada vivo que pudiera hacerle daño, y no se detendría en su intento de traspasar la nube de materia gris que envolvía a su paciente. La habitación al otro lado de la puerta era de tamaño medio y no tenía más muebles que una mesa, una sola silla y dos grupos de curiosas máquinas con pinzas y ruedas que Willett reconoció después de un momento como instrumentos medievales de tortura. A un lado de la puerta había un estante de látigos salvajes, sobre el cual había algunos estantes con hileras vacías de copas de plomo con pedestal poco profundas y con forma de kylikes griegas. Al otro lado estaba la mesa; con una potente lámpara Argand, un bloc y un lápiz, y dos de los lekythoi tapados de los estantes de fuera colocados en lugares irregulares como si fueran temporales o apresurados. Willett encendió la lámpara y miró atentamente el bloc para ver qué notas podría haber estado anotando el joven Ward cuando fue interrumpido; pero no encontró nada más inteligible que los siguientes fragmentos inconexos en aquella quirografía rasposa de Curwen, que no arrojaban ninguna luz sobre el caso en su conjunto: "B. no murió. Escapó entre las paredes y encontró un lugar abajo. "Vio al viejo V. sage ye Sabaoth y aprendió el camino." "Levantó a Yog-Sothoth tres veces y fue liberado al día siguiente." "F. trató de aniquilar todo lo que sabía cómo levantar a los de fuera". Cuando el fuerte resplandor de Argand iluminó toda la cámara, el doctor vio que la pared opuesta a la puerta, entre los dos grupos de aparatos de tortura en los rincones, estaba cubierta de pinzas de las que colgaban un conjunto de túnicas de aspecto informe de un blanco amarillento bastante lúgubre. Pero mucho más interesantes eran las dos paredes vacías, ambas densamente cubiertas de símbolos y fórmulas místicas toscamente cinceladas en la piedra lisa. El suelo húmedo también tenía marcas de tallas; y con poca dificultad Willett descifró un enorme pentagrama en el centro, con un círculo liso de unos tres pies de ancho a medio camino entre éste y cada esquina. En uno de estos cuatro círculos, cerca de donde se había arrojado descuidadamente una túnica amarillenta, había un Kylix poco profundo del tipo que se encontraba en los estantes sobre el estante de los látigos; y justo fuera de la periferia había una de las jarras de Phaleron de los estantes de la otra habitación, su etiqueta numerada. Ésta no tenía tapón y, al inspeccionarla, resultó estar vacía; pero el explorador vio con un escalofrío que la Kylix no lo estaba. Dentro de su área poco profunda, y salvada de la dispersión sólo por la ausencia de viento en esta caverna secuestrada, yacía una pequeña cantidad de un polvo eflorescente seco y de color verde apagado que debía pertenecer a la jarra; y Willett casi se tambaleó ante las implicaciones que lo invadieron al correlacionar poco a poco los diversos elementos y antecedentes de la escena. Los látigos y los instrumentos de tortura, el polvo o las sales de la jarra de "Materia", los dos lekythoi de la estantería de "Custodes", las túnicas, las fórmulas en las paredes, las notas en el bloc, los indicios de las cartas y las leyendas, y los mil atisbos, dudas y suposiciones que habían llegado a atormentar a los amigos y a los padres de Charles Ward, todo ello envolvió al doctor en una oleada de horror al contemplar aquel polvo seco y verdoso extendido en el Kylix de plomo del suelo. Con un esfuerzo, sin embargo, Willett se recompuso y comenzó a estudiar las fórmulas cinceladas en las paredes. Por las letras manchadas e incrustadas era obvio que habían sido talladas en la época de Joseph Curwen, y su texto era tal que resultaba vagamente familiar para quien hubiera leído mucho material de Curwen o profundizado en la historia de la magia. El doctor reconoció claramente uno de ellos como el que la señora Ward había oído cantar a su hijo aquel nocivo Viernes Santo del año anterior, y que una autoridad le había dicho que era una invocación muy terrible dirigida a dioses secretos fuera de las esferas normales. No estaba deletreada aquí exactamente como la señora Ward la había escrito de memoria, ni tampoco la autoridad se la había mostrado en las páginas prohibidas de "Eliphaz Levi"; pero su identidad era inconfundible, y palabras como Sabaoth, Metraton, Almonsín y Zariatnatmik provocaron un escalofrío de espanto en el buscador que había visto y sentido tanta abominación cósmica a la vuelta de la esquina. Esto estaba en la pared de la izquierda al entrar en la sala. La pared de la derecha no estaba menos densamente inscrita, y Willett sintió un sobresalto al reconocer el par de fórmulas que aparecían con tanta frecuencia en las notas recientes de la biblioteca. Eran, a grandes rasgos, las mismas: con los antiguos símbolos de "Cabeza de Dragón" y "Cola de Dragón" encabezándolas como en los garabatos de Ward. Pero la ortografía difería bastante de la de las versiones modernas, como si el viejo Curwen hubiera tenido una forma diferente de grabar el sonido, o como si el estudio posterior hubiera desarrollado variantes más potentes y perfeccionadas de las invocaciones en cuestión. El doctor trató de conciliar la versión cincelada con la que aún corría insistentemente en su cabeza, y le resultó difícil hacerlo. Donde la escritura que había memorizado comenzaba "Y'ai 'ng'ngah, Yogge-Sothoth", este epígrafe empezaba como "Aye, cngengah, Yogge-Sothotha"; lo que a su juicio interfería gravemente con el silabeo de la segunda palabra. A medida que el texto posterior entraba en su conciencia, la discrepancia lo perturbaba; y se encontró cantando la primera de las fórmulas en voz alta en un esfuerzo por cuadrar el sonido que concebía con las letras que encontraba talladas. En aquel abismo de blasfemia antigua, su voz sonó de forma extraña y amenazadora, con acentos que se convertían en un canto zumbante, bien por el hechizo del pasado y lo desconocido, bien por el ejemplo infernal de aquel lamento sordo e impío de las fosas, cuya frialdad inhumana se elevaba y descendía rítmicamente en la distancia a través del hedor y la oscuridad. "Y'AI

NG'NGAH YOG-SOTHOTH H'EE-L'GEB F'SA'I THRODOG UAAAH!" Pero, ¿qué era este viento frío que había surgido al principio del ca- Las lámparas chisporroteaban lamentablemente, y la penumbra se hizo tan densa que las letras de la pared casi desaparecieron de la vista. También había humo, y un olor acre que ahogaba el hedor de los pozos lejanos; un olor como el que había olido antes, pero infinitamente más fuerte y acre. Se apartó de las inscripciones para mirar hacia la habitación con su extraño contenido, y vio que el Kylix del suelo, en el que se había depositado el ominoso polvo eflorescente, estaba emitiendo una nube de espeso vapor negro verdoso de sorprendente volumen y opacidad. Aquel polvo -¡Gran Dios! había salido de la estantería de "Materia" -¿qué hacía ahora y qué lo había provocado? La fórmula que había estado cantando -la primera del par-Cabeza de Dragón, nodo ascendente-Bendito Salvador, ¿podría ser. . . El doctor se tambaleó, y por su cabeza pasaron retazos inconexos de todo lo que había visto, oído y leído sobre el espantoso caso de Joseph Curwen y Charles Dexter Ward. "Vuelvo a decirle que no invoque nada que no pueda hacer callar... Tened las palabras preparadas en todo momento, y no dejéis de estar seguros cuando haya alguna duda de quién tenéis..." Misericordia del Cielo, ¿qué es esa forma tras el humo de despedida? Marinus Bicknell Willett no tiene la esperanza de que ninguna parte de su historia sea creída, excepto por ciertos amigos simpatizantes, por lo que no ha intentado contarla más allá de su círculo más íntimo. Sólo unos pocos forasteros lo han oído repetir, y de ellos la mayoría se ríen y comentan que el doctor seguramente se está haciendo viejo. Se le ha aconsejado que se tome unas largas vacaciones y que evite futuros casos relacionados con trastornos mentales. Pero el Sr. Ward sabe que el veterano médico sólo dice una horrible verdad. ¿No vio él mismo la ruidosa abertura en el sótano del bungalow? ¿No le envió Willett a casa vencido y enfermo a las once de aquella portentosa mañana? ¿No telefoneó en vano al médico aquella noche, y de nuevo al día siguiente, y no se dirigió al propio bungalow aquel mediodía siguiente, encontrando a su amigo inconsciente pero ileso en una de las camas del piso superior? Willett había respirado con dificultad y abrió los ojos lentamente cuando el señor Ward le dio un poco de brandy traído del coche. Entonces se estremeció y gritó, exclamando: "Esa barba... esos ojos... Dios, ¿quién eres tú?" Una cosa muy extraña para decir a un caballero recortado, de ojos azules y bien afeitado, al que había conocido desde su infancia. Bajo la brillante luz del sol del mediodía, el bungalow no había cambiado desde la mañana anterior. La ropa de Willett no presentaba ningún desarreglo más allá de ciertas manchas y lugares desgastados en las rodillas, y sólo un leve olor acre le recordaba al señor Ward lo que había olido en su hijo aquel día que lo llevaron al hospital. Faltaba la linterna del doctor, pero su maleta estaba a salvo, tan vacía como cuando la había traído. Antes de permitirse ninguna explicación, y evidentemente con gran esfuerzo moral, Willett bajó mareado al sótano y probó la fatídica plataforma ante las bañeras. Era inflexible. Cruzando hasta el lugar donde había dejado el día anterior su mochila de herramientas, aún sin usar, obtuvo un cincel y comenzó a levantar los obstinados tablones uno por uno. Debajo del hormigón liso seguía siendo visible, pero de cualquier abertura o perforación ya no quedaba ni rastro. Nada bostezaba esta vez para enfermar al desconcertado padre que había seguido al doctor escaleras abajo; sólo el hormigón liso debajo de los tablones: ningún pozo ruidoso, ningún mundo de horrores subterráneos, ninguna biblioteca secreta, ningún papel de Curwen, ninguna fosa de pesadilla de hedor y aullidos, ningún laboratorio ni estantes ni fórmulas cinceladas, ninguna... El doctor Willett se puso pálido y se agarró al hombre más joven. "Ayer", preguntó en voz baja, "¿lo viste aquí . . . y lo olió?" Y cuando el Sr. Ward, paralizado por el espanto y el asombro, encontró fuerzas para asentir, el médico emitió un sonido mitad suspiro y mitad jadeo, y asintió a su vez. "Entonces se lo contaré", dijo. Así que durante una hora, en la habitación más soleada que pudieron encontrar en el piso de arriba, el médico susurró su espantosa historia al asombrado padre. No había nada que contar más allá de la aparición de aquella forma cuando el vapor negro verdoso del Kylix se separó, y Willett estaba demasiado cansado para preguntarse qué había ocurrido realmente. Hubo inútiles y desconcertantes sacudidas de cabeza por parte de ambos hombres, y una vez el señor Ward aventuró una sugerencia en voz baja: "¿Cree usted que serviría de algo cavar?" El doctor guardó silencio, pues parecía poco apropiado que un cerebro humano respondiera cuando poderes de esferas desconocidas habían enquistado tan vitalmente a este lado del Gran Abismo. De nuevo el Sr. Ward preguntó: "Pero, ¿a dónde fue? Te trajo aquí, sabes, y selló el agujero de alguna manera". Y Willett volvió a dejar que el silencio respondiera por él. Pero, después de todo, ésta no era la fase final del asunto. Alcanzando su pañuelo antes de levantarse para salir, los dedos del doctor Willett se cerraron sobre un trozo de papel en su bolsillo que no había estado allí antes, y que estaba acompañado por las velas y las cerillas que había cogido en la desaparecida bóveda. Era una hoja común, arrancada evidentemente del bloc de notas barato de aquella fabulosa habitación del horror en algún lugar del subsuelo, y la escritura que contenía era la de un lápiz de plomo corriente, sin duda el que había estado al lado del bloc. Estaba doblado de forma muy descuidada, y más allá del tenue olor acre de la cámara críptica no tenía ninguna huella o marca de otro mundo que no fuera éste. Pero el texto en sí mismo apestaba a maravilla, pues no se trataba de una escritura de una época sana, sino de los trazos trabajados de la oscuridad medieval, apenas legibles para los profanos que ahora se esforzaban por leerlo, pero con combinaciones de símbolos que parecían vagamente familiares. El mensaje, brevemente garabateado, era éste, y su misterio dio sentido a la sacudida pareja, que inmediatamente se dirigió al coche de Ward y dio órdenes de que los llevaran primero a un lugar tranquilo para cenar y luego a la Biblioteca John Hay, en la colina. En la biblioteca era fácil encontrar buenos manuales de paleografía, y los dos hombres se dedicaron a buscar hasta que las luces del atardecer brillaron en la gran lámpara de araña. Al final encontraron lo que necesitaban. Las letras no eran ninguna invención fantástica, sino la escritura normal de una época muy oscura. Eran los minúsculos sajones puntiagudos del siglo VIII o IX d.C., y traían consigo recuerdos de una época inculta en la que, bajo un fresco barniz cristiano, se agitaban sigilosamente las antiguas creencias y los antiguos ritos, y la pálida luna de Gran Bretaña contemplaba a veces extrañas hazañas en las ruinas romanas de Caerleon y Hexhaus, y junto a las torres a lo largo del desmoronado wali de Adriano. Las palabras estaban en el latín que una época bárbara podía recordar: "Corwinus necandus est. Cadaver aq(ua) forti dissolvendum, nec aliq(ui)d retinendum. Tace ut poles", que podría traducirse como "Hay que matar a Curwen. El cuerpo debe ser disuelto en aqua fortis, ni debe retenerse nada. Guarden silencio lo mejor que puedan". Willett y el señor Ward estaban mudos y desconcertados. Se habían encontrado con lo desconocido, y descubrieron que carecían de

emociones para responder a ello como vagamente creían que debía hacerlo. En Willett, sobre todo, la capacidad de recibir nuevas impresiones de asombro estaba casi agotada; y ambos se quedaron sentados, inmóviles e impotentes, hasta que el cierre de la biblioteca les obligó a marcharse. Luego se dirigieron desganadamente a la mansión de los Ward en Prospect Street, y hablaron en vano durante la noche. El doctor descansó hacia la mañana, pero no se fue a casa. Y todavía estaba allí el domingo al mediodía cuando llegó un mensaje telefónico de los detectives que habían sido asignados para buscar al Dr. Allen. El señor Ward, que se paseaba nervioso en bata, respondió a la llamada en persona; y les dijo a los hombres que subieran temprano al día siguiente cuando supiera que su informe estaba casi listo. Tanto Willett como él se alegraron de que esta fase del asunto tomara forma, pues cualquiera que fuera el origen del extraño y minúsculo mensaje, parecía seguro que el "Curwen" que debía ser destruido no podía ser otro que el desconocido de barba y gafas. Charles había temido a este hombre y había dicho en la frenética nota que había que matarlo y disolverlo en ácido. Además, Allen había estado recibiendo cartas de los extraños magos de Europa con el nombre de Curwen, y se consideraba palpablemente un avatar del antiguo nigromante. Y ahora, de una fuente nueva y desconocida, había llegado un mensaje que decía que "Curwen" debía ser asesinado y disuelto en ácido. El vínculo era demasiado inequívoco para ser facticio; y además, ¿no estaba Allen planeando asesinar al joven Ward por consejo de la criatura llamada Hutchinson? Por supuesto, la carta que habían visto nunca había llegado a manos del extraño barbudo; pero a partir de su texto podían ver que Allen ya había formado planes para tratar con el joven si se volvía demasiado "aprensivo". Sin duda, Allen debía ser apresado; e incluso si no se llevaban a cabo las instrucciones más drásticas, debía ser colocado en un lugar donde no pudiera infligir ningún daño a Charles Ward. Aquella tarde, esperando contra toda esperanza extraer algún destello de información sobre los misterios más íntimos del único disponible capaz de darla, el padre y el médico bajaron a la bahía y visitaron al joven Charles en el hospital. Con sencillez y seriedad, Willett le contó todo lo que había encontrado, y notó cómo se ponía pálido a medida que cada descripción daba cuenta de la verdad del descubrimiento. El médico empleó todo el efecto dramático que pudo, y estuvo atento a una mueca de dolor por parte de Charles cuando abordó el asunto de las fosas cubiertas y los híbridos sin nombre que había dentro. Pero Ward no hizo ninguna mueca. Willett hizo una pausa, y su voz se volvió indignada al hablar de cómo las cosas se morían de hambre. Exigió al joven una inhumanidad espeluznante, y se estremeció cuando sólo le respondió una risa socarrona. Porque Charles, habiendo abandonado por inútil su pretensión de que la cripta no existía, pareció ver alguna broma espantosa en este asunto; y rió roncamente por algo que le divertía. Luego susurró, con acentos doblemente terribles debido a la voz agrietada que utilizaba: "¡Malditos, sí comen, pero no lo necesitan! ¡Eso es lo raro! ¿Un mes, dices, sin comer? ¡Lud, señor, sea usted modesto! ¡Saben, esa era la broma para el pobre viejo Whipple con su virtuosa fanfarronería! Matar todo, ¿lo haría? Porque, maldición, estaba medio sordo con el ruido de afuera y nunca vio ni escuchó nada de los pozos. ¡Nunca soñó que estuvieran allí! Que el diablo te lleve, esas cosas malditas han estado aullando allí abajo desde que Curwen terminó hace ciento cincuenta y siete años". Pero no pudo Willett obtener más que esto del joven. Horrorizado, pero casi convencido en contra de su voluntad, continuó con su relato con la esperanza de que algún incidente sacara a su auditor de la loca compostura que mantenía. Mirando el rostro del joven, el doctor no pudo evitar sentir una especie de terror ante los cambios que los últimos meses habían provocado. Verdaderamente, el muchacho había hecho descender de los cielos horrores sin nombre. Cuando se mencionó la habitación con las fórmulas y el polvo verdoso, Charles mostró su primer signo de animación. Una mirada interrogativa se extendió por su rostro al oír lo que Willett había leído en el cuaderno, y se aventuró a afirmar suavemente que aquellas notas eran antiguas, sin significado posible para cualquiera que no estuviera profundamente iniciado en la historia de la magia. "Pero -añadió- si hubieras conocido las palabras para sacar lo que tenía en la copa, no habrías estado aquí para decirme esto. Era el número 118 , y creo que te habrías estremecido si lo hubieras buscado en mi lista de la otra habitación. Nunca la levanté yo, pero tenía la intención de levantarla el día que viniste a invitarme aquí". Entonces Willett habló de la fórmula que había pronunciado y del humo negro verdoso que había surgido; y mientras lo hacía vio que el verdadero miedo aparecía por primera vez en el rostro de Charles Ward. "¡Ha llegado, y tú estás aquí vivo!" Cuando Ward graznó las palabras, su voz pareció casi liberarse de sus ataduras y hundirse en abismos cavernosos de extraña resonancia. Willett, dotado de un destello de inspiración, creyó ver la situación, y tejió en su respuesta una advertencia de una carta que recordaba. "No. 118 , ¿dices? Pero no olvide que las piedras se cambian ahora en nueve motivos de cada diez. Nunca se está seguro hasta que se pregunta". Y entonces, sin previo aviso, sacó el minúsculo mensaje y lo mostró ante los ojos del paciente. No podría haber deseado un resultado más contundente, ya que Charles Ward se desmayó de inmediato. Toda esta conversación, por supuesto, se había llevado a cabo con el mayor secreto para que los alienistas residentes no acusaran al padre y al médico de alentar a un loco en sus delirios. Sin ayuda, también, el Dr. Willett y el Sr. Ward levantaron al joven enfermo y lo colocaron en el diván. Al revivir, el paciente murmuró muchas veces alguna palabra que debía hacer llegar a Orne y a Hutchinson de inmediato; de modo que, cuando pareció recuperar plenamente la conciencia, el médico le dijo que de esas extrañas criaturas al menos una era su acérrimo enemigo, y que había aconsejado al Dr. Allen para que lo asesinara. Esta revelación no produjo ningún efecto visible, y antes de que se hiciera los visitantes pudieron ver que su anfitrión tenía ya el aspecto de un hombre cazado. Después de esto no quiso conversar más, por lo que Willett y el padre se marcharon enseguida; dejando atrás una advertencia contra el barbudo Allen, a la que el joven sólo respondió que este individuo estaba muy bien cuidado, y que no podía hacer ningún daño a nadie aunque lo deseara. Esto lo dijo con una risa casi maligna muy dolorosa de escuchar. No se preocuparon por las comunicaciones que Charles pudiera escribir a esa monstruosa pareja en Europa. Ya que sabían que las autoridades del hospital confiscaban todo el correo saliente para censurarlo y no aprobarían ninguna misiva descabellada o de aspecto extravagante. Sin embargo, hay una curiosa secuela en el asunto de Orne y Hutchinson, si es que los magos exiliados eran tales. Movido por un vago presentimiento en medio de los horrores de aquel período, Willett se puso de acuerdo con una oficina internacional de recortes de prensa para obtener relatos de notables crímenes y accidentes ocurridos en Praga y en el este de Transilvania; y al cabo de seis meses creyó haber encontrado dos cosas muy significativas entre los múltiples artículos que recibió y mandó

traducir. Una era el destrozado total de una casa por la noche en el barrio más antiguo de Praga, y la desaparición del malvado anciano llamado Josef Nadeh, que había habitado en ella solo desde que se tiene memoria. El otro fue una explosión de titanes en las montañas de Transilvania, al este de Rakus, y la extirpación total, con todos sus habitantes, del malogrado castillo de Ferenczy, de cuyo dueño hablaban tan mal los campesinos y los soldados, que en poco tiempo habría sido llamado a Bucarest para ser interrogado seriamente, si este incidente no hubiera cortado una carrera ya tan larga como anterior a toda memoria común. Willett sostiene que la mano que escribió esos minúsculos fue capaz de empuñar armas más fuertes también; y que mientras Curwen quedó a su disposición, el escritor se sintió capaz de encontrar y tratar con Orne y el propio Hutchinson. El doctor se esfuerza por no pensar en cuál pudo ser su destino. A la mañana siguiente, el doctor Willett se apresuró a ir a la casa de Ward para estar presente cuando llegaran los detectives. La destrucción o el encarcelamiento de Allen -o de Curwen, si se puede considerar válida la afirmación tácita de la reencarnación- le parecía que debía llevarse a cabo a cualquier precio, y comunicó esta convicción al señor Ward mientras esperaban sentados la llegada de los hombres. Esta vez estaban en el piso de abajo, ya que las partes superiores de la casa empezaban a ser evitadas debido a una peculiar náusea que flotaba indefinidamente; una náusea que los criados más antiguos relacionaban con alguna maldición dejada por el desaparecido retrato de Curwen. A las nueve en punto se presentaron los tres detectives y enseguida dijeron todo lo que tenían que decir. Lamentablemente, no habían localizado al Brava Tony Gomes como deseaban, ni habían encontrado el menor rastro del origen o el paradero actual del doctor Allen; pero habían logrado desenterrar un número considerable de impresiones y hechos locales relativos al reticente forastero. Allen había impresionado a la gente de Pawtuxet como un ser vagamente antinatural, y existía la creencia universal de que su espesa barba arenosa estaba teñida o era falsa, creencia confirmada de manera concluyente por el hallazgo de dicha barba falsa, junto con un par de gafas oscuras, en su habitación del fatídico bungalow. Su voz, según pudo atestiguar el Sr. Ward en su única conversación telefónica, tenía una profundidad y una opacidad que no podía olvidarse; y su mirada parecía maligna incluso a través de sus gafas ahumadas y con montura de cuerno. Un comerciante, en el transcurso de las negociaciones, había visto una muestra de su escritura y declaró que era muy extraña y rasposa; esto fue confirmado por notas a lápiz sin significado claro encontradas en su habitación e identificadas por el comerciante. En relación con los escándalos de vampirismo del verano anterior, la mayoría de los chismosos creían que Allen, y no Ward, era el verdadero vampiro. También se obtuvieron declaraciones de los funcionarios que habían visitado el bungalow después del desagradable incidente del robo del camión. Habían sentido menos lo siniestro en el Dr. Allen, pero lo habían reconocido como la figura dominante en la extraña y sombría cabaña. El lugar había estado demasiado oscuro para que pudieran observarlo con claridad, pero lo reconocerían de nuevo si lo vieran. Su barba tenía un aspecto extraño, y pensaron que tenía una ligera cicatriz sobre el ojo derecho de gafas oscuras. En cuanto al registro de la habitación de Allen, no arrojó nada definitivo, salvo la barba y las gafas, y varias notas escritas a lápiz con una letra cangrejera, que Willett vio enseguida que era idéntica a la que compartían los viejos manuscritos de Curwen y las voluminosas notas recientes del joven Ward encontradas en las desaparecidas catacumbas del horror. El doctor Willett y el señor Ward captaron algo de un profundo, sutil e insidioso miedo cósmico de estos datos a medida que se iban desplegando, y casi temblaron al seguir el vago y loco pensamiento que había llegado simultáneamente a sus mentes. La barba postiza y las gafas, la caligrafía rasposa de Curwen, el viejo retrato y su pequeña cicatriz, y el joven alterado en el hospital con esa cicatriz, esa voz profunda y hueca en el teléfono, ¿no era esto lo que recordaba el señor Ward cuando su hijo ladraba esos tonos lamentables a los que ahora decía estar reducido? ¿Quién había visto alguna vez a Charles y a Allen juntos? Sí, los funcionarios los habían visto una vez, pero ¿quién más tarde? ¿No fue cuando Allen se marchó que Charles perdió repentinamente su creciente miedo y comenzó a vivir enteramente en el bungalow? Curwen-Allen-Ward, ¿en qué fusión blasfema y abominable se habían involucrado dos épocas y dos personas? Ese maldito parecido del cuadro con Charles, ¿no solía mirar y mirar fijamente, y seguir al muchacho por la habitación con sus ojos? ¿Por qué, también, tanto Allen como Charles copiaban la letra de Joseph Curwen, incluso cuando estaban solos y fuera de guardia? Y luego el espantoso trabajo de esa gente -la cripta perdida de los horrores que había envejecido al doctor de la noche a la mañana; los monstruos hambrientos en las fosas ruidosas; la horrible fórmula que había dado resultados tan innominados; el mensaje en minúsculas encontrado en el bolsillo de Willett; los papeles y las cartas y toda la charla sobre tumbas y "sales" y descubrimientos- ¿a dónde conducía todo? Al final, el señor Ward hizo lo más sensato. Se preparó para no darse cuenta de por qué lo hizo, y dio a los detectives un artículo para que lo mostraran a los comerciantes de Pawtuxet que habían visto al portentoso Dr. Allen. Ese artículo era una fotografía de su desdichado hijo, sobre la que ahora dibujó cuidadosamente con tinta el par de pesadas gafas y la negra barba puntiaguda, que los hombres habían traído de la habitación de Allen. Durante dos horas esperó con el doctor en la opresiva casa, donde el miedo y el miasma se iban acumulando lentamente mientras el panel vacío de la biblioteca del piso superior miraba de soslayo y de soslayo. Entonces los hombres regresaron. Sí, la fotografía alterada tenía un parecido muy pasable con el Dr. Allen. El señor Ward se puso pálido, y Willett se secó la frente repentinamente humedecida con su pañuelo. Allen-Ward-Curwen: se estaba volviendo demasiado horrible para un pensamiento coherente. ¿Qué había llamado el muchacho desde el vacío, y qué le había hecho? ¿Qué había sucedido realmente desde el principio hasta el final? ¿Quién era ese Allen que pretendía matar a Charles por considerarlo demasiado "aprensivo", y por qué su víctima destinada había dicho en la posdata de aquella frenética carta que debía ser completamente borrado en ácido? ¿Por qué, también, el minúsculo mensaje, cuyo origen nadie se atrevió a pensar, decía que "Curwen" debía ser igualmente borrado? ¿Cuál era el cambio, y cuándo se había producido la etapa final? Aquel día en que se recibió su frenética nota -había estado nervioso toda la mañana-, se produjo una alteración. Se había escabullido sin ser visto y había entrado audazmente entre los hombres contratados para vigilarlo. Ese era el momento, cuando estaba fuera. Pero no, ¿no había gritado de terror al entrar en su estudio, en esta misma habitación? ¿Qué había encontrado allí? O espere, ¿qué lo había encontrado? Aquel simulacro que entraba audazmente sin haber sido visto salir, ¿era una sombra ajena y un horror que se imponía a una figura temblorosa que nunca había salido? ¿No había hablado el mayordomo de ruidos extraños? Willett llamó al hombre y le hizo algunas

preguntas en voz baja. Había sido, sin duda, un mal asunto. Había ruidos: a un jadeo, un ahogo y una especie de traqueteo o crujido o golpeteo, o todo ello. Y el señor Charles no era el mismo cuando salió sin decir una palabra. El mayordomo se estremeció mientras hablaba, y olfateó el aire pesado que soplaba desde alguna ventana abierta del piso superior. El terror se había instalado definitivamente en la casa, y sólo los detectives de negocios no se impregnaron de él en toda su extensión. Incluso ellos estaban inquietos, pues este caso había mantenido vagos elementos de fondo que no les agradaban en absoluto. El doctor Willett pensaba profunda y rápidamente, y sus pensamientos eran terribles. De vez en cuando casi rompía a murmurar mientras repasaba en su cabeza una nueva, espantosa y cada vez más concluyente cadena de sucesos de pesadilla. Entonces el señor Ward hizo una señal para indicar que la conferencia había terminado, y todos, excepto él y el doctor, abandonaron la sala. Ya era mediodía, pero las sombras como de la noche venidera parecían envolver la mansión embrujada por los fantasmas. Willett comenzó a hablar muy seriamente con su anfitrión, y le instó a que le dejara gran parte de la investigación futura. Habría, predijo, ciertos elementos odiosos que un amigo podría soportar mejor que un pariente. Como médico de la familia, debía tener las manos libres, y lo primero que necesitaba era un período a solas y sin ser molestado en la abandonada biblioteca del piso de arriba, donde el antiguo sobremantel había reunido en torno a sí un aura de ruidoso horror más intenso que cuando las propias facciones de Joseph Curwen miraban con disimulo desde el panel pintado. El Sr. Ward, aturdido por la avalancha de morbosidades grotescas y sugerencias impensablemente enloquecedoras que le llegaban de todas partes, sólo pudo asentir; y media hora más tarde el doctor estaba encerrado en la habitación rechazada con el panel de Olney Court. El padre, que escuchaba fuera, oyó ruidos de movimientos y rebuscamientos a medida que pasaban los momentos; y finalmente un tirón y un crujido, como si se abriera la puerta de un armario cerrado. Luego se oyó un grito ahogado, una especie de resoplido, y un golpe apresurado de lo que se había abierto. Casi al mismo tiempo sonó la llave y Willett apareció en el vestíbulo, demacrado y espantoso, y exigiendo leña para la chimenea real de la pared sur de la habitación. El horno no era suficiente, dijo; y el tronco eléctrico tenía poca utilidad práctica. Anhelante pero sin atreverse a preguntar, el señor Ward dio las órdenes necesarias y un hombre trajo unos robustos troncos de pino, estremeciéndose al entrar en el aire viciado de la biblioteca para colocarlos en la rejilla. Entretanto, Willett había subido al laboratorio desmantelado y bajado unos cuantos cachivaches que no se habían incluido en la mudanza del mes de julio anterior. Estaban en una cesta tapada y el señor Ward no llegó a ver qué eran. Luego el doctor se encerró de nuevo en la biblioteca, y por las nubes de humo que bajaban por las ventanas desde la chimenea se supo que había encendido el fuego. Más tarde, después de un gran crujido de periódicos, volvieron a oírse aquel extraño tirón y aquel crujido, seguidos de un golpeteo que no gustó a ninguno de los fisgones. A continuación se oyeron dos gritos reprimidos de Willett, y justo después un crujido de odio indefinido. Por último, el humo que el viento expulsaba de la chimenea se volvió muy oscuro y acre, y todos desearon que el tiempo les hubiera ahorrado esta asfixiante y venenosa inundación de humos peculiares. La cabeza del Sr. Ward se tambaleó, y todos los sirvientes se agruparon en un nudo para ver el horrible humo negro descender. Después de un rato de espera, los vapores parecieron aligerarse, y detrás de la puerta con cerrojo se oyeron ruidos medio insulsos de raspado, barrido y otras operaciones menores. Y por fin, después de un portazo en algún armario del interior, Willett hizo su aparición, triste, pálido y demacrado, y llevando la cesta envuelta en tela que había cogido del laboratorio de arriba. Había dejado la ventana abierta, y en aquella habitación antaño maldita entraba una gran cantidad de aire puro y sano que se mezclaba con un extraño y nuevo olor a desinfectante. La antigua moldura aún permanecía, pero ahora parecía desprovista de malignidad, y se alzaba tan tranquila y majestuosa en su revestimiento blanco como si nunca hubiera llevado la imagen de Joseph Curwen. La noche se acercaba, pero esta vez sus sombras no contenían ningún miedo latente, sino sólo una suave melancolía. El doctor nunca quiso hablar de lo que había hecho. Al Sr. Ward le dijo: "No puedo responder a ninguna pregunta, pero diré que hay diferentes tipos de magia. He hecho una gran purgación. Los de esta casa dormirán mejor por ello". Que la "purgación" del doctor Willett había sido una prueba casi tan angustiada a su manera como su horrible vagabundeo por la cripta desaparecida, lo demuestra el hecho de que el anciano médico se rindió por completo en cuanto llegó a su casa aquella noche. Durante tres días descansó constantemente en su habitación, aunque los sirvientes murmuraron más tarde algo sobre haberle oído después de la medianoche del miércoles, cuando la puerta exterior se abrió suavemente, y se cerró con una suavidad fenomenal. La imaginación de los sirvientes, afortunadamente, es limitada, pues de lo contrario los comentarios podrían haber sido excitados por un artículo en el Evening Bulletin del jueves que decía lo siguiente: Los necrófagos del North End vuelven a estar activos. Después de una pausa de diez meses desde el vandálico vandalismo en el lote de Weeden en el Cementerio del Norte, un merodeador nocturno fue visto esta mañana temprano en el mismo cementerio por Robert Hart, el vigilante nocturno. Al echar un vistazo por un momento desde su refugio a eso de las dos de la madrugada, Hart observó el resplandor de una linterna o antorcha de bolsillo no muy lejos hacia el norte, y al abrir la puerta detectó la figura de un hombre con una paleta muy claramente silueteada contra una luz eléctrica cercana. Inmediatamente salió en su persecución, y vio que la figura se lanzaba a toda prisa hacia la entrada principal, ganando la calle y perdiéndose entre las sombras antes de que fuera posible acercarse o capturarlo. Al igual que el primero de los necrófagos activos durante el último año, este intruso no había hecho ningún daño real antes de ser detectado. Una parte vacía del terreno de Ward mostraba signos de una pequeña excavación superficial, pero no se había intentado hacer nada ni siquiera del tamaño de una tumba, y no se había removido ninguna tumba anterior. Hart, que no puede describir al merodeador más que como un hombre pequeño que probablemente tenía una barba completa, se inclina por la opinión de que los tres incidentes de excavación tienen un origen común; pero la policía de la Segunda Estación piensa lo contrario debido a la naturaleza salvaje del segundo incidente, en el que un antiguo ataúd fue removido y su lápida violentamente destruida. El primero de los incidentes, en el que se cree que se frustró un intento de enterrar algo, ocurrió hace un año, el pasado mes de marzo, y se ha atribuido a los contrabandistas que buscaban un alijo. Es posible, dice el sargento Riley, que este tercer asunto sea de naturaleza similar. Los oficiales de la Segunda Estación están poniendo especial empeño en capturar a la banda de malhechores responsable de estos repetidos atropellos. Durante todo el día del jueves el Dr. Willett descansó como si se recuperara de algo pasado o se

pusiera nervioso por algo que iba a suceder. Por la noche escribió una nota al señor Ward, que le fue entregada a la mañana siguiente y que hizo reflexionar larga y profundamente al medio aturrido padre. El Sr. Ward no había podido ponerse a trabajar desde la conmoción del lunes con sus desconcertantes informes y su siniestra "purgación", pero encontró algo tranquilizador en la carta del médico a pesar de la desesperación que parecía prometer y los nuevos misterios que parecía evocar. Bames St, Providence, R. I 12 de abril de 1928. Querido Theodore: - Siento que debo decirte una palabra antes de hacer lo que voy a hacer mañana. Con ello concluirá el terrible asunto por el que hemos pasado (pues creo que ninguna pala podrá llegar a ese monstruoso lugar que conocemos), pero me temo que no te dejará tranquilo si no te aseguro expresamente lo concluyente que es. Me conoces desde que eras un niño pequeño, así que creo que no desconfiarás de mí cuando te insinúe que algunos asuntos es mejor dejarlos sin decidir y sin explorar. Es mejor que no intentes especular más sobre el caso de Charles, y es casi imperativo que no le digas a su madre nada más de lo que ya sospecha. Cuando te llame mañana, Charles habrá escapado. Eso es todo lo que debe quedar en la mente de cualquiera. Estaba loco y se ha escapado. Podrás contarle a su madre la parte de la locura con suavidad y poco a poco, cuando dejes de enviar las notas mecanografiadas en su nombre. Le aconsejo que se reúna con ella en Atlantic City y se tome un descanso. Dios sabe que necesitas uno después de este shock, como yo mismo. Me voy al sur por un tiempo para calmarme y prepararme. Así que no me preguntes nada cuando te llame. Puede ser que algo vaya mal, pero te diré si es así. No creo que lo haga. No habrá nada más de qué preocuparse, porque Charles estará muy, muy seguro. Ahora está más seguro de lo que sueñas. No debes temer por Allen, ni por quién o qué es. Forma parte del pasado tanto como el cuadro de Joseph Curwen, y cuando toque el timbre de tu casa puedes estar segura de que no existe tal persona. Y lo que escribió ese minúsculo mensaje nunca te preocupará a ti ni a los tuyos. Pero debes prepararte para la melancolía, y preparar a tu esposa para hacer lo mismo. Debo decirte con franqueza que la fuga de Charles no significará su restablecimiento para ti. Ha sido afectado por una enfermedad peculiar, como debes darte cuenta por los sutiles cambios físicos y mentales que ha sufrido, y no debes esperar volver a verlo. Tenga sólo este consuelo: que nunca fue un demonio, ni siquiera un verdadero loco, sino sólo un muchacho ansioso, estudioso y curioso, cuyo amor por el misterio y el pasado fue su perdición. el pasado fue su perdición. Tropezó con cosas que ningún mortal debería conocer, y se remontó a través de los años como nadie debería hacerlo nunca; y algo salió de esos años para engullirlo. Y ahora viene el asunto en el que debo pedirte que confíes en mí sobre todo. Porque no habrá, de hecho, ninguna incertidumbre sobre el destino de Charles. Dentro de un año, digamos, podrás, si lo deseas, idear un relato adecuado sobre el final, pues el muchacho ya no existirá. Puedes colocar una piedra en tu parcela del cementerio del norte, exactamente a tres metros al oeste de la de tu padre y orientada en la misma dirección, y eso marcará el verdadero lugar de descanso de tu hijo. No debe temer que marque alguna anomalía o cambio. Las cenizas de esa tumba serán las de tus propios huesos y tendones inalterados, las del verdadero Charles Dexter Ward cuya mente observaste desde la infancia, el verdadero Charles con la marca de aceituna en la cadera y sin la marca negra de bruja en el pecho ni la fosa en la frente. El Charles que nunca hizo el mal de verdad, y que habrá pagado con su vida sus "remilgos". Eso es todo. Charles habrá escapado, y dentro de un año podrás colocar su piedra. No me cuestionéis mañana. Y creed que el honor de vuestra antigua familia permanece impoluto ahora, como lo ha estado siempre en el pasado. Con la más profunda simpatía, y exhortaciones a la fortaleza, la calma y la resignación, soy siempre Sinceramente su amigo, Marinus B. Willett Así, en la mañana del viernes 13 de abril de 1928, Marinus Bicknell Willett visitó la habitación de Charles Dexter Ward en el hospital privado del doctor Waite en la isla de Conanicut. El joven, aunque no intentó evadir a su interlocutor, estaba de un humor hosco; y parecía poco dispuesto a entablar la conversación que Willett obviamente deseaba. El descubrimiento de la cripta por parte del doctor y su monstruosa experiencia en ella habían creado, por supuesto, una nueva fuente de incomodidad, de modo que ambos vacilaron perceptiblemente tras el intercambio de algunas tensas formalidades. Entonces se produjo un nuevo elemento de restricción, ya que a Ward le pareció leer detrás del rostro enmascarado del doctor un propósito terrible que nunca había estado allí antes. El paciente se estremeció, consciente de que desde la última visita se había producido un cambio en el que el solícito médico de cabecera había dado paso al implacable y despiadado vengador. Ward se puso realmente pálido, y el doctor fue el primero en hablar. "Se han descubierto más cosas", dijo, "y debo advertirle con toda justicia que hay que rendir cuentas". "¿Cavando de nuevo, y encontrando más pobres mascotas hambrientas?" fue la respuesta irónica. Era evidente que el joven pretendía mostrarse valiente hasta el final. "No -replicó Willett lentamente-, esta vez no he tenido que cavar. Hemos tenido hombres buscando al doctor Allen, y han encontrado la barba postiza y las gafas en el bungalow" "Excelente", comentó el inquieto anfitrión en un esfuerzo por ser ingeniosamente insultante, "¡y confío en que le hayan quedado mejor que la barba y las gafas que lleva ahora!" "Le sentarían muy bien", fue la respuesta ecuaníme y estudiada, "como de hecho parecen haber hecho". Mientras Willett decía esto, casi parecía que una nube pasaba por encima del sol; aunque no había ningún cambio en las sombras del suelo. Entonces Ward se aventuró: "¿Y es esto lo que pide tan ardientemente un ajuste de cuentas? ¿Supongamos que un hombre encuentra útil de vez en cuando ser doble?" "No", dijo Willett con gravedad, "de nuevo te equivocas. No es asunto mío si algún hombre busca la dualidad; siempre que tenga algún derecho a existir, y siempre que no destruya lo que lo llamó fuera del espacio." Ward se sobresaltó ahora violentamente. "Bien, señor, ¿qué ha encontrado y qué quiere de mí?" El doctor dejó pasar un poco de tiempo antes de responder, como si estuviera eligiendo sus palabras para una respuesta efectiva. "He encontrado", entonó finalmente, "algo en un armario detrás de un antiguo sobremantel donde antes había un cuadro, y lo he quemado y enterrado las cenizas donde debería estar la tumba de Charles Dexter Ward". El loco se atragantó y saltó de la silla en la que estaba sentado: "Maldita sea, ¿a quién se lo contaste y quién creará que fue él después de estos dos meses, estando yo vivo? ¿Qué pretendes hacer?" Willett, aunque era un hombre pequeño, adquirió realmente una especie de majestad judicial al calmar al paciente con un gesto. "No se lo he dicho a nadie. Este no es un caso común: es una locura fuera del tiempo y un horror de más allá de las esferas que ni la policía, ni los abogados, ni los tribunales, ni los alienistas podrían jamás comprender o enfrentar. Gracias a Dios, algún azar ha dejado en mí la chispa de la imaginación, para que no me extravíe al pensar en este asunto. No puedes engañarme, Joseph

Curwen, pues sé que tu maldita magia es verdadera. "Sé cómo tejiste el hechizo que se prolongó a lo largo de los años y se aferró a tu doble y descendiente; sé cómo lo atrajiste al pasado y conseguiste que te levantara de tu detestable tumba; Sé cómo te mantuvo oculto en su laboratorio mientras estudiabas las cosas modernas y deambulabas por el mundo como un vampiro de noche, y cómo te mostraste después con barba y gafas para que nadie se asombrara de tu impío parecido con él; sé lo que decidiste hacer cuando él se opuso a tu monstruoso saqueo de las tumbas del mundo, y lo que planeaste después, y sé cómo lo hiciste. "Te dejaste la barba y las gafas y engañaste a los guardias de la casa. Pensaron que era él quien entraba, y pensaron que era él quien salía cuando lo habías estrangulado y escondido. Pero no habías contado con los diferentes contactos de dos mentes. Fuiste un tonto, Curwen, al pensar que una mera identidad visual sería suficiente. ¿Por qué no pensaste en el discurso, la voz y la escritura? No ha funcionado, después de todo. Tú sabes mejor que yo quién o qué escribió ese mensaje en minúsculas, pero te advierto que no fue escrito en vano. Hay abominaciones y blasfemias que deben ser erradicadas, y creo que el escritor de esas palabras atenderá a Orne y Hutchinson. Una de esas criaturas te escribió una vez: "no invoques a nadie que no puedas acabar". Ya os deshicieron una vez, quizás de esa misma manera, y puede que vuestra propia magia maligna os deshaga de nuevo. Curwen, un hombre no puede manipular la Naturaleza más allá de ciertos límites, y todos los horrores que has tejido se levantarán para aniquilarte". Pero aquí el doctor fue interrumpido por un grito convulsivo de la criatura que tenía delante. Desesperado, sin armas, y sabiendo que cualquier muestra de violencia física atraería a una veintena de asistentes al rescate del doctor, Joseph Curwen recurrió a su único y antiguo callejón, y comenzó una serie de movimientos cabalísticos con sus dedos índice mientras su voz profunda y hueca, ahora no disimulada por una ronquera fingida, bramaba las palabras iniciales de una fórmula terrible. "PER ADONAI ELOIM ADONAI JEHOVA, ADONAI SABAOTH, METRATON . . ." Pero Willett fue demasiado rápido para él. Incluso cuando los perros del patio empezaron a aullar, e incluso cuando un viento helado surgió de repente de la bahía, el doctor comenzó la solemne y medida entonación de lo que había querido recitar todo el tiempo. Ojo por ojo, magia por magia: ¡que el resultado demuestre lo bien que se ha aprendido la lección del abismo! Así, con voz clara, Marinus Bicknell Willett comenzó la segunda de aquel par de fórmulas cuya primera había suscitado al escritor de aquellos minúsculos -la críptica invocación cuyo encabezamiento era la Cola del Dragón, signo del nodo descendente-. "OGTHROD A'I'F GEB'L-EE'H YOG-SOTHOTH 'NGAH'NG A'I'Y ZHRO!" A la primera palabra que salió de la boca de Willett, la fórmula iniciada anteriormente por el paciente se detuvo en seco. Incapaz de hablar, el monstruo hizo movimientos salvajes con sus brazos hasta que también fueron detenidos. Cuando se pronunció el horrible nombre de Yög-Sothoth, comenzó el horrible cambio. No era una mera disolución, sino más bien una transformación o recapitulación; y Willett cerró los ojos para no desmayarse antes de que pudiera pronunciarse el resto del conjuro. Pero no se desmayó, y aquel hombre de siglos impíos y secretos prohibidos no volvió a inquietar al mundo. La locura fuera del tiempo había remitido, y el caso de Charles Dexter Ward estaba cerrado. Al abrir los ojos antes de salir tambaleándose de aquella habitación de horror, el doctor Willett vio que lo que había guardado en la memoria no había sido mal guardado. Como había predicho, no había necesidad de ácidos. Porque, al igual que su cuadro maldito de un año antes, Joseph Curwen yacía ahora esparcido por el suelo como una fina capa de polvo gris azulado.